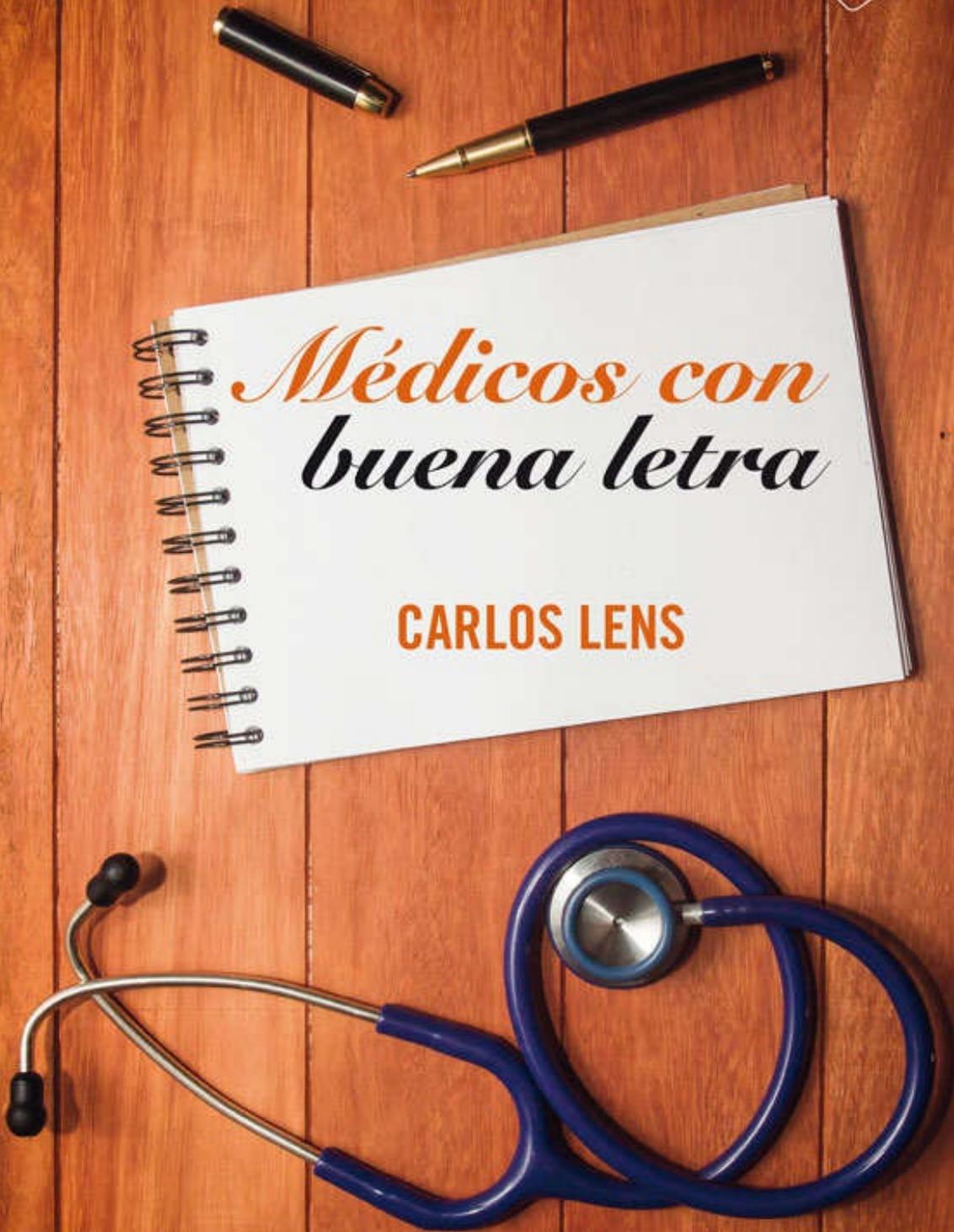


Plataforma  
Editorial



*Médicos con  
buena letra*

CARLOS LENS

EL MUNDO VISTO POR  
LOS MÉDICOS ESCRITORES

# **Médicos con buena letra**

El mundo visto por los médicos escritores

**Carlos Lens**



Primera edición en esta colección: febrero de 2016

© Carlos Lens, 2016

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 1071-2016

ISBN: 978-84-16620-37-1

Realización de la cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# Índice

1.
  1. [Agradecimientos](#)
2.
  1. [CAPÍTULO I. La noción de Dios](#)
  2. [CAPÍTULO II. El rol del hombre](#)
  3. [CAPÍTULO III. El imperio del amor](#)
  4. [CAPÍTULO IV. Vida, juventud, ancianidad y el deseo de dejar huella](#)
  5. [CAPÍTULO V. El mito de la felicidad](#)
  6. [CAPÍTULO VI. El bien y el mal. Antítesis y cercanía](#)
  7. [CAPÍTULO VII. Aprendizaje y conocimiento](#)
  8. [CAPÍTULO VIII. De lo incierto y de lo relativo](#)
  9. [CAPÍTULO IX. Deber y ética](#)
  10. [CAPÍTULO X. Medicina, literatura y creación.](#)
3.
  1. [Notas finales](#)

A Mónica y Reinaldo,  
y a Victoria y Guido.

# Agradecimientos

Esta obra tiene su origen en una sugerencia de mi editor, Jordi Nadal, a partir de la cual se sucedieron algunos pasos que se concretaron en un proyecto y en la línea de trabajo cuyo fruto es el libro que el lector tiene en sus manos. En esos primeros pasos tuvo gran importancia la contribución de Albert Figueras, médico, tan entusiasta en el quehacer literario como yo mismo. Albert cooperó en la gestación del libro y lo hizo de forma tan callada como intensa, de modo que antes de ser consciente de ello yo estaba escribiendo el primer capítulo.

Una obra como la presente exige el concurso de algunas personas que deben colaborar con el autor de forma muy especial. En mi caso, escritor de novela no precisamente corta, acostumbrado a extenderme en la creación y a dejar que, en ocasiones, el relato adquiriera ritmo propio, el apoyo de determinados colaboradores requiere dosis de iniciativa que no pueden prefijarse. Este ha sido el caso de Pilar Blanco, de quien hay que reseñar su rapidez y precisión en la respuesta a mis peticiones. María Millán, por otra parte, ha sido esa colaboradora siempre dispuesta a ayudar en las más diversas situaciones y cuyo apoyo ha sido inestimable para lograr que los capítulos recogieran las citas más adecuadas.

Otro de esos apoyos que surgen de modo espontáneo y cuya importancia solo conoce el autor es el de mi hijo menor, Santiago Lens López. Él no era consciente de lo que suponía su ayuda cuando me acompañaba en algunos trabajos biográficos, pero lo era y así debo recogerlo en estos párrafos.

# CAPÍTULO I

## La noción de Dios

Nadie niega a la medicina el carácter de ciencia experimental ni al médico el atributo de científico bien pegado a la realidad. No en vano la medicina se ha separado de la brujería y del empirismo y se ha aliado con la evidencia. La observación del fenómeno, la búsqueda de sus causas y la experimentación de remedios que alteren el devenir natural de la enfermedad son connaturales a la profesión médica y, por tanto, las conexiones con lo sobrenatural son algo vedado al médico en una primera aproximación.

El ateísmo y el agnosticismo han acompañado a no pocos médicos. La oposición a doctrinas panteístas o teocráticas extendidas por todos los órdenes y sectores ha favorecido la aparición de posiciones radicales entre los médicos. Incluso en el siglo XX se han registrado numerosos casos de persecución de médicos por razones religiosas. También en España, país tolerante en materia religiosa, hay casos notorios como el de Pío Baroja, cuyo ateísmo le costó más de un disgusto. La identificación simplista de una actitud atea y la afinidad a tesis republicanas o de izquierdas lo obligaron a dejar Vera de Bidasoa y buscar refugio en Francia al iniciarse la Guerra Civil. Ya fallecido, su sobrino Julio Caro Baroja fue objeto de fuertes presiones para evitar que los restos del escritor recibieran sepultura en el cementerio civil de Madrid.

El ateísmo de Pío Baroja, no obstante, tiene una raíz diferente a la de la mayoría de los médicos que comparten tales creencias. El escritor vasco fue un gran escéptico y esta cualidad impregnó todas las facetas de su vida. Negó no solo la existencia de Dios, sino la razón de la vida, cuestionó la tarea de los políticos e, incluso, puso en entredicho el papel de la literatura, negando valor a la narrativa realista. Si, asimismo, se toma en consideración que Baroja solo practicó la medicina de forma marginal, cabe concluir que

es el escepticismo vital lo que conduce a este escritor hacia el ateísmo dentro de la coherencia con su planteamiento general.

La idea del ser superior ha estado presente en muchos médicos. No es necesario retrotraerse a la Edad Moderna para encontrar ejemplos. El gran neurocirujano Benjamin Carson, cuyas intervenciones quirúrgicas son hitos incontestables en la cirugía del siglo XX, deja la siguiente reflexión:

Somos algo más que carne y huesos. Hay una cierta naturaleza espiritual y algo de la mente que no podemos medir. No lo encontramos con todo nuestro equipo sofisticado, no podemos controlarlo o definirlo, y, sin embargo, está ahí.

¿Cómo es posible que una mente privilegiada como la de Carson se aparte de lo tangible al analizar los mecanismos íntimos del fenómeno vital? Este genio de la neurocirugía, que da nombre a prestigiosas becas del Hospital Johns Hopkins, arrastra algo más que décadas de avance biomédico. Mientras reconstruía conexiones neurológicas en cuerpos lacerados, cuando ponía a prueba su inigualable coordinación ojo-mano intentando separar sistemas nerviosos de hermanos siameses, Carson entrevió las trazas del espíritu en las estructuras orgánicas que un capricho de la naturaleza dio en torcer.

La trayectoria y la personalidad de Carson lo sitúan en primerísima línea en la medicina del siglo XXI. Por ello, su filosofía de hermanamiento entre la idea de Dios y el trabajo duro recobra actualidad, si es que la había perdido en algún momento. El hombre de las manos milagrosas (así se tradujo al español el título de su primera obra, *Gifted Hands*), el afroamericano laureado con la Medalla de la Libertad, el líder de equipos médicos que han resuelto casos increíblemente complejos de neurocirugía, merece atención en sus planteamientos. Sus reflexiones han roto la barrera del tiempo.

Remontándonos a un pasado reciente –principios del siglo XX– encontramos la idea de Dios como refugio ante lo desconocido. Carl Gustav Jung recoge esta línea argumental en varios pasajes de su obra.

El individuo que no tiene puesta su esperanza en Dios no puede resistir por sus propios medios los ataques físicos y morales del mundo. Para lograrlo necesita la evidencia de la experiencia interna y trascendente, que es la única que puede protegerlo de ser absorbido irremediamente.

Si Carson trabaja con estructuras orgánicas, Jung lo hace sobre la mente humana. El discípulo de Bleuler y Freud estudia la psique humana y sus manifestaciones –sueños,

arte, cultura y religión— y no se arredra ante ningún interrogante, abordando cada nuevo escollo con pragmatismo. Su análisis comparativo de las religiones proporciona una sólida base a su obra y obliga a abordar su planteamiento del papel de Dios desde posiciones de prudencia.

La cita recogida más arriba es dura, pero así son las percepciones de Jung sobre el hombre. Sin embargo, antes de incorporar el materialismo a sus tesis, Jung reconoce en sus *Recuerdos, sueños, pensamientos* que difícilmente podía compartir la idea de la fe de su padre, pastor luterano. Porque la *religión teológica* obliga a creer y se disocia de toda experiencia. A pesar de lo cual no procede aplicar a este psiquiatra suizo el calificativo de antirreligioso. Jung buscó e investigó las conexiones entre la estructura orgánica y el inconsciente, entre la naturaleza y el espíritu, y no pasó de considerar la religión una manifestación cultural que carece de lugar a la hora de identificar las conexiones entre la enfermedad mental y el organismo. Se halla aquí una profunda diferencia con Carson, que se abstrae del fenómeno religioso por considerarlo inexplicable desde el microcosmos humano y se centra en lo inmediato, en la curación de la enfermedad neurológica sin pretender entender las conexiones con el fenómeno psíquico.

Realmente llamativa en el método de Jung es la ausencia de todo misticismo en la teoría de la transferencia sobre la que se articula el enfoque psicoterapéutico que debe conciliar al yo con el inconsciente. Se puede encontrar un acercamiento al concepto de nirvana como senda de escape ideada por la filosofía oriental para las situaciones numinosas —el sí absoluto, el no absoluto— que tiende a los extremos como verdad. En este planteamiento Jung permite impregnaciones religiosas mientras critica positivamente el reduccionismo freudiano a la esfera de lo sexual.

Poco después de su ruptura personal con Sigmund Freud, el psiquiatra suizo afirmó que, basándose en su conocimiento de la mitología y el simbolismo, era posible abrir las diferentes puertas del inconsciente, pero en ningún momento mencionó a Dios, como si tal concepto no existiese a efectos de la investigación de los fenómenos psiquiátricos. Es una de las notables incoherencias de este autor.

En la evolución del pensamiento de Carl Gustav Jung se aprecia una tendencia hacia las ciencias ocultas que podría estar detrás de esa característica tan contradictoria de su filosofía que se concreta en negar el papel de ser superior a Dios, pero sin incurrir en la negación de su existencia. Jung otorga un papel instrumental a Dios, como se desprende de la siguiente frase:

A un hombre puedes quitarle sus dioses, pero solo para darle otros a cambio.

En este contexto se vislumbra un cierto desprecio de Jung por el hombre en tanto que necesita de la idea de Dios para soportar su levedad y hallar fuerzas para enfrentarse al cosmos. Es innegable la conexión con los postulados materialistas de la época.

Retrocediendo hasta los tiempos de la Reforma, cabe citar a un Miguel Servet con tintes panteístas tras haber negado la existencia de la Trinidad. En su *Christianismi Restitutio* escribió:

Dios está en todas las cosas. El mundo estará lleno con él.

El teólogo aragonés estaba en plena efervescencia creativa y no vaciló en enfrentarse a la doctrina oficial, lo que le costó exilios y persecuciones tanto por parte de la Inquisición como de los reformadores. En su etapa panteísta llegó al anabaptismo y puso en tela de juicio numerosos dogmas de la Iglesia, pero en ningún momento llegó a cuestionar la existencia de Dios.

Jung esquivó la noción de «Dios», y Servet la tuvo presente a lo largo de toda su obra. Los estudios realizados desde el siglo XIX posicionan al erudito aragonés como mártir de los librepensadores. Es cierto que su cautiverio y muerte poseen grandes dosis de venganza ante el atrevimiento a enfrentarse a la doctrina imperante, pero no es menos cierto que el teólogo concibió humanidad y divinidad como un todo continuo.

Lo divino ha bajado hasta lo humano para que el humano pueda ascender hasta lo divino.

Incluso el descubrimiento de la circulación pulmonar se apoyó más en el método teológico que en el científico. Servet consideró que el alma humana reside en la sangre y, valiéndose de este medio, el carácter divino que el autor reconoció en Jesucristo estaría presente en todos los seres humanos y se esparciría por todo el organismo. En los análisis de las religiones efectuados por Jung este planteamiento panteísta no es único ni exclusivo de la filosofía posmedieval. Numerosas religiones orientales ubican el alma en el abdomen. El psiquiatra suizo va bastante más lejos, pero no abandona la idea primigenia gestada cuatro siglos antes.

De una manera u otra somos partes de una sola mente que todo lo abarca, un único «gran hombre».

Aparece así la idea de la crátera o mente común en la que Jung hace confluir lo inconsciente y lo oculto y de la que, volviendo a sus investigaciones iniciales, partirían los fenómenos parapsicológicos y las enfermedades de la mente.

El hindú Deepak Chopra, ayurvedista contemporáneo ocupado en la interrelación entre mente y cuerpo, aporta elementos innovadores, no tanto porque sean novedosos – no lo son–, sino porque entran en juego en un momento de mayor apertura a los conceptos externos. La teología cristiana ha sido muy reticente a tratar conceptos y dogmas procedentes de otras creencias. No es necesario remontarse a los tiempos de la Inquisición para hallar ejemplos de intolerancia. Recuérdese la ejecución de las brujas de Salem, bien avanzado el siglo XIX, y compárese este acontecimiento con el inicio del siglo XXI. Desde Pío XII los pontífices vienen siendo ejemplo de tolerancia y de acercamiento entre las diferentes religiones.

Chopra desarrolla su trabajo en California, lo que lo convierte en un asiático desplazado que mantiene sus creencias y que aplica su gnosis de origen a resolver problemas en una sociedad hiperdesarrollada que busca remedios y soluciones en cualquier lugar. Uno de los interrogantes angulares es, para Chopra, la necesidad de conocerse mejor a uno mismo. Pero el médico hindú no se conforma con la idea de que ese conocimiento actúa como motor para introducir mejoras en todas las esferas del individuo, desde la aceptación de la enfermedad, y por ende la iniciación del proceso participativo en que la cooperación del paciente coadyuva a la curación o la paliación de la enfermedad, hasta la implementación de mecanismos de superación de los desafíos personales o la introducción de la asertividad para facilitar las relaciones sociales. Chopra incorpora en este contexto que esa mejora del autoconocimiento tiene que ver con la participación de Dios en el fenómeno aparentemente humano.

Dios es nuestro más elevado instinto de conocernos a nosotros mismos.

Chopra coincide con Jung en la participación de Dios en los fenómenos psicológicos, pero le otorga un valor infinitamente más elevado. En su obra *Conocer a Dios* expone que es absolutamente posible acercarse a la idea del ser superior desde la levedad del ser humano. Bastaría con abdicar de la plétora de prejuicios que se acumulan en el devenir del hombre para comprender la esencia de lo divino, porque esta está presente en el

origen del hombre. En esta obra Chopra se aleja de los principios cuánticos a los que atribuye categoría de vector en la curación por aplicación de la medicina ayurvédica.

Este autor hindú hace recordar al ilustre Arthur Conan Doyle, más conocido por sus novelas policíacas que por su práctica médica.

Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad.

Puede considerarse flema británica de principios del siglo XX o figura literaria, pero el creador de Sherlock Holmes transporta al lector con esta frase al pragmatismo más recio, incluso rayano en el materialismo dialéctico. Benjamin Carson participa de este enfoque, aunque lo haga desde una posición mucho más humilde, forjada a través de millares de horas en que su ojo y sus manos se afanaban, coordinados, deshilando neuroconexiones imperfectas. Dos mentes brillantes que comparten una filosofía común expresada mediante un artificio literario de reducción al absurdo.

La razón no tiene dueño. No es más que un convencionalismo, pero millones de pensadores han navegado por el océano del razonamiento buscando la certidumbre y el conocimiento. No pocos médicos han investigado sobre Dios y lo oculto sin encontrar la respuesta final. Probablemente no existe, o al intelecto humano le es negado arribar a tan recóndito puerto.

En la travesía, no obstante, muchos escritores –algunos de ellos médicos– nos han dejado el regalo de sus obras. Su recuerdo ilustra nuestros pasos de hoy y del futuro.

Como se puede apreciar, hasta el momento no se ha hecho mención a autores religiosos, con la excepción del teólogo Servet. Ha habido escritores que, además de ser médicos, hicieron profesión de fe. En ellos se han combinado la medicina, la literatura y la vida religiosa, lo que otorga una relevancia indiscutible a sus aforismos, pero, en contraposición, presenta sus obras literarias tan impregnadas de misticismo religioso que inevitablemente conlleva la calificación de sesgados a los mensajes de estos autores.

Entre los médicos escritores de sotana figuran algunas personalidades tan brillantes como François Rabelais y Nicolás Copérnico, indiscutibles por sus obras y la trascendencia de estas. A la hora de citar a un religioso médico y escritor no procede olvidar a Pedro Arrupe. Este jesuita misionero es una referencia contemporánea de amor a Dios y entrega a los demás. Estudió toda su vida y entregó los más denodados

esfuerzos a una tarea que aún parece imposible, como es la evangelización de Japón, y lo hizo viviendo con una sonrisa y teniendo presente a Dios en todo momento.

Nada es más práctico que encontrar a Dios, que amarlo de un modo absoluto, y hasta el final. Porque aquello de lo que estés enamorado, lo que arrebate tu imaginación, lo afectará todo.

Pedro Arrupe se distinguió por su entrega a las misiones que su congregación le encomendó y nunca desfalleció, ni en los peores momentos, cuando las autoridades niponas cuestionaron la presencia de occidentales en el país, ni tras la explosión de la bomba atómica en Hiroshima perdió el foco o se dejó llevar por la desazón. Todo lo contrario: se arremangó y luchó contra la adversidad a la vez que ayudaba a cuantos lo rodeaban. Su fe en Dios la acompañó siempre el amor a los hombres.

Arrupe peca de divinista en sus escritos, pero esta faceta no puede orillar el valor del legado de este jesuita para quien la fe y la confianza en el género humano pueden con todo. Esta actitud coherente dota a sus mensajes de una fuerza arrolladora. Los creyentes argumentan que este tipo de personas precisan de pocas demostraciones sobre la posición de Dios en el universo, que no sobre su existencia.

El camino que los médicos escritores han seguido a lo largo de la historia para interpretar el fenómeno de la divinidad es sinuoso. Se aleja de estructuras filosóficas y se centra en relaciones muy próximas, como la expuesta por Benjamin Carson, que parece hallar a Dios y a su estela espiritual entre microestructuras anatómicas que carecerían de entidad en estado de aislamiento, pero que cobran vida con su unión. Una primera interpretación del pensamiento de Carson acerca al lector al vitalismo asentado sobre procesos moleculares, pero este enfoque adolece de simplismo. El gran neurocirujano podría haber palpado el espíritu cuando, inmerso en estructuras anatómicas dolientes, buscó sentido a lo que estaba haciendo. Algo semejante sucedería con otros autores, como Jung, que parece entremeterse en el entramado psíquico con los mismos objetivos.

Muy apartado se situaría Doyle con su reduccionismo al imposible y su nihilismo investigador. En otro extremo figurarían Servet y Arrupe, e incluso Chopra. Pero no se trata de analizar y debatir sobre las creencias de cada uno de estos autores, sino de observar y apreciar lo que el médico escritor piensa sobre Dios.

Con planteamientos muy diversos, los médicos escritores se adhieren al pragmatismo y se abstienen de enfoques profundos sobre la figura divina; con la excepción de algún ilustrado en teología, lo habitual es aceptar una significación difícilmente explicable en

la que el ser superior está presente, pero se manifiesta de modo a veces sutil y a veces dominante, de modo que la mente humana se enfrenta a contradicciones que la hacen ir y venir, creer y negar. El médico camina por la senda de la vida con una mano pegada a la enfermedad y esta presencia lo obliga a ser práctico, lo que en alguna ocasión conduce al nihilismo. En otras, la figura de Dios emerge con majestuosidad y torna innecesaria cualquier justificación.

Pragmatismo y observación son dos de las claves de la profesión médica, pero quizá no son aplicables *in toto* a la aprehensión de la divinidad. El escritor, por el contrario, podría estar mejor dotado para esta tarea, que se demuestra aún más difícil que las labores misioneras de Pedro Arrupe. La mente del escritor vuela con mayor libertad que la del científico y en ocasiones permite la comunión de la ciencia con las necesidades no cubiertas de una o más especies. En todo caso, Dios sigue siendo una meta difícilmente alcanzable para cualquier pensador.

## CAPÍTULO II

# El rol del hombre

El determinismo está presente en muchos filósofos. Es cómodo dejar que el pensamiento discorra por sendas que se suponen conocidas para una estructura superior, ya sea la crátera de Jung o el ser superior, que ha de guiar a otros seres dependientes en ese viaje evolutivo que sería la vida. Este paradigma determinista, presente en no pocas religiones, choca frontalmente con planteamientos cercanos al materialismo o, para los científicos que se alejan del empirismo, aquellos para los que falta la evidencia.

De Pío Baroja era bien conocido su escepticismo y una actitud negativa que lo llevó a posiciones extremas que hoy, en el siglo XXI, son difíciles de entender. Es poco o nada frecuente que un escritor niegue la razón de ser de la actividad literaria y, sin embargo, Baroja lo hizo. Algo semejante sucede con su concepción sobre el papel del hombre.

Para comprender, aun mínimamente, el nihilismo ontológico de Baroja conviene tomar alguna referencia de su época. Luis Martín-Santos, psiquiatra de la posguerra, escribió:

Como si el hombre, Dios mío, no fuera el mismo en todas partes y siempre, tan inferior a los animales, pero siempre superior a la idea que se hacen de él los filósofos que creen comprenderlo.

El malogrado Luis Martín-Santos participa de la angustia de Baroja en medida nada despreciable. Une a ambos la profesión médica, pero sus historias personales difieren. Baroja dejó una obra amplia, mientras que Martín-Santos solo tuvo ocasión de dejar pruebas de la profundidad de su pensamiento. Se hallan, no obstante, elementos comunes en ambos escritores, como son el origen vasco y la época que les correspondió vivir. Si bien Baroja precede en unas décadas a Martín-Santos, ambos recorren épocas muy

distintas en lo político, pero no así en el nivel de pesimismo y frustración imperantes. El pesimismo de la década de 1930 –la España convulsa– renace tras la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial y hay que esperar a la de 1960 para asistir a una inflexión innegable en la moral general de la población.

Martín-Santos no llega a las cotas de cinismo que se permite Baroja, quizá como resultado de la diferente amplitud de su obra. El psiquiatra vasco estaba demasiado apegado a su formación científica cuando escribía, y probablemente no se le pasó por la cabeza una frase como la siguiente, producto de Baroja.

Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo llega a no saber cuál es su cara y cuál su careta.

Ambos escritores conocieron el existencialismo y vivieron momentos difíciles tanto para ellos como para toda Europa. Que recogieran, cada uno a su manera, el fatalismo del entorno, entra en la normalidad. De otra manera no habrían sido hijos de su tiempo.

Los nacidos después del *baby boom* han crecido entre doctrinas de igualdad y es necesario que se interesen por la psicología para conocer la teoría de los roles sociales. Los contemporáneos de Baroja y Martín-Santos crecieron en una sociedad dual que asignaba conductas diferenciadas al hombre y a la mujer. Muchos pensadores y defensores del conductismo han analizado fundamentos y argumentos para sostener las hipótesis de esta escuela. Quizá deberían leer a Guimarães Rosa y explorar su sutileza para dar algo de garbo a tales planteamientos.

Si todos los hombres inspiran ternura, ¿qué pasó entonces con los hombres?

Posiblemente haya de interpretarse esta frase en un contexto muy diferente del actual, ya que suena a machismo. En descargo del diplomático brasileño hay que señalar que su educación, obra y trayectoria transcurren en una época que algún cineasta de Hollywood llamó *mundo de hombres*.

Parece que la mentalidad no ha cambiado en demasía desde el Renacimiento. Huarte de San Juan, autor del *Examen de ingenios para las ciencias*, obra que alcanzó gran difusión en la Europa del siglo XVII, recoge la misión heroica como sigue.

Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres.

La identificación del hombre con la dureza, que es lo que viene a transmitir Guimarães Rosa, tiene numerosos precedentes. Ya se ha citado a Baroja, que ridiculiza el hombre al resumirlo escondido detrás de una careta. El romántico Schiller deja una máxima en sus años postreros:

Hay que distinguir al hombre de su cargo.

Friedrich Schiller fue un romántico de libro. Militar, médico, poeta, dramaturgo, novelista e historiador, conoció las estrecheces, las persecuciones e, incluso, la cárcel. Su labor literaria tardó en ser reconocida y coincidió con la de grandes autores alemanes, como Goethe y los hermanos Von Humboldt. El éxito editorial lo acompañó mientras la tuberculosis se asentaba en su organismo en unos años en que el absolutismo cedía terreno en favor de la burguesía. Es el momento en que el gran autor, ya Von Schiller por decisión del duque Karl-August von Sachsen-Weimar-Eisenach, se permite opinar sobre política.

La construcción de la libertad política es la más completa de todas las obras de arte.

No parece que Schiller haya profundizado en gran medida sobre el camino que el hombre recorre. Más bien se limita a observarlo de cerca y aprovecha su multiplicidad de rasgos en la fantasía literaria. Véase la siguiente cita, que posee alto contenido en sofisma, e inténtese una valoración, aun somera, de su trascendencia.

El hombre solo juega cuando es libre en el pleno sentido de la palabra y solamente es plenamente libre cuando juega.

Es difícil atribuir a Schiller amor por los sofismas, si bien es cierto que su rica prosa – hoy poco o nada apreciada– contiene ejemplos de todas las figuras literarias. Aun así, es más socorrido acudir a la lectura entre líneas, y de esta se obtiene una visión diferente y más próxima al cinismo de Baroja y de Freud. ¿Es tal enfoque propio de un maestro de las letras del Romanticismo? No puede descartarse.

Las mentes contemporáneas de Baroja, Martín-Santos y Guimarães Rosa, observaron al hombre del siglo XX y trasladaron sus impresiones a una literatura rica, en ocasiones florida, en la que se encuentran –no sin esfuerzo– pinceladas originales sobre la conducta humana. Tal es el caso del otorrinolaringólogo luso Adolfo Correia da Rocha, conocido

como Miguel Torga. Este iberista fuertemente identificado con la acción política de finalidad democrática traza un esquema idealista en el que el hombre está llamado a los más altos logros a la vez que experimenta las más profundas frustraciones.

Es en las rocas donde el silencio se despeña.

Una frase más propia de un poema que de un ensayo, pero que demuestra y resume la recia personalidad de Torga y su oficio en el manejo de las palabras. Es necesario ir más allá de estos ejercicios estilísticos para encontrar qué lugar asigna Torga al hombre.

El hombre vive en el tiempo, no en la historia.

Reducido a su simple existencia política, el hombre es un desertor del mundo primordial.

Hay mucho de antitético entre estas dos frases. En la primera, Torga presenta al hombre como preocupado por lo inmediato y alejado de la posible trascendencia de sus actos. La segunda es una concesión a la sublimación en la acción humana que recuerda a la teoría sexual de Freud.

Así pues, el cinismo ha estado presente en la obra de no pocos médicos escritores. Es una fórmula sencilla y atractiva para centrar la atención de la audiencia y que la profesión médica domina. Por otra parte, cuando el médico es, además de escritor, investigador y propietario de una teoría o línea de investigación, se hace difícil resistirse a tan gran tentación. Freud se postula como paradigma de la creación herética con esta frase:

La humanidad progresa poco a poco. Hoy solo quema mis libros. Siglos atrás me habría quemado a mí.

Aparte de coincidir en el enfoque cínico sobre el papel de los médicos, la mayoría de los médicos que escriben consideran la experiencia personal como motor para el desarrollo de sus capacidades profesionales. No se trata de una característica propia ni definitoria del colectivo de médicos amigos de la pluma, pero bien vale reseñarlo y recoger algunos ejemplos. Ya Freud escribió:

Solo la experiencia propia y personal hace al hombre sabio.

Que equivale a sobrevalorar el contacto personal con la realidad y ponerlo por encima del aprendizaje por otros métodos. La profesión médica de finales del siglo XX está tan vinculada al aprendizaje práctico –el sistema de residencia ha ganado terreno casi infinito en veinte años– que el método científico apoyado en la práctica continuada ha pasado a serle connatural.

El heterodoxo Céline, el destructor de la prosa clásica en Francia, avanzó el cambio de roles que se adueña de buena parte de la humanidad a principios del siglo XXI.

¡Ah! Divertirse con su muerte mientras la fabrica: eso es el hombre.

El autor del cambio en las letras francesas, el creador con tintes antisemitas que conoció la Gran Guerra y la diplomacia de la Gran Depresión, supo conectar con el nuevo marco que se esbozaba entre las dos contiendas y que la sociedad de la información reafirmó pasados los tiempos de la Guerra Fría. Louis-Ferdinand Céline falleció en 1961, pero ya dejó entrever en su obra el cambio de valores que se adueñaría de la sociedad cuarenta años después. Podría entenderse que en esa frase Céline se refiere únicamente a las aficiones o los vicios destructivos que tanto auge habían cobrado en la primera mitad del siglo, pero esa faceta ya era bien conocida de los médicos de siglos anteriores y, sin embargo, el mundo desarrollado estaba aún muy lejos del auge del turismo de aventura, por citar únicamente alguno de los grandes motores de atracción de principios del siglo XXI. El tercer ojo de Céline le auguró lo que estaba viniendo. El psiquiatra Luis Rojas Marcos lo resume de forma muy directa.

En este final de siglo, la enfermedad del hombre de Occidente es tener todo lo material y haber reducido al mínimo lo espiritual.

La abundancia en alimentos y recursos de primera necesidad ha permitido al hombre de los países desarrollados prescindir de su búsqueda. El estado de bienestar se lo facilita en muchos países, y en otros, dotados de potentes economías, el sistema acoge y acompaña al individuo en la senda del bienestar. Tan solo quedan los deportes como sucedáneos para canalizar la energía destructiva o las aficiones adictivas para ocupar las horas interminables. Céline y Rojas Marcos, dos personalidades extremadamente alejadas tanto en tiempo como en actitud ante la vida, convergen en su análisis.

Es inevitable comparar a Céline con Baroja. Sus historias personales apenas tienen algo en común. Baroja permaneció soltero y Céline se casó tres veces; el francés participó en la Gran Guerra, y el escritor vasco abandonó España al iniciarse la Guerra Civil. Sin embargo, la angustia y el odio por cuanto los rodea une a ambos escritores, que incluso reaccionan de modo diferente. Céline es mordaz, violento y rompedor en su estilo literario, mientras que Baroja respeta los cánones de la narrativa del momento. A pesar de lo cual se intuye un sustrato común en ambos escritores. Céline y Baroja están muy lejos del pragmatismo constructivo de Luis Rojas Marcos.

Es grande ver a un hombre crecerse ante el fracaso y que empieza de nuevo.

Expresión que es coincidente con otra de la neuróloga Rita Levi-Montalcini.

No temas a las dificultades: lo mejor surge de ellas.

Ideas que están presentes en la mente de muchos escritores desde hace siglos. El irlandés Oliver Goldsmith, novelista y dramaturgo con profunda influencia en otros autores del siglo XVIII como Goethe, Dickens y Austen, las resume en forma teatral.

El mayor espectáculo del mundo es un hombre esforzado luchando contra la adversidad.

El cambio de registro es evidente. Del fatalismo que imperaba en los años de posguerra, con una concepción pesimista de la existencia, se ha pasado a la sociedad posmoderna y a la economía de la abundancia. La escala de valores se mantiene, pero la seguridad, el abrigo y la alimentación se entienden garantizadas para grandes capas de la población humana y el resultado es un cambio o, mejor dicho, una evolución en los roles. Esta es la base para la construcción teórica de Rojas Marcos. Si las necesidades fundamentales están cubiertas, es lógico que el hombre se preocupe por otras metas, a cuyo efecto es necesario introducir el afán de superación.

Se hace interesante observar la continuidad entre el pensamiento freudiano y las tesis de Rojas Marcos. El creador del psicoanálisis postula la experiencia personal como camino para la mejora en el desempeño de la labor médica, pero le concede un fuerte tinte individualista por atribuir al hombre todas y cada una de las bondades dimanantes del individualismo. Rojas Marcos mantiene el tono de respeto a estas cualidades y las deriva hacia la mejora como finalidad última del hombre en el comienzo del siglo XXI.

El jesuita Pedro Arrupe recoge el impulso individualista como una característica personal del hombre.

En la vida de cada uno de nosotros hay una dimensión íntima que es incomunicable... Una luz que se esconde en lo más profundo de nosotros mismos y que no tiene valor sino en cuanto se mantiene oculta... Tengo la impresión de que mi vida se escribe en una sola frase: «Ella se ha desenvuelto según la disposición de Dios y nunca se llega a apagar».

El pensamiento médico posterior a la Segunda Guerra Mundial presenta cambios significativos con respecto al individualismo reinante hasta entonces. Se reconoce un nivel nada despreciable de progreso al analizar la obra de uno de los grandes autores médicos del siglo XX, Charles Anthony Storr, psiquiatra inglés cuya trayectoria personal es digna de alabanza. Hizo buena la teoría de la experiencia defendida por Sigmund Freud desde la más tierna infancia, sufrió la incompreensión y lo que hoy se calificaría de acoso y, pese a todo, fue capaz de impregnar su camino con candor y afabilidad. No en vano dejó citas como la siguiente:

Los seres humanos somos capaces de entrar en el dolor ajeno e imaginarnos lo que siente el que sufre... Nadie se habría preocupado de liberar a los esclavos a no ser que se hubiera podido poner en el lugar del esclavo.

Viniendo de un médico que ha pasado a ser ejemplo de bonhomía y compromiso, la frase precedente pasa a tener valor de legado y, en el devenir del pensamiento médico más reciente, refleja realismo e identificación con los problemas cotidianos. Storr acuñó una experiencia valiosísima a lo largo de su vida y la compartió primero con su entorno y después con todo el género humano. Lo hizo modestamente, sin circunloquios, explicando con palabras sencillas temas complejos, problemas médicos que pasaron a ser de interés general y que fueron agrandando la reputación de este médico de origen humilde que poco o nada guardó para sí. No tuvo temprana vocación de escritor ni de comunicador –tenía cuarenta años cuando publicó su primer libro–, pero descubrió sus habilidades y la forma en que podía contribuir a mejorar el conocimiento de los fenómenos psicológicos y lo hizo con respetable éxito.

Sin embargo, Storr no es un optimista nato. En su pensamiento se aprecia un realismo duro que en ocasiones llega a hacerse cruel. Existe un equilibrio que impide que todo suceda de la misma forma. Lo bueno se alterna con lo malo, pero nunca es absoluto.

El espíritu humano no es indestructible, pero unos pocos valientes descubren que cuando están en el infierno son recompensados con un destello del cielo.

La lucha de un hombre es la desilusión de otro.

Asertos que inevitablemente retrotraen al lector a épocas como el Renacimiento. El humanista François Rabelais interpreta el individualismo apelando a la autoestima.

Nadie es nunca secundario para sí mismo.

Uno de los grandes de la autoayuda y la comunicación, el brasileño Lair Ribeiro, reenfoca esta idea hacia el conocimiento de los propios valores, empezando por la identidad.

La palabra más importante que puedes oír es tu propio nombre. Procura saber el nombre de las personas en quienes quieres influir.

El médico escritor está demasiado en contacto con la candente realidad y no se permite ensoñaciones. El siglo XX ha significado el culmen del conocimiento biomédico, y los médicos que escriben sienten la potente influencia de los hechos en sus vidas y los trasladan a sus obras. El comienzo del siglo XXI obsequia a la humanidad con perspectivas de crecimiento en áreas difíciles de perfilar hace apenas tres décadas. El mundo en un clic es ya algo más que una frase afortunada.

Si en la primera mitad del siglo XX reinaron concepciones conductistas con fuerte influencia religiosa y determinista, la segunda mitad se caracteriza por cambios profundos en la estructura y la ponderación en la escala de valores. Storr no habría publicado sus ensayos psiquiátricos si hubiera nacido treinta años antes, y Baroja habría sido menos ácido si hubiera estudiado Medicina en la década de 1960. Incluso es posible que se hubiera dedicado a la práctica médica y la literatura hubiera perdido una de las mejores plumas del siglo XX.

Aurora Guerra introduce la ilusión por la vida en la dimensión íntima y lo hace de una forma muy propia de quien ama la poesía.

También sé que algunos viven sin un sueño que llevarse a la boca, o que cuando lo vislumbran se meten los dedos. No importa que estos sabios abatidos, escépticos, anoréxicos emocionales, afirmen que la ilusión y el apasionamiento por la existencia están obsoletos. Incluso puedo admitir que algunos valores estén haciendo

agua. Pero no hay peligro de naufragio. No mientras otros tengamos pendiente la peregrinación hacia la graduación infinita de la vida.

Sin entusiasmo no hay vida, o la vida se hace poco llevadera, y quienes así piensan se quedan atrás. La dermatóloga madrileña presenta un cuadro refrescante en el que la actitud positiva, tan defendida en el comienzo del siglo XXI, es altamente valorada. Guerra aporta la riqueza de su verbo a una idea que la premio nobel Rita Levi-Montalcini enuncia de forma más prosaica.

En lugar de añadir años a la vida es mejor añadir vida a los años.

En el siglo XX se ha incrementado la preocupación por defender el medio ambiente. Si bien no abundan las citas de médicos escritores sobre este particular, tampoco faltan. El misionero alsaciano Albert Schweitzer lo aborda con marcado acento crítico.

Vivimos en una época peligrosa. El ser humano ha aprendido a dominar la naturaleza mucho antes de haber aprendido a dominarse a sí mismo.

No es una idea nueva. Hipócrates de Cos la enunció veinticinco siglos atrás.

Ni la sociedad, ni el hombre, ni ninguna otra cosa deben sobrepasar para ser buenos los límites establecidos por la naturaleza.

Razones muy diferentes mueven al padre de la medicina clínica y al premio nobel de la paz, pero en ambas frases se aprecia coincidencia en el sustrato. El hombre debe ser consciente de sus limitaciones y no provocar a las fuerzas naturales. El concepto de limitación ha inspirado a numerosos escritores a lo largo de la historia y no podía faltar entre los médicos amantes de la pluma.

Aurora Guerra salta al extremo contrario y atribuye al ser humano la capacidad de transportarse lejos del momento y lugar presentes. La infinita potencialidad mental es característica definitoria del hombre y es merced a este atributo que es posible imaginar aquello que no se ve, pero que se intuye, desde las estructuras subcelulares a la antimateria, desde la posibilidad de elevar el vuelo y despegarse de la superficie hasta la generación de fotones por la unión de partículas antagónicas.

La posibilidad de cambiar de forma inmediata de un espacio-tiempo a otro, esa especie de telequinesia temporal, ha sido un deseo mítico de gran parte de la humanidad. Transmutar el momento y el lugar y aparecer

sin gran esfuerzo en otros totalmente diferentes.

El realismo que impregna la profesión médica está presente en su obra literaria. El conocimiento biomédico generado a lo largo del siglo XX excede en gran medida al acuñado con anterioridad y, consecuentemente, la velocidad de cambio en percepciones y concepciones se deja notar en aspectos que se consideraban esenciales. El papel del ser humano no ha escapado a este proceso en que una catarata de nuevo conocimiento afluye, modificando la vida del hombre. Son muchos los aspectos tratados por los médicos escritores a lo largo de la historia, pero en todos los autores subyacen elementos comunes: Dios, fenómeno vital, el papel del hombre y el amor. Los cambios en la escala de valores, la globalización y la minusvaloración del fenómeno humano en el cosmos han llevado al médico escritor a alejar de su mente la pregunta «¿cuál es el rol del hombre?», y sustituirla por otros interrogantes más inmediatos. Baroja, Martín-Santos y Guimarães Rosa otorgaron preponderancia al varón y difícilmente asumirían los planteamientos de Torga y Storr, que contemplan los dos sexos como iguales. Freud, Jung y Martín-Santos valoran, ante todo, la experiencia clínica personal frente a Carson y Rojas Marcos, decididos defensores del aprendizaje en continuo. Baroja y Céline son escépticos y llegan, especialmente en el caso del autor francés, a la heterodoxia. Todo ello resume un amplio abanico de concepciones, coherente con la abundancia creativa que caracteriza el siglo XX.

Posiblemente todos los autores coincidan, sin expresarlo, en la dificultad o la imposibilidad de asignar un rol concreto al hombre en su paso por la vida terrena. No se contempla al hombre como centro de la Creación y, por tanto, su papel no estaría predeterminado. Este cambio conceptual llevaría a que el hombre, como concepto ontogénico, buscaría su propio camino en interdependencia con las demás especies. Chopra, en no pocas ocasiones, introduce este enfoque casi sintoísta en algunas de sus obras y siembra dudas. ¿Será que el hombre no es sino una especie más dentro del cosmos y, por tanto, sometida al ciclo aparición-expansión-decadencia-desaparición? El *Homo sapiens* es el más desarrollado de los homínidos, pero podría ser simplemente un eslabón más en la serie filogenética. A fin de cuentas, el *Homo heidelbergensis*, el *Homo erectus* y el discutido *Homo antecesor* habrían existido durante bastante más tiempo que el que *Homo sapiens* lleva paseándose sobre la Tierra.

Aceptada o no esta finitud, el hecho indiscutible es que el hombre crea nuevo conocimiento y lo almacena para administrarlo de modo que sus necesidades basales queden cubiertas y pueda avanzar hacia otros fines menos materialistas o más conservacionistas, como es el respeto a la naturaleza y a otras especies animales distintas del hombre. Este es un gran paso y no parece que sea el último en los logros de la humanidad.

El médico escritor ha sabido captar estos sucesos y los incorpora tanto a los textos propios de su práctica profesional como a sus producciones literarias. Esta aportación registra elementos muy válidos para el desarrollo personal, como son los casos de Rojas Marcos y de Ribeiro, pero también regalan al lector la belleza indiscutible de la palabra en su más rotunda extensión, como hace Aurora Guerra.

El mundo seguirá evolucionando, y el hombre, desempeñando su papel en ese proceso evolutivo. El escritor seguirá describiendo y creando, y si, además es médico, adornará los descubrimientos de la biomedicina con el gallardete de la expresión verbal y escrita.

## CAPÍTULO III

# El imperio del amor

Pocos autores se han sustraído a la tentación de escribir sobre materia amorosa. Tampoco los médicos escritores se han resistido a un aspecto que siempre está presente en la existencia del hombre. Los seres humanos no han nacido para la soledad, y el amor es, muy posiblemente, la primera forma de exteriorizar las pasiones y los sentimientos.

El amor toca, antes o después, a todos los seres humanos. Es una vivencia que deja huella en la psiquis y que reaparece en cuanto se remueven las piezas del mundo afectivo. Es demasiado poderoso para quedar de lado en la tarea del escritor, incluso cuando este se ocupa de cuestiones médicas.

Con demasiada frecuencia se alude al amor restringiéndolo a la pareja y olvidando las numerosas manifestaciones de este sentimiento. El amor entre dos individuos – generalmente hombre y mujer– está detrás de innumerables hechos e hitos de la humanidad, pero no es menos cierto que otro tanto se puede decir del amor paternofilial. La institución monárquica es un buen ejemplo de demostración amorosa en favor de los hijos, sin que este elemento deba anular otros aspectos favorables para el orden social como son la preparación del infante para el ejercicio de la soberanía y el poder, o la fuerte influencia que sobre el mundo del derecho tienen los fenómenos sucesorios. Incluso se han llegado a articular instituciones jurídicas de gran potencia e influencia social alrededor de este asunto, que, no debe olvidarse, posee raíces amorosas.

El gran Marañón encontró coordenadas nuevas en la relación amorosa, entendiendo la fuerza del amor como factor de sublimación por la vía del contacto entre dos personas.

No sabrás todo lo que valgo hasta que no pueda ser junto a ti todo lo que soy.

Numerosos determinantes del pensamiento de Gregorio Marañón se condensan en estas palabras. El gran humanista expresa de forma un tanto críptica su concepción del amor como patrimonio de la pareja en comunión, en integración de dos individuos, de modo que se hace difícil distinguir dónde termina uno y dónde empieza el otro. Dar para recibir, esperando todo sin experimentar el derecho de pertenencia. Muy propio de la época, pero más propio aún de este humanista.

Marañón vivió la transición desde una medicina dominada por el empirismo hacia otra muy distinta, donde la experimentación acrecienta su importancia día a día y otras disciplinas –destáquese la química en tales momentos– se aproximan con rapidez a los problemas de salud ofreciéndose para buscar soluciones.

Como sucede tan frecuentemente en la literatura científica, las obras de Marañón han pasado a ser patrimonio de la historia de la medicina. Considerado fundador de la endocrinología en España, Marañón no tuvo recato alguno en explorar la función sexual ni la conducta asociada a su fisiopatología. A pesar de ello mantuvo una actitud acorde con la discreción que los tiempos exigían al tratar ciertas materias. Concedió más importancia a la dimensión metafísica del fenómeno amoroso e, incluso, llegó a desmitificarlo, como se aprecia en la siguiente cita, en la que el amor pasa a conformar un plano instrumental en la vida de la pareja: la receta que presenta Gregorio Marañón está cargada de pragmatismo.

Casi siempre que un matrimonio se lleva bien es porque uno de los esposos manda y el otro obedece.

Lo que nos transportaría de nuevo al análisis de los roles en la literatura médica, pero que, en la prosa de Marañón, simplemente se circunscribe a la observación de las conductas. Conviene recordar que Gregorio Marañón tuvo consultas sexológicas cuyos archivos no se han hecho públicos.

Sería erróneo pensar que el amor y su consideración por el médico escritor pertenecen al pasado inmediato. Desde la más remota antigüedad los médicos se han preocupado por el impacto del fenómeno amoroso sobre la salud. La siguiente cita pertenece a Hipócrates, pero podría haber sido escrita por cualquier sanador de aquel entonces.

La fiebre de la enfermedad la provoca el cuerpo propio. La del amor, el cuerpo del otro.

Subyace una indiscutible connotación carnal, pero el sabio griego vivió mucho antes de que Freud enunciase su teoría sexual y es posible que la eventual sublimación de las pasiones le quedase algo alejada. El padre de la medicina clínica se ocupó de separarla de la filosofía y de alguna otra disciplina emergente, además de la religión, pero no pareció distinguir entre el amor simplemente físico y el platónico.

Hipócrates de Cos postuló el reposo, la dieta y la abstención como remedios para no pocas patologías. No consta que dedicase capítulo alguno de su *Corpus hippocraticum* a curar el mal de amores, lo que indica que la anterior cita tiene más naturaleza literaria que médica. No le habría sido difícil aplicar sus máximas para tratar el citado mal. Habría podido recetar alimentos fríos y húmedos para contrarrestar la fuerza de los humores en las etapas plenamente emotivas de una relación amorosa, y cambiar la dieta a caliente y seca para contrarrestar las fases melancólicas, pero no lo hizo. Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo aquel sabio a quien Platón se refirió como el de «las Asclepiadas», negó la condición de enfermedad al amor y a sus manifestaciones y lo dejó limitado al área de lo poético. ¿Qué habría sucedido si Hipócrates hubiera incluido la pasión amorosa entre las enfermedades? Probablemente se habría mantenido en esa posición durante siglos y hoy la teoría hipocrática sería más conocida por ello que por los cuatro humores. Quizá Galeno y los médicos árabes habrían recogido tal teoría pasándola a la categoría de indiscutible, y se hace difícil imaginar las consecuencias que esta concatenación de hechos habría tenido para el mundo. La realidad es que en el *Corpus hippocraticum* hay volúmenes dedicados a la fisiopatología femenina y a la procreación, pero, si se busca algo relacionado con la consideración patológica del amor, hay que acudir a las leyendas sobre Hipócrates, como la que le atribuye la curación de la enfermedad amorosa de Pérdicas II de Macedonia.

Especialmente significativa es la siguiente cita, en la que el maestro griego ubica en el cerebro una serie de sentimientos y sensaciones, pero se abstiene de señalar el amor como entidad que asiente en dicho órgano.

Los hombres deberían saber que del cerebro y nada más que del cerebro vienen las alegrías, el placer, la risa, el ocio, las penas, el dolor, el abatimiento y las lamentaciones.

Poetas y juglares han elevado el amor hacia la inmensidad del cielo. Hace ya mucho tiempo que comparar la sensación amorosa con el sueño de viajar por lugares prohibidos ha perdido toda connotación lírica y se tiene por repetitiva. En escasas ocasiones recurre

el médico que escribe a este recurso, lo que es un buen exponente de la madurez de estos autores.

En términos generales, el médico escritor no es proclive a ensalzar el fenómeno amoroso, sino que más bien lo posiciona en un contexto más discreto que el otorgado por otros literatos. Esto no significa que los médicos de pluma nieguen importancia al amor. Incluso el desafiante Céline, el rompedor de la prosa convencional, declara su sumisión al imperio del amor. No habría sido coherente lo contrario, toda vez que este autor francés contrajo matrimonio en tres ocasiones.

El amor es el infinito puesto al alcance de los caniches. ¡Y yo tengo dignidad!

Frase en la que Céline deposita matices positivos, reconociendo la potencia del fenómeno amoroso y, a la vez, se queja amargamente de la estupidez inherente al sueño imposible, introduciendo el desprecio hacia esta actitud que el autor considera inaceptable.

Antón Chéjov, el maestro del naturalismo, es menos ambicioso en los abordajes del amor, presente en no pocas de sus obras. Predomina lo convencional, incluso cuando se permite escauceos de carácter intimista como el recogido en la siguiente cita.

El amor es un escándalo de tipo personal.

Chéjov internaliza el amor y le concede naturaleza disruptiva. Una forma médica de describir la tempestad que la pasión amorosa puede desencadenar en el océano de la mente humana. También es una forma propia del autor de *Tío Vania* y de tantos relatos cortos que quedan para siempre en la historia de la literatura. Buen observador de cuanto aconteció y del alma rusa, Chéjov no vacila en introducir el fatalismo tradicional de sus paisanos, el *nitchevo*, entre las referencias al fenómeno amoroso, lo que hace manteniéndose fiel a su estilo de narración corta.

Hay algo hermoso, poético y conmovedor cuando una persona ama más que el otro y el otro es indiferente.

Nadie como los autores rusos ha sido capaz de transmitir la melancolía subyacente en un pueblo. Se dice que la palabra *esclavo* procede de *eslavo* por ser precisamente estos pueblos los más proclives a la institución de sometimiento del ser humano que ha estado vigente hasta bien avanzado el siglo XX. Solo los literatos rusos poseen la experiencia

vital para incardinar el dolor del mal de amores –en este caso, el amor no correspondido– dentro de la melancolía existencial y, además, encontrar la parte bella de ese sentimiento que, para un mediterráneo, sería lacerante.

El intimismo que impregna la obra de Chéjov da entrada a los sofismas en varias ocasiones. Las consideraciones amorosas no son ajenas a este recurso estilístico, como se aprecia en la siguiente cita. Ningún sentimiento humano posee tantas caras o aristas como el amor y es un recurso siempre atractivo para el literato.

Cuando uno ama y quiere juzgar ese amor, hay que partir de un punto más elevado o más importante que la felicidad o la desdicha.

Porque nada hay tan estéril como tratar de enjuiciar el amor. Si hay algo menos eficiente que escupir al cielo, sin duda es efectuar valoraciones sobre la conducta amorosa, y mucho menos la propia. No obstante, Chéjov banaliza el asunto en la frase precedente que, tomada aisladamente, no pasa de ser una *boutade*.

El genio de las letras rusas fue mucho más convencional cuando comparó sus dos grandes actividades e introdujo connotaciones amorosas en la comparación:

La medicina es mi esposa legal. La literatura, solo mi amante.

Uno de los grandes exponentes de las letras británicas del siglo XX, William Somerset Maugham, deja muestras de las desgracias que jalonaron su niñez y juventud no solo en sus obras, sino en sus definiciones sobre los diferentes aspectos de la vida. El amor no se escapa de la perspectiva melancólica que está presente en toda su obra.

El amor más duradero es el no correspondido.

Expresión que puede llevar a equívocos si se desconoce la biografía de Maugham, ya que pocos seres humanos de su época habrán gozado tan extensamente de los frutos del amor. El tímido escritor de negra niñez parece comunicar sus frustraciones en la negación del amor efectuada mediante su reducción al absurdo. Profundizando en su obra y en sus memorias se advierte que, con gran frecuencia, este escritor de éxito mezcló como nadie la realidad y la ficción, lo que obliga a interpretar la frase anterior con no pocas precauciones. La solución no es sencilla, ya que no se puede acudir a otras expresiones del mismo autor porque en una obra tan amplia se encuentra todo tipo de

manifestaciones sin que por eso se pueda tildar de incoherente al escritor, que tiene fácil el repliegue haciendo gala de su capacidad de observación y la consiguiente mixtura de realidad y ficción en sus escritos. A pesar de lo cual el ejercicio merece la pena y aporta algunas notas que agradecen la exploración. Véase la siguiente cita y compárese con la precedente:

La gran tragedia de la vida no es que los hombres mueran, sino que dejen de amar.

Nuevamente se hace preciso acudir a la biografía de Maugham para valorar la expresión. Subyace la crueldad que lo caracterizó, pero aparecen elementos autobiográficos como la guerra, fantasma del siglo XX, pero que al escritor británico le sirvió tanto como fuente de inspiración como camino de amores prohibidos, de los que llegó a hacer gala durante la mayor parte de su vida literaria y cuyos escándalos lo acompañarían después de muerto. Queden las dos citas como testimonios de la contradicción que presidió la vida de William Somerset Maugham.

Siendo el menos médico de los escritores citados en este capítulo, es de esperar que Maugham trate el fenómeno amoroso de modo menos positivista que sus colegas. Efectivamente, en sus obras, sean narrativa o teatro, Maugham trata el amor con perspectiva humana e, incluso, con cierto misticismo. Es de los pocos médicos escritores que encuentra vínculos entre el amor y la felicidad.

Si el amor y el deber se encuentran, empieza el estado de gracia y se llega a una felicidad que es muy difícil imaginar.

Lo que inevitablemente nos transporta a los años de la Gran Guerra y a las experiencias personales de Maugham como conductor de ambulancias en una unidad del ejército británico. Años en los que coexisten la creación literaria y el amor en forma de fruto espurio que tan gran influencia tienen en la vida y obra de este escritor de estilo directo, que huye de los recursos habituales y retrata personajes y escenas de la realidad envolviéndolos en tintes de ficción.

En coordenadas antitéticas a las que ocupa Maugham se sitúa Sigmund Freud. El padre del psicoanálisis fue médico en ejercicio –podría decirse que su vida giró alrededor de su profesión y que en ella la escritura fue tan solo parte necesaria–. En su obra figuran numerosos artículos y tratados sobre aspectos médicos siempre relacionados con la

neurología y con lo que se podría denominar psiquiatría emergente, pero debe reconocerse un valor literario a varios de sus libros, desde *La interpretación de los sueños* hasta sus últimos trabajos publicados a finales de la década de 1930.

Paradójicamente, el Freud ensayista muestra una sensibilidad en las escasas ocasiones en que trata el fenómeno amoroso que no aparece en aquellos de sus colegas para quienes la medicina no pasó de ser una etiqueta. Sigmund Freud trabajó durante medio siglo en patología, neurología, neurocirugía, farmacología –mucho antes del nacimiento oficial de esta especialidad– y, por encima de todo, en psiquiatría y psicología, y se convirtió en uno de los autores médicos más influyentes de todo el siglo XX. En su investigación psicoanalítica Freud no vaciló en aventurarse por sendas alejadas de la medicina, y es probablemente por ello que el insigne autor austríaco es capaz de alejarse de la frialdad del diagnóstico y de la observación y recoge aspectos cálidos en su valoración del amor como entidad.

El que ama se hace humilde. Aquellos que aman, por decirlo de alguna manera, renuncian a una parte de su narcisismo.

Sigmund Freud percibió la influencia del amor en el desarrollo humano y en una de las partes fundamentales de su teoría sexual lo involucra con varios de los procesos de formación de la madurez mental y su inevitable correlato: la enfermedad psíquica. En su descripción del superyó y el equilibrio del yo evolutivo, Freud atribuye importancia relevante a los sentimientos y, especialmente, al amor, aunque sea solo en raras ocasiones cuando trata este aspecto de forma explícita. No obstante, es indiscutible que en una gran parte de su obra el amor y la falta de amor cobran una importancia que llega a ser trascendental, pero que puede quedar oculta por la profundidad y la diversidad del pensamiento freudiano y la riqueza expositiva de sus obras.

La mayoría de las críticas a las teorías de Freud padecen exceso de superficialidad típica de la época victoriana. Probablemente aquí radica la causa de que tales críticas presten escasa o nula atención al fenómeno del amor y a la influencia de este sentimiento en el desarrollo de la mente humana. Ha sido necesario llegar a los avances en psicología que jalonan el último tercio del siglo XX para atisbar la importancia del amor en los fenómenos psíquicos y en la patología psiquiátrica. Desafortunadamente, el gran médico austríaco no fue demasiado pródigo al recoger en sus escritos tales aspectos. Una lástima que únicamente se puede compensar con interpretaciones de su biografía, porque

Sigmund Freud fue un padre de familia cuidadoso y dedicado a los suyos, lo que no cabe explicar con simplezas convencionales. Es seguro que el amor estuvo muy presente en la vida y obra de este médico escritor.

Incluso en la vida y obra de Ernesto *Che* Guevara, caracterizadas por la intensidad, el amor desempeñó un papel muy importante. Puede parecer extraño, pero el otro comandante de la Revolución cubana encontró tiempo en su ajetreada existencia para las pasiones amorosas. Si sus biografías son ciertas, el Che no solo practicó la medicina, luchó en varios países, administró intereses públicos en Cuba y dejó un copioso conjunto de escritos, sino que se casó dos veces y dejó cuatro hijos. Esa personalidad agresiva, capaz de todo si era posible encontrar un fundamento ético, muestra algunos rasgos de sensibilidad propios del enamorado. Así, en una de sus frases célebres incorpora el amor a la filosofía del revolucionario:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el verdadero revolucionario está guiado por grandes sentimientos de amor.

Lo cual no es contradictorio en una personalidad que levanta pasiones aún hoy, casi medio siglo después de su muerte. Guevara es un icono de la rebeldía individual –nació en una familia acomodada y fuertemente conservadora– y social, y su imagen se ha llegado a identificar con los ideales del cambio revolucionario en el último tercio del siglo XX. Poco se conoce, con exactitud, de lo acertado o erróneo de su práctica médica, y sus escritos, sean diarios, cuadernos de reflexiones o tratados cortos, están tan llenos de ideología que bien poco puede decir sobre sus valores literarios. Es innegable, no obstante, que el *Che* Guevara es una de las personalidades que han tenido mayor influencia en el período que va desde la Segunda Guerra Mundial al desplome del telón de acero.

Esta forma de pensar de uno de los grandes revolucionarios del siglo XX ha sido recogida por otros pensadores de su tiempo. Peter Hans Kolvenbach, sacerdote, efectuó menciones sobre el jesuita Pedro Arrupe que sitúan a este médico y misionero en sintonía con los deslices que el Che Guevara recogió en sus escritos.

Revolucionario frente a religioso, tanto da. Dos médicos escritores del siglo XX absolutamente identificados con sus ideologías y valores, muy enfrentados en la mayoría de ellos, comparten ideas sobre la fuerza y la necesidad de amar. Quizá por ello actuaron como lo hicieron.

Una construcción especialmente realista es la presentada por Oliver Wendell Holmes, poeta norteamericano del siglo XIX. Este autor relaciona el amor con otros sentimientos y lo hace estableciendo vínculos causa-efecto, lo que no es demasiado frecuente entre los escritores; es más frecuente tratar el amor como sentimiento autóctono, embriagador, o que puede desencadenar la alegría más intensa o la tristeza más profunda. Especialmente reseñable es la mención al miedo, que en pocas ocasiones se considera tan relacionado con el amor como en esta cita de Wendell Holmes.

El amor es la llave maestra que abre las puertas de la felicidad, del odio, de los celos, pero sobre todo la del miedo. Ningún amor es más verdadero que aquel que muere sin haber sido revelado.

Los médicos que escriben no son inmunes al amor, y sus obras recogen posiciones fundamentalmente humanas ante este fenómeno. Existen diferencias relevantes cuando se compara el abordaje que los médicos hacen con el de otros literatos, normalmente concretadas en un tratamiento menos emotivo por parte del médico escritor. Esto sucede de forma inversamente proporcional a la carga de práctica clínica del escritor. Así, autores como William Somerset Maugham recogen las diferentes manifestaciones de la esfera amorosa de modo difícilmente distinguible de otros literatos de la época, mientras que Freud o Marañón adoptan una posición más alejada y poco o nada intimista cuando se refieren al amor en general o a sus diversas facetas. El máximo exponente de este postulado sería Hipócrates de Cos, en cuyos escritos la relación entre amor y contacto carnal es casi total y no se encuentran capítulos ni fragmentos de sus obras que versen directamente sobre la pasión amorosa y sus consecuencias sobre otras órbitas de la vida.

La ecuación puede calificarse de positivista, pero hacerlo sería pecar de simplismo. La práctica médica conlleva demasiada abstracción y concentración en el problema de los pacientes como para ser olvidada o apartada cuando el médico toma la pluma y se dispone a crear. Si la medicina ha avanzado hasta sus actuales cotas, es debido a la observación y la internalización que el médico hace del sufrimiento de sus pacientes, que se transforma en curiosidad y en apetito por conocer las bases del fenómeno patológico para después avanzar en la búsqueda de remedios. Esta actitud expectante, deseosa de solucionar el mal ajeno, conforma la mente del médico y está presente cuando este profesional emprende labores alejadas de la medicina, sea en su vida diaria o en una faceta artística.

Algunos médicos amantes de la pluma han demostrado, no obstante, capacidad de disociación entre ambos mundos, clínico y el literario. Tal es el caso de Céline, cuya prosa descarnada no hace distinciones entre el amor y los demás dramas vitales que recoge en sus obras. Este alejamiento entre sus dos caras da una dimensión específica al autor francés y le otorga un lugar diferenciado del ocupado por la mayoría de sus colegas.

Quizás el menos literato de los médicos escritores tratados en este capítulo sea Sigmund Freud. No cabe plantearse su exclusión porque escribió mucho y diverso, entrelazando aspectos médicos, vitales y circunstanciales sin que pueda precisarse dónde termina cada una de tales facetas. El sabio austríaco vivía, trabajaba, trataba, investigaba y escribía sin preguntarse si la diversidad de sus actos exigía o merecía asignar compartimentos y momentos diferenciados para cada una. Es un fiel reflejo de sus tesis sobre los diferentes yos que forman una de las piedras angulares de su teoría.

Es poco novelesco exponer que los facultativos que escriben no se han preocupado por asignar una posición de privilegio al amor, pero el repaso a sus escritos y frases célebres así parece certificarlo. El amor es un elenco emotivo y pasional que sacude a cada ser humano en algún momento de su vida y que ha tenido consecuencias de enorme alcance en la historia. Y, sin embargo, es connatural al ser humano, del que es inseparable en las dimensiones que nos son conocidas. De ahí su grandeza y variedad, a la vez que la indiferencia con que llega a tratarse.

## CAPÍTULO IV

# Vida, juventud, ancianidad y el deseo de dejar huella

Entre las cuestiones más frecuentemente tratadas por los médicos escritores están las relativas al período vital y a las épocas en que este se divide, con las diferencias que cada una de dichas épocas provoca en la escala de valores de cada individuo.

Todos los seres humanos, sin excepción, se preguntan en algún momento de sus vidas por qué existen y según qué mecanismos viven y mueren. Los médicos en ejercicio se aproximan cada día a la enfermedad, y la experiencia de la muerte en nada les es ajena. Desconocen, al igual que cualquier otro individuo, la intimidad del binomio vida / muerte y únicamente se diferencian en que entienden la importancia de los grandes déficits de oxígeno, nutrientes o sustancias biológicas en la extinción del fenómeno vital. «Somos algo más que carne y hueso. Hay algo de espíritu», escribió Benjamin Carson.

Pero no es objetivo de este capítulo abordar la vida en cuanto fenómeno biológico. La historia de la medicina ha dedicado múltiples obras a este asunto y cualquier estudioso puede recomendar excelentes tratados sobre el particular. Los médicos escritores han sido menos optimistas o menos ambiciosos a la hora de referirse a la vida y se han circunscrito a las preocupaciones de índole más cotidiana. El enfoque es, simplemente, positivista. El escritor tiene siempre en mente lo que el lector espera y, salvo en el ensayo o la literatura estrictamente médica, las locuciones que utilizan son accesibles.

La vida es una cuestión de rasgar y remendar.

Esta frase de Guimarães Rosa recoge una descripción neopositivista muy propia de este escritor brasileño, cuya capacidad descriptiva parece estar ausente en la definición ofrecida. Bien podría haber utilizado los verbos *tejer* y *destejer*, pero en este caso el autor se decide por un ejercicio menos diplomático que no es mal resumen de la acción del hombre a lo largo de su existencia. Hacer y aprender mientras se hace para después contemplar con ojo crítico lo que se ha hecho y destruirlo para reemprender la actividad constructiva. Falta en esta frase toda mención al atesoramiento de experiencia, pero citar tal extremo sería una concesión a la sutileza, lo que resulta absolutamente contrario a los planteamientos de Guimarães Rosa. Un cínico valoraría la cita como propia de un político, lo cual no es desacertado tratándose de un médico escritor que conoce bien los entresijos de la cosa pública.

Muy diferente es el planteamiento del revolucionario Céline, que describe la trayectoria vital en tono despectivo:

La vida no es más que esta repugnante experiencia donde la personalidad se rompe.

Céline transmite rencor por el fenómeno del contacto entre el microcosmos individual y un entorno siempre hostil que condiciona la evolución individual hacia un destino poco halagüeño. La personalidad henchida de valores benéficos se enfrenta a la crueldad de las situaciones que se suceden a lo largo de la vida y sufre al negarse a aceptar el mal imperante. Céline concibe un mundo interior –Freud lo llamó inconsciente– donde anidan altos ideales que nada tienen en común con el egoísmo que impregna la acción de los demás. Este devenir es cruel y ataca continuamente la muralla construida en el que experimenta la confrontación hasta destruirla.

Guimarães Rosa y Céline son dos médicos escritores muy distintos en trayectoria profesional y en estilo literario, pero tienen en común un cierto desdén por el valor de la experiencia como elemento formador a lo largo de la vida. La frase de Guimarães Rosa expresa claramente que no merece la pena aprender ni informarse *ex ante*, sino que basta con romper lo ya cosido y proceder a remendarlo a continuación; Céline es a la par despectivo y negativo al calificar la experiencia de repugnante por su capacidad de alienar la valiosa personalidad del individuo.

El autor brasileño aporta una perspectiva menos agresiva y matizada al dar entrada a planteamientos existencialistas, de modo que el paso del tiempo y el cúmulo de

acontecimientos proporcionan circunstancias y situaciones cambiantes.

El transcurrir de la vida lo envuelve todo. La vida es así: es caliente y es fría, aprieta y afloja, sosiega e inquieta. Lo que ella quiere de nosotros es el coraje.

En la frase precedente, no obstante, reaparece el formalismo binario que tan frecuentemente tiñe sus obras. Blanco y negro, noche y día, en ocasiones la ley del Tali3n como mecanismo reparador de ofensas y siempre una cierta aversi3n a concluir, a dejar constancia de lo que Guimar3es Rosa espera. En otro pasaje, el diplom3tico brasile3o parece despojarse de toda idea determinista y culpa a lo et3reo de los males que aquejan al ser humano.

Fino, extra3o e inacabado es el destino.

Guimar3es Rosa se muestra c3nico e irresponsable en estas frases que han pasado a ser hitos definitorios de su obra. Al lado de la calidez latina se aprecia el desapego del hombre que no encuentra sentido a su existencia –aunque no parece que lo busque– y vive dando un paso despu3s de otro sin esperar que la senda lo conduzca a un objetivo prefijado. La menció al coraje como elemento que debe estar siempre presente, que debe acompa3ar al hombre en su andadura por los caminos que el destino traza, a menudo caprichosamente, es la única concesió que este autor hace a lo eterno, a lo siempre presente.

El perío do juvenil aparece en no pocas ocasiones entre los m3dicos escritores. Se trata de un perío do demasiado hermoso para dejarlo de lado en la creaci3n literaria. Aunque tiende a creerse que el problema de desafecci3n de la juventud es algo que únicamente sucede en el tiempo presente, en el que corresponde vivir, no es así. La conducta de los jó venes ha seguido un patr3n com3n desde el principio de los tiempos y siempre ha merecido la reprobaci3n de los mayores. Para quien dude, véase la siguiente frase de Hip3crates de Cos.

Los jó venes de hoy no parecen tener respeto alguno por el pasado ni ninguna esperanza en el porvenir.

Esta frase ha sido pronunciada en infinitas ocasiones a lo largo de la historia. Lo extra3o es que no se repare en su repetici3n, generalmente debida a personajes maduros. Si el joven es conservador y respetuoso, si se refugia en las tradiciones, si no objeta y protesta

contra lo que lo circunda, es que algo no funciona como debería. Hasta uno de esos autores que pareció vivir siempre en la juventud –Ernesto *Che* Guevara murió ejecutado a la edad de 39 años– lo recoge en sus escritos.

Pero la juventud tiene que crear. Una juventud que no crea es una anomalía.

Podría tildarse este dicho de lapidario, pero no hace sino recoger una de esas verdades que, a fuerza de repetidas, pueden quedar ocultas a los ojos de muchos mortales. Entendida en este sentido, la frase merece calificarse de conservadora en tanto que es rotundamente conocida. Ahora bien, conviene tener presente que se está citando al *Che* Guevara, al revolucionario más famoso del siglo XX, a una de las personalidades más rompedoras de su tiempo. ¿Sucedió, quizá, que el famoso comandante sucumbió al fenómeno conservador que tanto denostó? Es difícil aceptar esta explicación y, a pesar de ello, es innegable que la frase se adapta como pocas a la trayectoria del Che.

Cabría preguntarse cuántas veces debió de escuchar esas palabras Ernesto Guevara mientras vivió con sus padres, en el seno de una familia acomodada que viajó a lo largo y ancho de Argentina y que era poco amiga de las teorías comunistas. Ernesto Guevara fue un buen comunicador y eligió muy bien sus palabras, especialmente cuando dejó constancia escrita de su pensamiento. Por ello cabe interpretar la frase consignada como un excelente ejercicio propagandístico. El Che sabía que ganarse a un joven significa enrolar a un individuo para la causa del proletariado en el momento en que su potencial es mayor. El efecto ha sido, como es bien conocido, que la doctrina comunista floreció durante los años de la Guerra Fría como resultado de una inteligente política de captación en la que la comunicación impregnada de intelectualismo fue una herramienta fundamental.

Ernesto Guevara fue agresivamente conmovedor en sus mensajes a los jóvenes. En las dos siguientes citas se aprecia cómo se estimula tanto la conciencia como el corazón del joven otorgándole un papel fundamental en los procesos revolucionarios.

El aspecto fundamental en el que la juventud debe señalar el camino es precisamente ser vanguardia en cada uno de los trabajos que la competen.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud. En ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos nuestra bandera.

Párrafos que bien podrían matizarse con las palabras de Wendell Holmes de dos siglos atrás. Si el Che las conocía, cosa posible dado su amor por la historia, se guardó muy bien de darles entrada en sus llamamientos, a pesar de la sensatez que llevan implícita.

El joven conoce las reglas, pero el viejo, las excepciones.

La juventud es, sin embargo, época de emulación de conductas que parecen interesantes. William Somerset Maugham interpreta este fenómeno en términos positivos, muy diferentes de su contemporáneo Céline o del oportunismo de Guevara.

Uno, con la edad, se libra del deseo de hacer las cosas como los demás y hace con tranquilidad y sin miedo lo que le parece a él.

El autor británico da una lección de realismo en la frase precedente. Es uno de los pocos ejemplos de modestia y reconocimiento que se pueden encontrar en la obra de Maugham que reflejen autocrítica y resulta, por tanto, llamativo. William Somerset Maugham percibió muy pronto que su pluma era valiosa y que le compensaría las amarguras sufridas durante su infancia y juventud, amén de ahorrarle el mal trago de ejercer la medicina entre las dos conflagraciones mundiales. Creó mucho y desde bien pronto, aunque sus primeras obras recreasen experiencias propias, pero valoró con acierto lo que procedía escribir en cada etapa de su larga trayectoria. Fino observador de cuanto lo rodeaba, supo retener en su memoria los caracteres y las experiencias que merecía la pena incorporar a sus relatos y, según indica la cita, lo hizo apoyándose en los mejores ejemplos que pudo encontrar en sus primeros años para después atreverse a ser él mismo, del mismo modo que se aprecia en su biografía personal, plagada de escándalos sentimentales y con creciente desdén por el qué dirán.

Maugham interpreta de modo sarcástico la conducta de quienes son proclives a mirar hacia atrás.

Cuando solo se piensa en el pasado, es que no se tiene futuro.

Frente a los anteriores ejemplos de pragmatismo cabe contraponer algún tinte romántico en el que se recoge la frescura de los primeros años de la vida. Friedrich von Schiller ensalza el valor de la experiencia junto con la belleza de la inocencia en la siguiente frase.

Que tu sabiduría sea la sabiduría de las canas, pero que tu corazón sea el corazón de la infancia candorosa.

El gran autor alemán es uno de los primeros en romper con el desprecio por la infancia que ha sido una constante en la historia de la humanidad y que solo en épocas recientes ha sido superado. La evolución experimentada desde finales del siglo XIX ha situado a los niños como un valor que proteger incluso por encima del padre, y los códigos legislativos del siglo XXI así lo recogen, pero esto no ha sido siempre así. En la prehistoria, las madres debían proteger a sus vástagos de la depredación, y sus esfuerzos no siempre tenían éxito. Los hallazgos de los investigadores en antropología así lo demuestran. Ya en épocas posteriores se ha descrito la labor de los niños como ayudantes de los ejércitos en labores que solían costarles la vida. Por ello, el reconocimiento de Schiller al candor infantil es un paso hacia delante en uno de los aspectos más negros y menos conocidos de la historia, y que además proporciona una guía nada despreciable que enlaza con lo ya expuesto sobre la posición de Louis-Ferdinand Céline. Ambos autores reconocen los valores que pueblan la mente del niño y del joven.

No es frecuente encontrar casos de negación del valor de la experiencia entre los médicos que escriben. Es general la apreciación del correr del tiempo en las más diferentes manifestaciones vitales. Merece recordarse que Maugham fue un joven introvertido que arrastró durante buena parte de su vida la dureza de su niñez y las crueles experiencias por las que pasó en su adolescencia. Tímido y obediente de los dictados de su tío, que se hizo cargo de él a la muerte de sus padres, no desplegó unas alas que resultarían después amplias y poderosas hasta que se alejó de su tutoría y conoció los primeros éxitos como escritor. También es conocida su conducta, en la que escondía su natural timidez bajo una mezcla de altanería y desprecio por los demás. La siguiente frase informa mucho sobre la evolución de este novelista.

Solo avanzada mi vida me di cuenta de lo fácil que es decir: no lo sé.

Una gota de humildad en una personalidad muy compleja y hermética que necesitó décadas para desprenderse de tabúes y prejuicios. Coherente con la transparencia que presidió la última parte de su vida y que merece recogerse e interpretarse dada la gran capacidad de observación de Maugham, con estas palabras demuestra que no solo se fijó en los demás, sino también en sí mismo.

No son pocos los médicos escritores que han considerado la vida como una sucesión de acontecimientos que está prefijada de una u otra forma. Incluso en algunos de los autores citados en este capítulo está ya presente el determinismo.

El paso del hombre por la vida discurre por caminos prefijados, lo que recuerda la idea de la crátera de Jung o del escepticismo de Céline, pero estos dos autores son europeos y se hallan muy alejados del ardor cultural del diplomático brasileño. La interpretación de Guimarães Rosa puede sesgarse hacia el cinismo o la acomodación, actitudes muy frecuentes en América Latina.

La ancianidad tiene cosas buenas, como la tranquilidad que da la experiencia, pero también se acompaña del deterioro corporal, que no es aspecto al que haya que dar la bienvenida, pero que, entre otras cosas, justifica buena parte del trabajo de los médicos. La geriatría carecería de razón de ser si el transcurso del tiempo no produjese efecto alguno en el organismo humano. Rita Levi-Montalcini lo trata de modo directo.

El cuerpo se me arruga –es inevitable–, pero no el cerebro. Mantén tu cerebro ilusionado y activo, hazlo funcionar y nunca degenerará.

La premio nobel italiana aúna experiencia vital y conocimiento médico –descubrió el factor de crecimiento neuronal– y proporciona claves para comprender la evolución física, a la vez que las da para evitar o paliar los déficits neurológicos. Maugham aporta una línea coherente con la de Levi-Montalcini, pero lo hace en clave sardónica, acudiendo al prejuicio de que la fealdad es detestable.

El hombre es el único animal que ha de verse terriblemente desfigurado por su vejez.

Vida y muerte son las dos caras de la moneda. Mozart, que nada tuvo que ver con la medicina, afirmó que el objetivo último de la vida es la muerte. Romántica conjetura que Céline aborda con su estilo rudo y descarnado.

En este oficio de dejarse matar, no hay que ser exigente, hay que hacer como si la vida siguiera. Eso es lo más duro, esa mentira.

Lo cual obliga a retrotraerse a Schiller, que interpreta la muerte como tránsito que no tiene por qué ser especialmente negativo ni frustrante si se tiene descendencia.

Es dulce ver llegar la muerte mecido por la plegaria de un hijo.

¿Ternura paterna o afán de trascender? Dejar algo que evite el olvido es la gran aportación humana a la existencia concebida como vida, como superconjunto de procesos biomoleculares que implican movimiento, reproducción e interacción con el medio ambiente y que se agotan transcurrido el período máximo que la naturaleza imprime en los genes. Marañón lo recogió en su estilo sobrio y cortante.

Nadie más muerto que el olvidado.

Y el jesuita Arrupe lo repitió en versión religiosa. El misionero debe ser interpretado en esta dimensión tanto por su estilo de vida como por su planteamiento profesional, mirando siempre hacia el futuro.

No me resigno a que cuando yo muera siga el mundo como si yo no hubiera vivido.

Esto retorna a la idea de trascendencia, que, en el padre Arrupe, se concreta en haber contribuido a cambiar el mundo en la forma que él considera positiva: progresar en el amor a Dios.

La muerte es ominosa y terrible para muchos. Es el final y nada importa cuando sucede porque nada queda del ser que se va. Pío Baroja la interpreta en tono pesimista y autodestructivo.

Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener plan, de encontrarse perdido.

Un sintoísta respondería que el ilustre escritor vasco está equivocado o, más bien, ofuscado. Que basta con levantar la mirada y buscar el camino. Theodore Zeldin le propondría analizar los seis caminos descritos en su *Historia íntima de la humanidad* y decidir cuál es más conveniente para uno mismo. Gregorio Marañón le haría una sugerencia infinitamente más próxima, tanto por paisanaje como por vivir en la misma época.

Cuando la vida te presente razones para llorar, demuéstrale que tienes mil y una razones para reír.

Subyace en muchas de las citas recogidas en este capítulo el antiguo adagio que un juglar anónimo recogió en versos que deleitaron a los príncipes del medievo:

Si jeunesse savait,  
si vieillesse pouvait.

Afilado verbo el de ese bardo que dividía a los hombres en sabios y potentes, de modo que si se pertenece a una de las dos categorías, se está excluido de la otra. Incluso Hipócrates criticó el desparpajo de los jóvenes, lo que obliga a concluir que la brecha que separa al joven del hombre maduro y reflexivo ha existido siempre. Quizá por ello los médicos escritores la recogen, pero se abstienen de concederle categoría de dogma, igual que el padre de la medicina clínica se negó a incluir la fiebre de amor en sus tratados de patología.

Todo médico es investigador en potencia porque se enfrenta a problemas aparentemente insolubles que conllevan daño, dolor y muerte. Resolver alguno de ellos significa contribuir al progreso de la comunidad, pero también reconocimiento y, en ocasiones, recompensa. Pero, para que ese progreso se concrete, ha de describirse y presentarse, someterse a la crítica y al contraste y, finalmente, instaurarse. Por ello cabe afirmar que el médico investigador es también un escritor en potencia. Ciertamente, la orientación será ante todo la exigida a la literatura médica, con sus capítulos bien afirmados por la práctica. Introducción para concretar el problema y el estado del conocimiento sobre este, hipótesis de trabajo, material y métodos, resultados y discusión, para finalizar con una lista de bibliografía. Investigador y relator comparten una estructura bien determinada para difundir los logros a los que el trabajo innovador les ha conducido.

El médico escritor difiere del caso de investigador / escritor. Es, en esencia, un literato que ha estudiado y practica la medicina, y esta actividad cotidiana influencia la labor literaria.

La medicina es mi esposa legal. La literatura, solo mi amante.

Anton Chéjov se limita a describir la diferencia más simple entre las dos actividades cuando se las concibe como profesiones de las que se obtiene el propio sustento. Pero se le escapa, o deja que quede oculta, una de las principales motivaciones del escritor, que es la de dejar constancia de su paso por la vida. Este elemento motor puede estar presente en la mayoría de las actividades humanas, pero la frontera entre ciencia y arte es demasiado abrupta.

El médico es consciente de que su labor puede trascender y quedar recogida en la historia de la medicina. Hipócrates de Cos y su escuela fueron guía para la profesión médica durante veinte siglos. Servet y Harvey pasaron a la historia por descubrir la circulación sanguínea. En el siglo XIX forman legión los médicos cuyas investigaciones les han reportado asociar sus nombres a las enfermedades o a sus factores etiológicos. Innegable es la huella que la profesión médica deja –construye cada día– en la historia de la humanidad. A este fenómeno hay que contraponer que el médico escritor busca crear narraciones y poesías que ganen el beneplácito del público lector.

Definir la zona de encuentro de las dos tendencias vitales es imposible. En el mismo cerebro anidan escritor y médico o médico y escritor. Si se ejercen ambas actividades, la resultante es clara en cuanto a forma y contenido. Artículo o novela, revisión o poema, pero nunca ambas cosas a la vez. La frontera entre ciencia y arte se erige insalvable.

Ambos caracteres buscan perpetuarse. La idea de proyectarse más allá del momento de la muerte es una pulsión demasiado fuerte para quedar obviada en la mayoría de los mortales. Si, además, el ser de 46 cromosomas posee luces y capacidad para empuñar tanto el fonendoscopio o el bisturí como la pluma o el teclado de ordenador, el legado en forma escrita está asegurado.

Legado que reviste tantas facetas como la existencia considerada en su conjunto. Existencia de la que la vida humana es tan solo un subconjunto compuesto, a su vez, de subconjuntos denominados etapas de la vida. La pluma de los médicos escritores no ha vacilado en correr sobre estos períodos para crear relatos o evocar versos, en muchos de los cuales está presente la razón de ser de la medicina.

## CAPÍTULO V

# El mito de la felicidad

El médico posee ciertas ventajas al tratar el concepto de felicidad. Conoce los mecanismos bioquímicos relacionados con algunas sensaciones placenteras o dolorosas y también es testigo del rebrote optimista experimentado por el paciente que sana o que recupera una función fisiológica perdida o deteriorada a consecuencia de la enfermedad. Estos dos elementos lo sitúan en posición de privilegio.

Podría decirse que la parte orgánica de este conocimiento es tan antigua como la misma ciencia médica. La investigación paleontológica demuestra que los primeros médicos conocían suficientemente el cuerpo humano y ubicaron la actividad intelectual en el cerebro desde los albores de la humanidad. Hipócrates de Cos no vaciló en posicionar también los fenómenos emotivos en el encéfalo.

Los hombres deberían saber que del cerebro y nada más que del cerebro vienen las alegrías, el placer, la risa, el ocio, las penas, el dolor, el abatimiento y las lamentaciones.

No fue, sin embargo, el maestro griego el primero en entender el papel del sistema nervioso central en la emotividad. La trepanación era una técnica bien conocida por los egipcios, y su dominio es indicativo de la importancia que los protomédicos concedían al cerebro. Algo similar puede señalarse de la decapitación como método de ejecución tan antiguo y común entre las sociedades que se pierde en la noche de los tiempos. El médico, escritor o no, sabía hace tres o más milenios que la víscera clave en las emociones es el cerebro.

¿Desarrolló Hipócrates de Cos la teoría afectiva o la tomó de la medicina egipcia? Interesante cuestión que carece de respuesta, a pesar de los resultados que la

investigación paleohistórica proporciona de modo continuo. Acudiendo a la teoría de los humores que es propia del *Corpus hippocraticum* y a su terapéutica, enlazando las diferencias en el estado anímico con la alimentación y las estaciones, puede concluirse que Hipócrates relacionó las manifestaciones emocionales con el ambiente, además de atribuir al cerebro los cambios en la percepción y la conducta.

Veinticinco siglos después, Gregorio Marañón regala al mundo una de esas frases que dejarían huella de no ser porque el mensaje contenido en ella está presente en el subconsciente de la mayoría.

La capacidad de entusiasmo es signo de salud espiritual.

Marañón se definía a sí mismo utilizando frases como la precedente. Cuando le preguntaban cómo podía hacer tantas cosas y, además, escribir, solía responder que era un traperero del tiempo. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, los traperos y los chamarileros eran figuras importantes para la economía de ir tirando propia de la época, comprando y comerciando con cosas viejas que habían perdido su utilidad en los hogares. Gregorio Marañón chalanaba con el tiempo. Mientras su mujer terminaba de acicalarse para asistir a un evento, él se sentaba en el despacho y escribía unas líneas. Esta era una de sus recetas.

Lo interesante de la frase citada más arriba es que en ella subyace una traslación de los fenómenos mentales relacionados con el bienestar espiritual. El individuo optimista y de talante abierto tendría, según Marañón, mayor probabilidad de disfrutar de salud mental.

Transcurrieron varias décadas antes de que este planteamiento calara en la psiquiatría de finales del siglo XX. Las coordenadas han cambiado con respecto a las del ilustre madrileño. Se han identificado decenas de neurotransmisores y se han establecido asociaciones entre sus concentraciones en la sinapsis y los diferentes estados patológicos, se ha profundizado en las bases neuroquímicas y se conocen las dianas terapéuticas, pero sigue sin inventarse la píldora de la alegría. Luis Rojas Marcos, referente de la psiquiatría de principios del siglo XXI, describe las bases de la felicidad como un conjunto multifactorial.

Las conexiones afectivas, el pensamiento positivo, diversificar nuestras fuentes de satisfacción, el perdón y el sentido del humor son algunos de los guardianes de nuestra felicidad.

En esta proposición Rojas Marcos recoge no solo sentimientos, sino actitudes. No es el primero en valorar la contribución de un estado de ánimo positivo, pero postula la extensión de dicha base intelectual hacia la conducta como mecanismo de reafirmación. El pensamiento positivo es útil, pero no pasa de ser un sustrato que para ejercer efectos favorables necesita que los actos voluntarios del sujeto marchen en coherencia con aquel, de modo que se creen hábitos de comportamiento que se vayan integrando en lo cotidiano. En este terreno, sus aportaciones son singulares porque se aproximan a la espiritualidad paso a paso, evitando el salto que se aprecia en la cita de Marañón anteriormente discutida. También introduce aspectos favorables mediante la voluntariedad y dotando la iniciativa de un carácter instrumental. La finalidad es, ante todo, proporcionar más satisfacción al individuo. Es un planteamiento muy alejado de la máscara enunciada por Pío Baroja, orientada a esconder la auténtica imagen del individuo.

Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo llega a no saber cuál es su cara y cuál su careta.

Dos mensajes muy próximos en el tiempo y notablemente alejados por las actitudes contrapuestas de sus autores. Baroja fue hermético y pesimista. Rojas Marcos es, ante todo, vitalista. El primero no ejerció la profesión médica, y el segundo se ha apoyado en la experiencia médica individual trasladada a conjuntos sociales.

Procede recordar en este contexto las grandes diferencias existentes entre Pío Baroja y Luis Rojas Marcos. Salvadas las temporales, lo cierto es que ambos nacen y se forman en la España de blanco y negro. Baroja tuvo una infancia complicada, pero también al sevillano Rojas Marcos le correspondió luchar con las dificultades de los estudios en el colegio. A diferencia del norteño, el sevillano amó la medicina desde muy joven y, al poco de graduarse, en 1968, marchó a Nueva York y allí ha alcanzado las más altas cotas de la psiquiatría y lo que bien podría denominarse medicina pública. Baroja se apartó de la medicina desde su juventud, y Rojas Marcos se ha dedicado por entero a ella. Estas trayectorias vitales tan distintas discurren paralelas con actitudes igualmente divergentes.

Al sombrío Baroja, siempre desconfiando del ser humano, se opone un Rojas Marcos vital, abierto y optimista. Pío Baroja pasó la mayor parte de su vida en una discreta soledad, acompañado por su hermana y lejos de actividades públicas. Rojas Marcos pasó del ejercicio de la psiquiatría a la organización de la labor asistencial y, finalmente, a la

dirección de centros médicos, alcanzando las más altas responsabilidades tanto en plantillas a su cargo como del presupuesto que administrar. Nada extraño que dos personalidades opuestas resulten en aforismos contrarios.

¿Lleva Luis Rojas Marcos el sol de su Sevilla natal y no se deja apabullar por las nubes de la Gran Manzana? Más bien hay que pensar que se dejó atrapar por el chauvinismo de Nueva York y por el trepidante ritmo de trabajo de sus moradores. El espíritu de los estadounidenses es envidiable cuando creen en algo. Recuérdese al gran Benjamin Carson, el de las manos mágicas y las palabras sencillas que definen cuestiones complejas.

No andes por ahí con la cara larga esperando que suceda algo malo. Espera cosas buenas y estate atento a ellas.

Coinciden ambas actitudes. El afroamericano capaz de dirigir macroequipos en el quirófano durante jornadas de veinte horas utiliza el mismo léxico que el sevillano. Trabajadores duros, creadores de opinión, modelos de la medicina de finales del siglo XX, afanándose en crear bienestar a su alrededor y con algo muy significativo en común. Los dos conocen las estructuras nerviosas donde se gestan las funciones superiores y aquellas otras por las que la corteza cerebral dirige las funciones orgánicas y, a pesar de sus diferencias en origen, educación y creencias, dan una misma clave para que la vida sea más feliz. Han pasado varios siglos y su nivel de conocimiento nada tiene que ver con el de la Francia del siglo XVI y, a pesar de todo, poco o nada los diferencia de François Rabelais.

Una pulgada de alegría es mayor que un palmo de sufrimientos, porque reír es propio del ser humano.

Omnisciencia del autor francés o fino olfato, tanto da. Lo importante es que se anticipa en unos siglos a estas dos grandes figuras y acierta en su valoración del optimismo como umbral de entrada a la satisfacción.

François Rabelais es considerado el equivalente francés de Miguel de Cervantes y Shakespeare, lo que puede considerarse un tanto excesivo habida cuenta de la dimensión y las características de las sucesivas entregas de *Gargantúa y Pantagruel*, que difícilmente pueden compararse a las obras de los dos gigantes de las letras españolas e inglesas. Es innegable que los cuentos de los dos gigantes y sus historias plagadas de costumbrismo y humor crítico resultaron muy del agrado de los lectores de la primera

mitad del siglo XVI y que Rabelais se sorprendió ante el éxito alcanzado por unas obras que poseían un objetivo menos ambicioso, como era hacer más llevadera la vida de los enfermos. Esta cualidad de los cuentos de ambos gigantes les proporciona un valor humano muy superior al que merecerían considerados únicamente como resultado de las ambiciones literarias de un autor.

Asimismo, cabe resaltar que Rabelais transporta a sus obras una perspectiva típica del humanismo de la época y de su trayectoria vital. Una lectura rápida de cualquiera de las aventuras de *Gargantúa y Pantagruel* transporta al lector a un entorno hedonista en el que la felicidad se concreta en grandes cantidades de comida. Como se aprecia en la cita de Lobo Antunes que se presenta más adelante, aparece en ambos casos una materialización del concepto de felicidad que resulta muy atractivo de cara a la interpretación del pensamiento de los médicos escritores sobre el particular.

Las citas hasta aquí recogidas no abordan el concepto de felicidad. Se limitan a establecer parámetros conductuales que preparan el terreno mental para que la felicidad anide en él y permanezca el período más largo posible. El concepto de «felicidad» es abordado de forma bastante más delicada, como haría un microcirujano. Así, Gregorio Marañón comienza por delimitar el campo quirúrgico antes de efectuar la disección.

La felicidad es un sentimiento negativo: la ausencia de dolor.

Salvedad hecha de la socarronería calificando como negativo algo que todo el mundo valora mucho, hay dos aspectos en esta frase que merecen resaltarse. Ambos adolecen de simplismo y, a pesar de ello, son muy útiles como líneas fronterizas. Incluir la felicidad como sentimiento es, cuanto menos, circunscribirlo y limitarlo. Lo mismo puede aplicarse a la segunda parte, donde se igualan felicidad y bienestar físico en estados que cursan sin dolor.

Marañón conocía bien el momento que le tocaba vivir y sabía que el entorno español esperaba recetas simples. De ahí lo corto de su definición. Antonio Lobo Antunes se adentra en terrenos más propios de la filosofía al negar la posibilidad de describir la felicidad, como se aprecia a continuación.

Yo no sé bien lo que es la felicidad, pero cuando leo un libro bueno se le parece.

Aserto que enorgullece a todo escritor y que inmortalizó Borges al decir que soñaba con la felicidad en forma de biblioteca. Traslación muy acertada que ubica al interesado en lugares donde es más probable ser feliz. Ya se ha citado que François Rabelais utilizó el humor y la abundancia de comida como elemento transportador de felicidad o, al menos, de satisfacción. El prolijo escritor portugués rinde honores con estas palabras a aquello a lo que ha dedicado la mayor parte de su vida, es decir, a los libros.

Cabe señalar que el humanista francés recoge en su cita los términos «alegría» y «sufrimiento» mientras que Lobo Antunes hace referencia a la felicidad de modo más conceptual y relativizándolo.

Entre los médicos escritores del siglo XX es más frecuente ofrecer proposiciones más amplias sobre la felicidad y la dificultad de definirla y describirla. Son frecuentes las comparaciones entre felicidad y estupidez, artificio bien conocido y profusamente utilizado en la literatura. Sigmund Freud es fiel a la socarronería que lo caracterizó en la última parte de su vida en la siguiente frase.

Existen dos maneras de ser feliz en esta vida: una es hacerse el idiota y otra, serlo.

El psiquiatra Martín-Santos hace referencia a esta y a otras frases célebres, que no necesitan ser pronunciadas por un premio nobel para asentarse como verdades o adagios. Lo que merece la pena resaltar es que dos psiquiatras la incorporen a sus construcciones teóricas, de modo que únicamente admiten una interpretación dura y cruel. Martín-Santos y Freud comparten la creencia de que la plena puesta en juego de las funciones mentales superiores es incompatible con la felicidad.

El planteamiento anterior goza de aceptación en muchos sectores, y su análisis en profundidad exige adentrarse en los terrenos reservados a la metafísica y a la ontología. Es más modesto orientarse hacia objetivos más concretos, como es el de la acción humana relacionada con la felicidad, lo que inevitablemente conduce a su búsqueda. Guimarães Rosa relaciona la persecución de la felicidad con el inevitable correlato de la energía que debe desplegarse y que el autor brasileño asemeja a un viaje.

Quien eligió la búsqueda no puede rehusar la travesía.

Lo cual introduce una nueva variable en el análisis sobre el abordaje de la felicidad entre los médicos escritores y, nuevamente, acompañado de escasa originalidad. Guimarães

Rosa correlaciona el esfuerzo con el deseo de averiguar y de buscar. No son pocos los filósofos y, modernamente, los psicólogos que asocian el trabajo con la satisfacción. El mismo Freud se une a este planteamiento, pero aporta una magnitud nueva, en este caso la dificultad de obtener los fines perseguidos.

He sido un hombre afortunado en la vida. Nada me resultó fácil.

Tampoco puede calificarse de original al padre del psicoanálisis por estas palabras que para mucha gente de la calle se traducen como *lo que no cuesta no vale* y de lo que la vida cotidiana brinda ejemplos en todo momento y lugar. No obstante, las dos últimas frases ponen en pie de igualdad el anhelo de búsqueda y persecución con el consumo energético desplegado a lo largo del proceso. Quizá de la cita de Freud se pueda inferir la correlación entre la dificultad en la consecución y la satisfacción personal, lo que sitúa la felicidad en la órbita exclusivamente personal.

Tampoco faltan entre los médicos escritores quienes conciben la felicidad como el resultado de un equilibrio en las actividades del hombre, sin que en ese flujo de sucesos pueda descartarse la aparición de sensaciones y sentimientos asociados a la infelicidad. Nuevamente otro psiquiatra, Carl Gustav Jung, se refiere a este proceso como una conjetura o conclusión que se puede hacer de toda una vida o de largas etapas de esta.

Aun una vida feliz no es factible sin una medida de oscuridad, y la palabra «felicidad» perdería su sentido si no está balanceada con la tristeza. Es mejor tomar la vida como viene, con paciencia y ecuanimidad.

El autor suizo asume que los estados de felicidad se suceden a lo largo de la existencia y, para ser entendidos y conocidos, han de contraponerse a momentos de tristeza. Muy propio de la trayectoria teórica de Jung, que no llegó a entender el rol de los neurotransmisores cerebrales en los estados de ánimo de sus pacientes y buscó explicación más allá de la ciencia. Sus incursiones en la mitología y el esoterismo son clara muestra de su convicción de que en tales entornos se podrían encontrar reminiscencias sobre la formación de las primeras mentes y era allí donde debe radicar la explicación a muchos interrogantes sobre la patología psíquica.

La medicina no ha proporcionado respuesta a la gran pregunta que sabios y filósofos se han planteado desde el inicio de los tiempos. No se dispone de una definición aceptable de en qué consiste la felicidad, y lo más probable es que se extinga el género

humano sin que se haya resuelto. Aun así, los médicos de pluma han efectuado contribuciones nada despreciables sobre esta cuestión.

Desde los inicios de la medicina clínica se sabe que las funciones intelectuales, propias del ser humano, residen en el encéfalo en general y en el lóbulo frontal en particular. Este conocimiento informa de cualquier paso posterior y delimita los procesos que desembocan en sensaciones físicas placenteras o deletéreas y, ascendiendo algunos escalones, sentimientos, pasiones, impulsos y demás manifestaciones del orden psíquico. Antes de que se describiese la circulación de la sangre, era habitual diagnosticar como gota o hidropesía numerosas enfermedades cardiovasculares que hoy, gracias a Servet y Harvey, están bien caracterizadas y cuyo tratamiento ofrece buenos resultados. Es difícil saber qué teorías imperaban sobre los trastornos mentales antes de Hipócrates, pero parece que se atribuían a causas divinas. Incluso la medicina oriental se abstiene de entrar directamente en la explicación de este tipo de patologías, y los textos más antiguos de los que se tiene noticia establecen un *continuum* entre soma y psiquis para el que no cabe fijar fronteras.

Otra de las contribuciones de la medicina es haber establecido asociaciones entre los hábitos de conducta y la sintomatología, o incluso la causalidad de numerosas enfermedades. La escuela hipocrática marcó el camino para la dietoterapia y la higiene como integrantes de la terapéutica, e incluyó numerosas notas sobre los estados de ira o melancolía. Desde aquí a las teorías que asocian una actitud optimista con la mejora de resultados de las intervenciones médicas, dominantes en el inicio del siglo XXI, distan dos milenios.

El humanista Rabelais recogió la importancia de la alegría para favorecer la acción del médico, pero su mensaje se diluyó como una gota en el océano. Hasta que la psiquiatría y la psicología han emergido y alcanzado categoría de ciencias médicas no se ha producido el salto hacia delante.

Sin ánimo de pontificar, uno de los grandes avances en el siglo XX ha sido vincular cierto nivel del resultado terapéutico con la predisposición favorable del paciente. Los farmacólogos conocen bien este asunto y lo aplican rutinariamente en los ensayos clínicos, donde es obligado comparar el nuevo medicamento con un placebo administrado de modo que ni médico ni paciente puedan saber si este es tratado con el fármaco activo o con el comparador inerte. De otro modo la información obtenida del

ensayo clínico puede calificarse de empírica y es mucho menos sólida que si se aplica la metodología de doble ciego.

Las escalas de medición son también fruto de la medicina de la segunda mitad del siglo XX y su uso está ampliamente extendido porque, mediante este, se valora la situación de un paciente de forma objetiva, y dos médicos que trabajen en lugares muy distantes pueden intercambiar su experiencia clínica refiriéndose a las escalas de valoración. A los efectos de este capítulo son particularmente importantes las escalas que miden el bienestar de los pacientes en términos en principio subjetivos, pero que, tras su serialización, permiten establecer rangos objetivos. El dolor es un parámetro clásico que hace cincuenta años se definía como sujeto a gran variación interindividual y que hoy, merced a una plétora de estudios, ha quedado graduado en leve, moderado y grave. Lo mismo sucede con otros varios parámetros conductuales entre los que no faltan los que miden la autoestima o la satisfacción del paciente.

No puede, por tanto, afirmarse que se hayan registrado grandes avances en la investigación sobre el fenómeno de la felicidad en el ser humano. Se conocen mejor los mecanismos que producen felicidad individual, y la pirámide de Maslow es un resumen bien estructurado desde la perspectiva sociológica. En el marco de necesidades vitales quedan las más elementales en el nivel inferior, es decir, deben cubrirse las necesidades alimenticias y de cobijo antes que las de seguridad, y estas, a su vez, antes que las afectivas, amorosas o de pertenencia a grupo, y quedarían para la cúspide las de reconocimiento y autorrealización. Este esquema, ampliamente utilizado en mercadotecnia y a menudo olvidado por profesionales de la política, proporciona un cuadro fácilmente comprensible de las reacciones del ser humano ante lo que espera del entorno más inmediato, pero no puede considerarse el llavero de la felicidad.

Los médicos escritores no han dedicado esfuerzos excesivos a la felicidad. Ha predominado el abordaje convencional, y no pocos han hecho suyas las palabras de Antón Chéjov que niegan su existencia.

La felicidad no existe. Solo existe el deseo de ser feliz.

La primera reacción ante el nihilismo del gran autor ruso es calificarlo de excesivo pesimismo, al igual que a muchos de sus paisanos. Ahora bien, su frase merece una segunda reflexión porque la segunda parte es indiscutible –todo el mundo quiere ser feliz

o, al menos, más feliz– y merece, por tanto, atención. Al tratarse de algo real que también afecta a los animales y que se exterioriza en su instinto, cabe diseccionarla.

Ser más feliz significa colmar las necesidades básicas si no están cubiertas y, en el caso del hombre, alcanzar un grado de relación acorde y suficiente según las circunstancias. En el camino para alcanzar este equilibrio aparecen deseos, anhelos y obsesiones, y la mente humana, en su infinitud, vislumbra o entrevé un estado de perfección que denomina «felicidad».

Pero no sería justo menospreciar el trabajo de médicos como Luis Rojas Marcos, que han demostrado lo atinado de afrontar cada situación vital con optimismo y mente abierta. Este psiquiatra y gestor asistencial ha sido capaz de dar el salto desde la consulta a las más altas magistraturas de la medicina con gallardía, y por ello una frase como la siguiente merece ser recogida en este capítulo.

El cuarenta por ciento de la felicidad está en los genes.

No procede de un bioquímico, pero la trayectoria y la ejecutoria de Luis Rojas Marcos constituyen aval suficiente. Una parte muy importante de las satisfacciones que el hombre experimenta a lo largo de su vida le vienen preasignadas en el genoma. El resto depende de otras muchas circunstancias.

Para finalizar se recogen unos versos de Aurora Guerra que, como toda su poesía, no necesitan interpretación. El calor y el candor de su autora revolotean entre las palabras.

Alguien dijo una vez que los días buenos no dejan huella. No es verdad. No diré que arman estruendo, pero se graban con un punzón en el área de la felicidad.

## CAPÍTULO VI

# El bien y el mal.

## Antítesis y cercanía

La historia de la humanidad está plagada de maniqueísmo. Las personas se dividían en buenas y malas y, por extensión, las sociedades y los grupos recibían el mismo calificativo, que, en realidad, puede resumirse en *nosotros o ellos* en una acepción básica cuando lo que está en juego es la supervivencia. En este contexto, el binomio bien / mal sería simplemente una expresión del instinto de conservación.

Los conceptos de «bien» y «mal» son tan antiguos como el hombre. Los animales no distinguen entre ambos. Lo que es bueno para uno es malo para otro –véase el comportamiento de las especies predatoras–. Siguiendo a Arsuaga, la solidaridad es un valor específico de la especie humana, aunque se han descubierto comportamientos relacionados con ella en gorilas y otros simios cuyo desarrollo encefálico los iguala al *Australopithecus*, el primer homínido conocido. Así pues, el hombre se muestra solidario con sus parientes para evitarles algo malo, cediendo, por su parte, algo bueno y, en definitiva, haciendo el bien.

El concepto de «solidaridad» ha evolucionado tanto en los últimos ciento cincuenta años que su término contradictorio es el egoísmo o el conjunto egoísmo / individualismo. En términos sociológicos se habla de sociedades vertebradas frente a grupos basados en la libertad individual. En política es habitual referirse a países liberales frente a los que practican el estado de bienestar. A principios del siglo XXI, descartado el comunismo como fórmula viable, los gobiernos se esfuerzan en alcanzar puntos de equilibrio entre la

economía de mercado y el estado de bienestar. Individualismo y solidaridad intentan encontrarse y coexistir.

Los médicos escritores se han manifestado generalmente en favor del bien. Para ellos hacer el bien es curar o prolongar los estados en que predomina la salud. La idea de equilibrio no les es ajena, y desde la escuela hipocrática se suceden proclamas en su favor. Así lo señala Hipócrates de Cos.

Ni la sociedad, ni el hombre, ni ninguna otra cosa deben sobrepasar para ser buenos los límites establecidos por la naturaleza.

La referencia a un orden preestablecido es propia de la forma de pensar de la Antigüedad y de la filosofía griega que intenta enunciar los grandes interrogantes. En esa concepción se atisba la frontera de lo prohibido, que no cabe sobrepasar ni individualmente ni en grupo. Es una manifestación genérica que informa sobre lo que se puede hacer y lo que no se debe ni siquiera intentar.

Esta noción de equilibrio relacionada con lo permisible no está reñida con el maniqueísmo imperante. Es bien conocido el adagio *primum non nocere*, popularizado por Claudio Galeno y en la actualidad incorporado a la ética médica de modo que la acción médica, entendida para curar, debe ante todo asegurarse de que no produce daño al paciente. Aunque fuera el médico italiano quien la transmitió a la posteridad, es a Hipócrates a quien se debe esta máxima.

Si no puedes hacer el bien, por lo menos no hagas daño.

No siempre la medicina siguió el principio hipocrático. Las prácticas cruentas con resultados lesivos para la salud e, incluso, la vida jalonan la historia de la medicina y llegan hasta el siglo XX. No hay que remontarse a las sangrías y trepanaciones para encontrar ejemplos. Antes de la aparición de los quimioterápicos se trataba el tracoma con técnicas abrasivas para el párpado que, a veces, resultaban en su necrosis. De las prácticas de los médicos nazis se ocuparon debidamente los jueces, y de sus procesamientos surgió la Declaración de Núremberg, a pesar de la cual se registraron prácticas maléficas –el ejemplo de la utilización del estolato de eritromicina para inducir daño hepático en niños sometidos a ensayos clínicos es bien conocido–, lo que obligó a que el siguiente documento universalmente aceptado en la investigación clínica en

humanos, la Declaración de Helsinki, cerrase la puerta a toda iniciativa en la que no se obtuviese beneficio para el paciente.

El mundo ha necesitado veinticinco siglos para comenzar a superar algunas de las lacras vinculadas al individualismo. No obstante, continuamente se producen rebrotes de nacionalismo y fanatismo que demuestran que la capacidad de hacer el mal no está desarraigada.

Louis-Ferdinand Céline escribió sobre la capacidad de odiar como manifestación íntima del deseo de hacer daño.

Me faltan algunos odios todavía, estoy seguro de que existen.

Una forma de pensar coherente con una vida difícil como la del gran escritor francés. En sus obras se hace referencia a la potencialidad dañina que acompaña a todo ser humano y que el autor observa tanto en los demás como en sí mismo. Años duros en los que las grandes mentes se enfrentan a un mundo cambiante en el que el binomio bien / mal ha adquirido dimensiones geopolíticas y nadie, ni tan siquiera los peor tratados por la diosa Fortuna, puede admitir que la razón está solo en una de las partes. Juan Huarte de San Juan resume el pensamiento imperante en la época renacentista indicando que la bondad está en el justo.

Para el justo no son necesarias leyes ni derechos.

Dos siglos después, el estadounidense Oliver Wendell Holmes tomará este concepto y lo expresará en tono poético.

Aquello que sale del corazón lleva el matiz y el calor de su lugar de origen.

La teoría de que el deseo de hacer el mal es connatural al ser humano está aún presente en no pocas mentes. Sigmund Freud se refiere a ello con su estilo habitual.

Los buenos son los que se contentan con soñar aquello que los malos hacen realidad.

Los conocedores de su obra harán traslación inmediata hacia la teoría sexual. El insigne psiquiatra estaría paralelizando en estas palabras el deseo sexual contenido con la bondad. Se trata de un ejercicio simplista, pero no debe olvidarse que pocos enfoques

son más simplistas que el maniqueísmo. Además de buenos y malos caben otras posibilidades.

El heterodoxo Somerset Maugham introduce una nota innovadora –cómo no– al reconocer algo favorable en la transgresión del equilibrio preestablecido.

En ocasiones, el exceso es estimulante. Evita que con la moderación se adquiriera el mortal efecto del hábito.

Rebelión frontal contra las normas que fija una sociedad de la que el autor inglés tomó ejemplos y personajes, pero en cuyos corsés nunca se sintió a gusto. El inconformismo de Maugham no puede considerarse disruptivo con la forma de vida que, pese a todo, siempre respetó, aun cuando sobrepasaba los límites establecidos por las costumbres. Más bien parece que estamos ante una reacción del escritor a los recuerdos de una juventud que bien pudo ser asfixiante para un huérfano.

El cambio radical en favor de las tendencias benéficas se produce a finales del siglo XX y tiene mucho que ver con la globalización. En esos años muchos habitantes del mundo desarrollado han vivido siempre en hogares con calefacción y desconocen la penuria. A pesar de las tesis que denuncian la abundancia de bienes como una de las enfermedades del cambio de siglo –Rojas Marcos entre ellos–, la realidad es que se extiende una forma de pensar que propugna la ayuda al desfavorecido, y los médicos no son ajenos a este proceso. Ciertamente es, no obstante, que Galileo Galilei apuntó las bases con varios siglos de antelación al vincular la ignorancia con el mal.

La ignorancia es la madre de la maldad y de todos los demás vicios.

Dado el cúmulo de conocimiento que caracteriza el final del siglo XX, así como su velocidad de generación, es evidente que se estaría cumpliendo la ecuación propuesta por el padre de la física moderna.

Benjamin Carson, modelo para los neurocirujanos y para quienes experimentan la necesidad de compartir lo que de bueno la vida les dio, acude al binomio bueno / malo para orientar la conducta del hombre.

Sé bueno con la gente; con todos. Si eres bueno con las personas, ellas serán buenas contigo. Se necesita mucha menos energía para ser bueno que la que se necesita para ser malo.

Enunciando un mensaje asaz simplista, en nada original, el eminente neurocirujano aporta una receta concreta en la que el mensaje positivo se combina con otro, *quid pro quo*, que puede criticarse por mercantilista, pero que llega muy fácilmente a la audiencia. Si, además, el mensaje se acompaña de la experiencia personal –que tomen ejemplo determinados profesionales de la política–, adquiere una fuerza arrolladora.

Es curioso cómo el país más poderoso del mundo, que ha llegado a la cima del poder económico gracias al respeto de las libertades individuales, produce hombres como Carson. Además de su gran entrega al trabajo, este afroamericano desarrolla numerosas actividades sociales de las que las becas que llevan su nombre no son sino una de las muestras mejor conocidas. Benjamin Carson no solo aconseja cómo actuar, sino que predica con su ejemplo cotidiano.

El mensaje de Carson sobre la conveniencia de evitar el mal es bastante más elaborado que el precedente. En la siguiente cita, el autor recurre a la previsión de qué hay que hacer para ocultar el mal cometido y concluye en la necesidad de progresar en el mal camino. Simplismo utilizado con gran frecuencia –especialmente con niños y jóvenes–, pero que sigue teniendo utilidad.

Cuando haces algo deshonesto, debes hacer otra cosa deshonesto para cubrirlo y tu vida se vuelve desesperadamente compleja.

Contenidos igualmente sencillos en los que se ha adicionado una dosis de beneficio nada despreciable. En esta frase Carson ofrece la recompensa al bien mediante la exposición de lo que sucede ante la conducta contraria. Recuerda los consejos y las máximas de la época victoriana, pero Carson eleva un escalón el discurso y lo sublima al presentarlo exento de ejemplos. Puede hacerlo porque él es el ejemplo de lo que propone.

En estas palabras de Benjamin Carson se contienen lecciones morales que están presentes en los textos religiosos. «Manos que no dais, ¿qué esperáis?», dice la Biblia. Compárese este precepto con la siguiente frase de Deepak Chopra.

Lo que no se multiplica a través del dar ni vale la pena darse ni vale la pena recibirse.

El ayurvedista afincado en Estados Unidos ofrece una técnica de valoración moral de las cosas que puede requerir un poco de reflexión para ser comprendida. Hecho el ejercicio, incluso desde la perspectiva occidental, se hace evidente que la escala de valoración de

Chopra se concreta en el mérito de compartir los bienes. En caso contrario, no merece la pena esforzarse por ellos y, a la postre, es más eficiente hacer el bien que el mal porque este no se comparte, sino que se aplica.

El portugués Miguel Torga ejemplifica sobre el mal en términos casi esotéricos, ilustrando sus consecuencias. Los ingleses tienen una frase parecida en la que se resumen las consecuencias de escupir al cielo.

El mal de quien apaga las estrellas está en no acordarse de que no es con candelas con lo que se alumbra la vida.

En conexión con el binomio bien / mal hay toda una constelación de pasiones y sentimientos que la mente humana aloja y entrecruza produciendo los más diversos efectos. La inminencia del mal genera miedo en quien va a sufrirlo. La reacción ante el miedo es variada y difícil de predecir, oscila desde el valor hasta la máxima indignidad y depende de la sensibilidad de cada uno y de la fuerza del instinto de conservación. Así, pueden enunciarse numerosos fenómenos correlacionados con los conceptos de «bien» y «mal». La esperanza es uno de ellos.

Un médico escritor peculiar, Arthur Conan Doyle, se mostró siempre cáustico con la esperanza.

No sirve de nada alimentarse de esperanza y después desengañarse.

El creador de Sherlock Holmes fue capaz de crear una ficción sobre un escenario tan realista que muchos de sus lectores tomaban como ciertas sus presentaciones de casos y lugares. Es chocante el mensaje contenido en la frase reproducida si se lo compara con las tramas de sus obras. Pero Conan Doyle fue un gran escéptico y su biografía está plagada de negatividad.

En posición antitética al novelista inglés se sitúa Rojas Marcos. Media un siglo entre ambos y la moral victoriana es pasado. El psiquiatra nacido en Sevilla ha devenido neoyorquino –sinónimo de globalización– y concreta su actitud positiva en forma de canto a la esperanza.

Pensar que puedes hacer algo por mejorar tu vida ayuda incluso en las situaciones en que no puedes hacer mucho.

Interesante conjetura que aúna los valores del optimismo con la tendencia al bien como receta para ayudarse a uno mismo. El ejercicio de traslación no puede circunscribirse a esa actitud narcotolerante que los progres llaman «buenismo» y que los autores neoclásicos denominaron «serafismo». Hay mucho calado en el mensaje de un médico que conoce, como pocos, la potencialidad del hombre y el valor de la motivación como activador de los resultados de la acción humana.

Luis Rojas Marcos escapa de las consabidas recetas utilizadas por los jefes para aumentar el rendimiento de sus equipos y se adentra en la órbita estrictamente personal para orientar al individuo de modo genérico. En la frase precedente se combinan esperanza y escala de valores de modo sencillo. Cualquiera que la lea comprende, de modo inmediato, la contribución de tales elementos para sí mismo y para el conjunto de personas receptoras de su actuación. Una traducción actual de mensajes muy simples, pero necesarios cuando se produjeron los grandes éxodos del campo a la urbe, con la necesidad de modificar hábitos de vida para hacer posible la convivencia. «Piense en los demás», rezaba una campaña de concienciación pública de la España de la década de 1960.

Es imposible extraer conclusiones definitivas sobre el bien y el mal en la literatura médica. Abundan las citas sobre cada uno de estos términos, pero pocos son los autores que se han atrevido a entrar a fondo en ellos. La lectura de los textos debidos a autores médicos conduce al equilibrio entre situaciones positivas o negativas para uno u otro ser. No son necesarios los ejemplos porque todo hombre del siglo XXI ha adquirido, o está en condiciones de adquirir, elementos formativos sobre el binomio del bien y del mal y puede orientar sus actos hacia posiciones de equilibrio creciente. En la práctica médica se utilizan medicamentos que deben alcanzar el torrente sanguíneo para ejercer su acción en la mayoría de los casos. Si no pueden ingerirse, han de inyectarse, lo que conlleva daño para los tejidos atravesados por la aguja y los que entran en contacto con el fármaco. Todo medicamento y toda intervención médica pueden producir efectos adversos al lado de su acción beneficiosa. El médico vive ponderando beneficios y riesgos. Quizá por ello huye de conceptos absolutos.

Hablar de seres justos tiene connotaciones más cercanas al equilibrio que a la mera aplicación del término «justicia». La Biblia llama justos a quienes se distinguen por hacer el bien. Recuérdese la frase de Juan Huarte de San Juan, ya citado en este capítulo

por su desafección de la condición de justo, y compárese con la siguiente, en la que el renacentista español incorpora heroísmo, virtud y demás formas de llamar el bien.

Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres.

El hombre formado en los valores distingue fácilmente entre el bien y el mal. El derecho es un conjunto de normas enunciadas para que aquellos que no se han planteado qué escala de valores es aplicable en su entorno vital dispongan de guía en su hacer diario. Quizás el problema del crecimiento inmoderado de los códigos normativos aleje al hombre de la aprehensión natural de la bondad y la maldad.

Los médicos escritores han tratado el binomio bien / mal aplicando su conocimiento y experiencia, y su aportación es merecedora de algunas reflexiones de interés, pero, por encima de todo, figura la de que no se diferencian de otros escritores o tratadistas y no aspiran a descubrir reglas infalibles sobre lo que procede hacer. Tampoco han filosofado sobre las dos caras de cualquier hecho, como se indicaba al principio del capítulo. Como las personas pragmáticas que son, con los pies en el suelo, se han contentado con comunicar su visión de la bondad y la maldad humanas.

## CAPÍTULO VII

# Aprendizaje y conocimiento

Una gran parte del progreso humano se debe a la preocupación por la defensa. La evolución histórica sigue varios cauces y la guerra no es el menos importante. Aún en el siglo XXI la tecnología militar es uno de los principales ejes de la I+D+i. «Si quieres la paz, prepárate para la guerra» es un dicho bien conocido que no tiene a un médico por autor. Junto a la preocupación por la seguridad se han acuñado esfuerzos para mejorar la alimentación y facilitar la movilidad y, por supuesto, la investigación en salud. Estos cauces y el de la mejora urbanística resumen la mayor parte de la investigación en la historia.

Investigación es, en esencia, conseguir nuevo conocimiento. Su aplicación práctica produce beneficios a una persona o grupo social –en el caso de la tecnología militar, el objetivo es exactamente dañar al oponente o disuadirlo de toda idea de ataque–. Para utilizar el nuevo conocimiento se debe, ante todo, aprenderlo.

Todo lo anterior merece la calificación de obvio y, no obstante, precisa ser repetido. El avance tecnológico y social es tan rápido que a menudo se olvidan las bases del bienestar que disfruta una parte cada vez mayor del género humano. La frase de Miguel de Unamuno «Que inventen ellos» ha pasado a la categoría de sofisma.

François Rabelais separó ciencia y conocimiento en el siglo XVI. El humanista francés trazó de este modo una frontera que acompaña a la humanidad desde el primer avance científico.

Ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma.

En un escaso número de palabras se condensan varios mensajes. Se puede hacer crecer el conocimiento científico, pero es menester incorporarlo a las mentes de los hombres de modo que sea aplicable y contribuya al beneficio general. De otro modo es de esperar lo que de malo y negativo conlleva el avance de cualquier ciencia y que Rabelais denomina «ruina del alma».

La generación de conocimiento nuevo ha sido continua a través de los siglos, pero su velocidad de acumulación ha variado mucho. La Antigüedad fue época de florecimiento porque en ella se sentaron bases sólidas para los avances que tuvieron lugar en los siglos posteriores. La medicina se practicaba desde los primeros pasos del hombre sobre la Tierra, pero adquiere carta de naturaleza y pasa a ser ciencia con Hipócrates de Cos medio milenio antes de Jesucristo. Hay que esperar dos milenios más para que otro médico, en Prusia Oriental, postule la teoría heliocéntrica y cambie la percepción del mundo y el papel del ser humano. Nicolás Copérnico trabajó treinta años antes de dejarla escrita e impulsar un cambio en el conocimiento que modificó la trayectoria de la humanidad.

No estoy tan enamorado de mis propias opiniones que ignore lo que los demás puedan pensar acerca de ellas.

Estas palabras del humanista polaco ayudan a comprenderla y la definen. Jurista, matemático, astrónomo, médico, físico y clérigo, y a la vez consciente de lo exiguo de la dimensión individual. No es extraño que Copérnico albergase dudas sobre la conveniencia de publicar su teoría. Era consciente de que se enfrentaba a dogmas acrisolados, y su proposición no solo alejaba al planeta Tierra del centro del universo, sino que hacía tambalear el concepto de que el hombre es el centro de la Creación. Su lección es dura para un tiempo en que la ortodoxia religiosa se opone a cuanto amenace el orden eclesiástico tan costosamente alcanzado. A pesar de ello, el gran astrónomo, el clérigo capaz de administrar bienes y practicar la medicina simultaneando sus trabajos con la investigación en astronomía, no da un paso atrás y prosigue durante tres décadas en su búsqueda de un conocimiento básico sobre el que hoy se asientan elementos institucionales de la civilización humana.

Copérnico se basó en indicios y conocimientos fragmentarios obtenidos trabajosamente por sabios de la Antigüedad y supo desbrozar el camino hacia el conocimiento nuevo. Este es su gran mérito, y si algo ha de criticársele, si algo ha de

echarse en falta en su legado, es que no dejó un mensaje claro ni una lección directamente aplicable por sus coetáneos. Probablemente su temor a la reacción de la Iglesia le impidió hacerlo.

La situación de Benjamin Carson es muy diferente. Nació en el siglo de la comunicación y el valor de la transmisión del conocimiento le es absolutamente familiar. Por ello no duda en vocear recetas manidas y conocidas desde hace siglos, pero que deben repetirse una y otra vez si se desea que no se pierdan.

Escucha a las personas que han estado en el lugar donde tú quieres llegar y aprende de ellas. Beneficiate de sus errores en lugar de repetirlos.

Carson parece naíf en sus mensajes, pero nadie niega su valor. En la Baja Edad Media había navegantes que vivían de la venta de su experiencia a otros marinos y viajeros que deseaban aventurarse por mares que ellos ya habían surcado. Estos hombres debían saber guardar sus conocimientos y dosificar su entrega porque eran todo su patrimonio. La segunda mitad del siglo XX es absolutamente distinta. De nada vale conocer algo si no se puede compartir con otras personas interesadas, y a mayor conocimiento y reconocimiento, más elevado es el estatus social del conocedor. Carson no precisa de más reconocimiento. Nadie pone en duda el valor humano y profesional del neurocirujano de la Universidad Johns Hopkins, pero él es consciente de la dificultad que conlleva la transmisión del conocimiento. Existe mucho conocimiento acumulado en el cambio de siglo, pero no tanta voluntad de aprenderlo, lo que pone en riesgo la vigencia, utilidad y la permanencia de este bien que tanto esfuerzo ha costado conseguir.

El argentino Jorge Bucay establece una correlación entre el fenómeno del aprendizaje y el desarrollo personal.

El verdadero buscador crece y aprende, y descubre que siempre es el principal responsable de lo que sucede.

Cuando se contempla la inmensa tarea que se dedica a educar a las nuevas generaciones, aparte de la que tiene por finalidad la formación continuada de los trabajadores en activo, se aprecia la dificultad del aprendizaje. Si fuera fácil aprender cosas nuevas –para ser precisos, conocimientos preexistentes–, no existirían las profesiones de maestro, profesor, tutor ni probablemente la de investigador. El conocimiento estaría disponible y al alcance de cualquiera. Por desgracia, no es así. Se necesita una estructura educativa

para encauzar los comportamientos desde los primeros años de la vida, pues, de otro modo, cada nuevo ser que nace habría de recorrer el camino seguido por quienes lo han precedido a efectos de igualarse con las generaciones anteriores. Gregorio Marañón resume esta situación desde la perspectiva antropológica.

Toda la obra de la educación no es más que una superación ética de los instintos.

Los médicos son especialmente proclives a la continuidad en el proceso de aprendizaje y a la tarea de descubrir las causas de la enfermedad y los remedios para tratarla. Paracelso decía que el universo está lleno de arcanos y es misión del hombre descubrirlos y usarlos en la lucha contra la enfermedad. Más pegado a la realidad estaba el maestro Chéjov, que no duda en dividir al género humano en dos categorías en lo que se refiere a la actitud ante el aprendizaje.

Los hombres inteligentes quieren aprender; los demás, enseñar.

Cáustico y directo, pero acertado. Antón Chéjov conoció una época en la que era difícil aprender y, no menos, enseñar. No es exagerado afirmar que las técnicas eficientes de enseñanza son producto del siglo XX y que anteriormente el aprendizaje exigía, ante todo, una voluntad clara e inquebrantable por parte del alumno porque sin ella era imposible superar las barreras que se alzaban ante el estudiante, que en no pocos casos debía contentarse con aprender algunas reglas básicas y dejar el resto de la materia para los eruditos.

Estudiar en el siglo XXI es fácil si se tiene un mínimo de voluntad. En tiempos pretéritos no bastaba con tan poco porque no había de quién ni de qué aprender. Las universidades europeas nacieron en el siglo XIV y en los siguientes siglos y no se caracterizaron por la diligencia de sus pobladores, pero tuvieron un efecto positivo porque reunieron el saber existente y lo desvincularon de la curia, proporcionándole un ambiente de mayor libertad que el imperante entre los muros de los conventos. Esto no debe interpretarse como un ataque a las instituciones monásticas porque desarrollaron una labor de inmenso valor preservando el conocimiento de Roma y Grecia durante casi un milenio, pero lo hicieron bajo las reglas de las órdenes religiosas, cuyos objetivos eran diferentes, aunque en muchos casos convergieran, como muestran los ejemplos de Copérnico y Servet.

A título ilustrativo, la escasez de fuentes de conocimiento y el imperio de las normas religiosas dificultó extraordinariamente el progreso de la medicina durante dos milenios. De ahí que la guerra, con su entropía rompedora y la catarata de urgencia que implica, haya sido uno de los grandes estímulos para el avance médico-quirúrgico. Así lo recoge Hipócrates.

La guerra es la mejor escuela del cirujano.

Sin cadáveres desgarrados y combatientes azotados por los traumas es difícil que un cirujano anterior al siglo XIV se atreviera a cercenar un miembro o violar las entrañas del tronco en busca de objetos extraños. Distintas concepciones religiosas han prohibido hacer uso de los cuerpos muertos y aún hoy las técnicas necrópsicas incluyen dosis extraordinarias de respeto al cadáver. La historia de la medicina detalla los avances en cirugía registrados durante tres siglos como originarios del trabajo de los Caballeros Hospitalarios, hoy Orden de Malta. Hombres que alternaron la espada y los útiles quirúrgicos con el recogimiento exigible a las congregaciones religiosas y cuya capacidad en combate los sitúa entre los mejores guerreros de la historia.

Generar nuevo conocimiento es tarea complicada. El investigador necesita desarrollar actitud crítica y cuestionar cada cosa nueva que parece haber sido descubierta. Miguel Servet lo enuncia en términos generales.

Todos tienen parte de verdad y parte de error y cada cual descubre el error en el otro sin ver el suyo.

De nuevo una aseveración de alcance general que pone de manifiesto la necesidad de tamizar lo que parece nuevo. No es de extrañar que Nicolás Copérnico invirtiese treinta años en repetir sus experimentos físicos y sus mediciones, que revisara una y otra vez sus postulados e hipótesis y que efectuase varios ejercicios de contraste con otros sabios de la época antes de publicar *De revolutionibus orbium coelestium*. El gran astrónomo sabía cuánto estaba en juego.

No cabe afirmar que los médicos escritores han sido especialmente creativos en materia de generación de conocimiento. Posiblemente ha habido pocos investigadores que han abordado la tarea literaria con el mismo fervor con que se emprende un proyecto de investigación. Existe mucho de sacerdocio en la profesión de investigador y quizás hay cierta incompatibilidad con las letras, aunque no son pocos los clérigos cuya pluma

ha sido tan brillante que les ha asignado un lugar de privilegio en la historia de la literatura. Es más frecuente hallar entre los médicos que escriben casos de gran capacidad en la transmisión de elementos fundamentales para el quehacer médico. Carl Gustav Jung ofrece su particular receta para psicólogos y psiquiatras.

Conozca todas las teorías. Domine todas las técnicas, pero al tocar un alma humana sea apenas otra alma humana.

Formulación muy conveniente para una época en la que la práctica de la medicina es descarnada. Los médicos de la primera mitad del siglo XX no se han distinguido por su tacto. El psiquiatra suizo recomienda con estas palabras que se acuda a la delicadeza cuando se trate con pacientes. Ciertamente es que puede entenderse este aforismo de Jung como dedicado en exclusiva a sus discípulos y, por extensión, a cualquier psiquiatra, pero la realidad es que, además de tratar la enfermedad, el médico debe acompañarse de una buena dosis de humanidad.

No faltan actitudes socarronas entre los médicos escritores cuando se refieren al conocimiento, el aprendizaje y la ignorancia. Especialmente los grandes autores del siglo XX alternan mensajes valiosos con aforismos humorísticos en los que se utiliza, a menudo, la comparación absurda. Benjamin Carson ofrece algunos ejemplos.

Yo siempre he dicho: «Si dos personas piensan lo mismo sobre todo, una de ellas no es necesaria».

Humor llevado hasta el límite para que los seguidores incondicionales de cualquiera de los muchos ídolos que produce el tiempo actual se cuestionen esa actitud de entrega sin resquicio de duda. Esta frase no aumentaría la popularidad del gran neurocirujano en los países donde se exige unicidad de pensamiento.

Es también frecuente que estos grandes hombres se ridiculicen a sí mismos. Benjamin Carson es también un ejemplo.

Mi asignatura preferida era el recreo. Afortunadamente para mí, tuve una madre que creía que era inteligente.

Para entender estas palabras de Carson conviene interesarse, aunque sea brevemente, por su vida. Entregado al trabajo desde su adolescencia, Carson ha dedicado muy poco o ningún tiempo al ocio. Solo tras superar una grave enfermedad decidió disminuir un

tanto su frenético ritmo de trabajo. Por otra parte, como es frecuente en sus recetas, no debe escaparse la alusión del gran neurocirujano a los valores familiares.

Otro autor destacable por su sorna y manejo del ridículo en primera persona es Sigmund Freud.

Desde que inicié el estudio del inconsciente, me encontré a mí mismo muy interesante.

Comentar chistes o anécdotas no es táctica afortunada, pero para todo hay una excepción. El padre del psicoanálisis exagera tanto como podría hacer un cirujano cardíaco que narrase cómo transcurrió la operación en la que se implantó una válvula mecánica a sí mismo.

En lo tocante a la ignorancia, los médicos que escriben han sido cáusticos. Es difícil ser tolerante con el que no sabe cuándo el propio conocimiento se ha obtenido de manera costosa. El romántico Schiller, especialmente cuidadoso y detallista a lo largo de su vida, no ahorra pólvora al referirse a la ignorancia.

Contra la estupidez, los propios dioses luchan en vano.

El gran autor alemán carga contra quienes hacen gala de su ignorancia y no hacen el menor esfuerzo en salir de ella. Va incluso más allá y les niega el pan y la sal en los asuntos de interés general. Friedrich von Schiller no se distinguiría por practicar el amor a la democracia.

¿Qué es la mayoría? La mayoría es un absurdo: la inteligencia ha sido siempre de unos pocos.

Benjamin Carson tendría alguna respuesta ingeniosa a esta frase. Téngase en cuenta que ambos médicos escritores están separados por un siglo y medio, que podría ser poco, pero que en este caso significa cambio de paradigma no solo en el conocimiento, sino también en el reconocimiento el respeto a los valores humanos.

Freud iguala ignorancia y mediocridad y ofrece su receta particular para empezar a vencer tales lacras.

Con solo temer a la mediocridad ya se está a salvo.

No está solo el psiquiatra austriaco en esta percepción. Otro autor muy diferente, William Somerset Maugham, se le adhiere y aplica una buena dosis de sorna en el

análisis de la mediocridad.

Solo una persona mediocre está siempre en el mejor momento.

Interesante coincidencia entre dos personalidades y trayectorias absolutamente distintas. Freud dedicó su vida al avance de la psiquiatría y no dudó en utilizar todos los recursos a su alcance en cada envite. Maugham apenas ejerció como médico y desde su juventud optó por la literatura. El primero fue un defensor a ultranza de la institución familiar, y el segundo se caracterizó por la heterodoxia en lo social. ¿Cómo se puede llegar a compartir la misma opinión sobre los mediocres, que es como ambos definen a los ignorantes? Probablemente Freud y Maugham se las tuvieron que ver con personajes poco brillantes que les dejaron alguna secuela.

No todo ha sido sencillo para los forjadores de la gran masa de conocimiento que atesora la especie humana en el siglo XXI. En las últimas décadas, psicólogos y sociólogos han descrito la resistencia al cambio como uno de los mayores problemas a los que se enfrentan las organizaciones. Este axioma ha sido descrito, despiezado y analizado pensando en el microcosmos empresarial y ocupa ya algún espacio en los tratados de teoría de la organización. Dese un salto y calcúlese el desafío que supone el fenómeno de resistencia a los cambios que el máximo mandatario pretende introducir en el contexto de la empresa si tales cambios deben aplicarse a una gran parte de la población mundial. Por ejemplo, a los estadounidenses de menos de veinte años. Es evidente que ya no estamos ante cambios de procedimientos de gestión o de contabilidad, sino que hemos cambiado de dimensión y entrado en el terreno de la educación.

Nada hay más complejo que organizar la educación o el aprendizaje de una sociedad. Son tantos los factores que deben considerarse, que una ciencia, la pedagogía, ocupa buena parte de los programas políticos en los países avanzados. Sin educación no hay aprendizaje y sin este se pierde el acervo de conocimiento generado a lo largo de la presencia del *Homo sapiens* sobre la Tierra. Se ha demostrado que el avance educativo no está garantizado y que una sociedad en la que el analfabetismo funcional aumente durante dos generaciones experimenta retrocesos tanto en su cultura como en el bienestar socioeconómico.

Ha habido médicos que se han distinguido por su faceta educativa, pero desde la Segunda Guerra Mundial el cambio introducido en el sistema de acceso a la profesión médica a través de la residencia ha obligado a que el currículo incluya la actividad formativa como parte clave e ineludible. Ahora, en el siglo XXI, no se concibe que un médico ostente una posición prominente si carece del título de profesor. Buena parte del nivel alcanzado por la medicina de finales del siglo XX se debe a este cambio estructural. Actividad clínica como sustrato, tutoría y formación de alumnos y médicos residentes. Investigación básica y aplicada, este es el núcleo celular de la medicina del nuevo siglo.

Lamentablemente, una parte considerable de la sociedad sigue sin valorar de forma adecuada el conocimiento y prefiere apoyarse en recetas cortoplacistas, infinitamente más asequibles, pero estériles a la larga. El mundo está lleno de consultores especializados en dar soluciones para el presente, ya sea una liquidación tributaria, una regulación de empleo o un caso del ámbito jurídico. Es uno de los tesoros del mundo globalizado. Lo maléfico es la escasa o nula atención que se presta a factores estructurales o estratégicos.

Este capítulo se ha iniciado citando a Nicolás Copérnico. Prusiano de su época o polaco de la actualidad, lo importante de este humanista del siglo XVI es que sus contribuciones a la ciencia han cambiado la historia de la humanidad. Reflexiónese unos instantes sobre las consecuencias de que la teoría heliocéntrica no se hubiera postulado y se entreverán consecuencias nada agradables.

Sin conocer el posicionamiento exacto de la Tierra en el sistema solar ni en el cosmos no se habría avanzado en ciencias físicas más allá de los aspectos básicos. No se habría intentado alcanzar la Luna ni otros cuerpos celestes. No se habrían desarrollado materiales de alta resistencia con los que hoy están dotados los quirófanos. Y, mucho peor, el hombre seguiría mirándose el ombligo porque es ahí donde se pensaría que está la razón de ser del universo.

Copérnico no fue solo clérigo, médico, físico, astrónomo, abogado y otras cosas más. Fue suficientemente osado para mirar al infinito y formularse una serie de preguntas sobre todo lo que lo rodeaba. No temió su pequeñez ni lo inmenso del desafío que él mismo se planteó a sí mismo. Habría podido disfrutar de una vida excelente –vivió setenta años, lo que significaba ser muy longevo en una época en que la expectativa de vida era inferior a cuarenta años–, pero decidió dedicar su energía a la investigación de lo más ignoto de cuanto lo rodeaba. Era un hombre normal y sensato, como demuestra su

reticencia a hacer pública su teoría y el resultado de sus trabajos por miedo a la reacción eclesiástica. Pero no tuvo ningún temor ante la magnitud de la tarea que se impuso y lo hizo con tanta humildad como energía. No temía reconocer que el conocimiento no es infinito, como puede apreciarse en la siguiente cita.

Saber que sabemos lo que sabemos y saber que no sabemos lo que no sabemos, ese es el verdadero conocimiento.

Medicina y conocimiento caminan juntas desde el principio de la presencia humana sobre la Tierra. Se desconoce cuándo comenzó la preocupación del hombre por la salud. Quizás esta preocupación sea anterior al género *Homo*. Es posible que un homínido desaparecido hace más de un millón de años encontrara una forma de alivio para un síntoma. Probablemente dicho remedio consistiera en una medida dietética o higiénica, como ingerir raíces previamente lavadas en un cauce. Después vendría la observación de los fenómenos, la imitación de las conductas de los animales, la interpretación religiosa de la enfermedad y, finalmente, el establecimiento de relaciones causa-efecto. Con ello nació la ciencia para, a continuación, escindirse en disciplinas, y estas, a su vez, subdividirse en ramas hasta llegar a las especializaciones.

Los escritores graduados en Medicina han participado en mayor o menor medida en el fenómeno de generación y acumulación del conocimiento y lo han trasladado a sus escritos cada uno a su forma. Incluso aquellos que no practicaron la medicina sino ocasionalmente han llevado su sello. De Maugham se ha dicho que habría podido hacer lo que se hubiera propuesto y se lo compara con Voltaire, con quien comparte una niñez exenta de todo afecto. Baroja, como buen español, ha recibido más críticas que valoraciones, pero su capacidad creativa y la calidad de su narrativa están más allá de cualquier discusión.

Es gracias al conocimiento acuñado y a su aprendizaje y aplicación en la vida cotidiana que situaciones como la descrita en la siguiente frase de Juan Huarte de San Juan lleguen a ser fruto del pasado.

Es lástima ver a un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosa que es imposible salir con ella.

La Antigüedad, el Siglo de Oro, el Siglo de las Luces y el siglo XX son épocas de florecimiento de la cultura y el conocimiento y puede tenerse la tentación de pensar que

lleguen a ser eternos, pero no es así. Al igual que las épocas de bonanza económica se alternan con períodos de crisis, los tiempos de crecimiento del saber pueden seguirse de períodos de iconoclasia e, incluso, de retroceso en valores culturales. No solo ha sucedido en tiempos pasados, sino que hoy, en los albores del siglo XXI, existen sociedades que han dado grandes pasos atrás en sus marcos socioeconómicos y el más somero análisis muestra que este fenómeno marcha paralelo a factores de represión en todos los órdenes.

Un nuevo orden social, cultural y económico, en el que los hombres avancen y mejoren, pasa inevitablemente por un aumento en el conocimiento y en la tecnología. De otro modo se producirá un estancamiento –en el menos malo de los casos– o una regresión hacia épocas pasadas.

## CAPÍTULO VIII

# De lo incierto y de lo relativo

¿Qué escritor no se ha dejado llevar por caminos desconocidos en más de una ocasión? Quien así ha hecho, si existe, merece ser llamado simple reportero. Existe una gran diferencia entre la deriva por las profundidades insondables del pensamiento y el relato frío que el observador hace de un fenómeno cualquiera. Los médicos de pluma no son distintos a otros literatos y en no pocas ocasiones se aventuran por los territorios de la fantasía.

Quizá los psiquiatras adictos a la pluma en general, y Freud en particular, sean los principales ejemplos. El padre del psicoanálisis ofrece amplia casuística en su *Interpretación de los sueños* y sería prolijo reproducir no ya todas sus aseveraciones, sino las más relevantes. Basta con el resumen que Carl Gustav Jung hace y en el que se recogen interesantes aspectos freudianos.

El sueño es una pequeña puerta escondida en el más profundo y más íntimo santuario del alma.

El psiquiatra suizo creyó en la existencia del alma y la definió como el *alter ego* más allá de la conciencia. Incluso la relacionó con una estructura supraindividual que él denominó «crátera». En su planteamiento se alejó progresivamente de Sigmund Freud porque este siempre anduvo con los pies en el suelo y se negó a dar entrada a fenómenos sobrenaturales en la mente humana. Jung hizo varias incursiones en la mitología y el espiritismo en su intento de conocer más sobre el psiquismo humano.

Sigmund Freud fue coherente en la mayor parte de sus etapas de investigación. Debió resultarle muy difícil porque el objeto de sus estudios no solo era intrincado, sino que era prácticamente desconocido hace un siglo. Pero el austríaco era hombre tenaz y solo

cuando adquiriría suficiente seguridad sobre un asunto lo daba por investigado. En la siguiente frase expresa sus concepciones sobre este asunto.

Es un buen ejercicio ser del todo sincero con uno mismo.

Freud vivió el período entre las dos conflagraciones mundiales y se apercibió de los peligros de la falsedad cuando esta es transmitida de forma masiva. Tuvo que abandonar su patria ante la amenaza del nazismo, cuyos gerifaltes utilizaron con gran éxito la propaganda antisemita. Al psiquiatra solo le quedó la esperanza de que cada hombre reconociera, en su fuero interno, lo que está bien y lo que es cierto.

En términos coincidentes se manifestó Pío Baroja, cuyo escepticismo vital no le causaba ninguna clase de ceguera.

A una colectividad se la engaña siempre mejor que a un hombre.

A principios del siglo XXI, un tiempo en que la tecnología rebosa por doquier y la información está al alcance de la mano, en el momento en que el género humano ha atesorado mayor grado de conocimiento, se asiste todavía a fenómenos contradictorios que demuestran que una parte sustancial de la sociedad no ha asimilado la experiencia de las décadas precedentes, lo que es tanto como afirmar que sigue estando ante riesgos de involución crecientes. Recientes encuestas informan de que hasta un cuarto de los españoles de esta segunda década del siglo XXI piensan que el Sol gira alrededor de la Tierra. El fanatismo asola regiones de Oriente Medio y un puñado de regímenes totalitarios se esfuerzan en exportar su particular revolución vistiéndola de remedio frente a la moderna esclavitud que aparece con mayor prevalencia de la deseable en los Estados que practican la economía de mercado asociada a un importante nivel de prestaciones sociales. La humanidad no se ha alejado tanto como cree de los genocidios nazis y soviéticos.

Arthur Conan Doyle, padre de Sherlock Holmes, dejó una cita que viene a cuento a la hora de interpretar la realidad circundante en tiempos tormentosos.

Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad.

Que equivale, en castellano viejo, a que los hechos son tozudos. Se pueden maquillar las cuentas y repintar los blasones, pero la realidad no admite ejercicios retóricos para hacer

creer que es de día cuando la Luna brilla en el firmamento.

Quien crea que el género humano solo tiene un camino, y ese camino va siempre hacia delante, está equivocado. El progreso es caro y requiere todas las energías de cada generación. Existen ejemplos suficientes en el mundo que así lo demuestran, desde religiones empeñadas en el anquilosamiento hasta sistemas políticos neofeudales en los que la clase dirigente mantiene su situación privilegiada mediante mecanismos de protección del estatismo.

Maugham aporta su particular versión que permite definir el fenómeno con parquedad de palabras.

En tiempos de hipocresía, cualquier sinceridad parece cinismo.

Da la impresión de que los medios de comunicación del siglo XX se han puesto al servicio de la falsedad y han contribuido a la concreción de sistemas despóticos o liberticidas. Es innegable que los aparatos propagandísticos de gobiernos dictatoriales han desempeñado un papel esencial para su llegada al poder. Lo mismo podría decirse de grandes escándalos financieros –la crisis económica de 2008 ofrece ejemplos en todos los países– y de la economía en general. Detrás de los grandes problemas económicos del inicio del siglo XXI se esconde una acción propagandística innegable. Quien dude de esto debería aplicar el método inquisitorial romano y preguntarse: «*Quid profes?*». El beneficiado por tales tácticas está involucrado en el proceso propagandístico y sería condenado severamente si el *Codex* romano estuviese vigente.

También en la medicina se han registrado engaños basados en la comunicación de resultados pretendidamente positivos. Algunos tratados de farmacología recogen relaciones de fraudes que han ocurrido desde la década de 1970, época en que las ciencias del medicamento se habían dotado de un marco regulatorio suficientemente complejo para garantizar la eficacia, la calidad y la seguridad de los fármacos. A su lado figuran los grandes hitos de la falta de seguridad en los nuevos fármacos. La falacia no respeta nada. Lair Ribeiro lo explica de forma acertada.

Lo importante no es lo que sucede, sino cómo lo interpretamos.

A pesar de lo cual no debe creerse que la falsedad tiene grandes probabilidades de prosperar. Puede imponerse, pero el devenir de los hechos pone las cosas en su lugar. El

humanista Rabelais lo recogió hace casi quinientos años.

El tiempo hace madurar todas las cosas. Mediante él, todas se hacen evidentes. El tiempo es padre de la verdad.

Era una época de blanco y negro, de verdad y mentira, de fe y herejía, que obligaba a planteamientos poco dados a la especulación y todo se medía de modo binario. El teólogo Servet se alineó decididamente con las tesis racionalistas que empezaban a informar del pensamiento de un tiempo nuevo.

No deben imponerse como verdades conceptos sobre los que existen dudas.

Lección que merece estar muy presente en todo tiempo y que sigue siendo dogma para cualquier actividad científica y de gobierno. Puede parecer curioso que Miguel Servet sostuviese este tipo de planteamiento dada su calidad de teólogo y su identificación con la interpretación de dogmas religiosos, pero su legado, compartido con Harvey, demuestra su compromiso con el realismo.

El médico escritor ha mostrado fidelidad al compromiso con la verdad, pero no se ha contentado con el conocimiento existente. Sin adentrarse en la actitud investigadora, faceta especialmente atractiva, se encuentran fundamentos para la necesidad de buscar nuevos caminos. Gregorio Marañón aporta una reflexión valiosa en este contexto.

Aunque la verdad de los hechos resplandezca, siempre se batirán los hombres en la trinchera sutil de las interpretaciones.

Lo que transporta al lector al terreno metafísico y permite todo tipo de discusiones, pero que, probablemente, merece un abordaje sencillo. No hay más verdad que la soportada por hechos, pero una vez demostrada y aceptada su existencia admite varias interpretaciones.

La verdad es siempre relativa salvo cuando se enfrenta al burdo embuste. Dos personas distintas pueden sostener posiciones contrarias sobre el mismo hecho y no dudan en calificar de verdadera su opinión y de falsa la contraria. Estas posiciones opuestas se dan cuando los dos oponentes poseen ideologías diferentes. Un grado inferior de relatividad se da cuando las diferencias en opinión o percepción derivan de interpretaciones que varían. En estos casos es aplicable el aforismo de Marañón y la

diferencia de opinión se considera enriquecedora y positiva. El problema surge cuando la tolerancia está ausente. Pío Baroja vivió una época de este tipo y sufrió los efectos de la intolerancia. En la siguiente frase lega algunas reflexiones sobre ello.

Por ahora, el monoideísmo y el espíritu sectario es lo que produce la acción; las gentes agnósticas, saturadas de relativismo y de libre examen, con pluralidad de ideas, viven entre dudas y vacilaciones.

No decir la verdad no equivale a mentir. El secreto es un recurso al que se acude frecuentemente con intereses divergentes. El secreto ha recibido atención por parte de los médicos escritores, pero con menor énfasis que en otros casos. Dos autores británicos, William Somerset Maugham y Arthur Conan Doyle, son de los pocos que opinan sobre el secreto, con cierto tono pontifical. El novelista escocés se atreve a incluir connotaciones sexistas.

Las mujeres son secretistas por naturaleza y les gusta practicar el secreto por su cuenta.

Es difícil afirmar si la frase constituye simplemente un ejercicio literario o se debe a motivos de índole personal. Doyle tuvo una vida azarosa en la que la medicina no desempeñó el papel que él habría deseado. La enfermedad maltrató su entorno familiar y lo obligó a asistir a la muerte de Louise, su primera esposa, y a la de varios de sus hijos. Abrió una consulta de oftalmología en Londres por la que, según el testimonio de Doyle, no pasó ningún paciente. Esta dolorosa historia familiar y el hecho de que fuera la narrativa policíaca la que le diera fama y medios de subsistencia son aspectos que podrían haber influido en Doyle. Queda el interrogante de si la frase tiene fundamentos misóginos o es un simple recurso literario.

Maugham es fiel a su trayectoria al tratar el secreto y lo extiende a todos, hombres y mujeres.

Cada hombre tiene secretos que él mismo ignora.

Se repite el estilismo literario señalado en la cita de Doyle, pero, en este caso, la biografía de Maugham sugiere fuertes bases personales en estas palabras. El escritor sufrió mucho en la primera mitad de su vida y tardó en despojarse de tabúes y convencionalismos sociales. Cuando lo hizo, se olvidó de todo freno y poco o nada le

importó vivir en pareja homosexual, así como suscitar escándalos familiares. Una de sus frases resume su actitud al final de la vida.

Solo con los años aprendí lo fácil que es decir no.

Volviendo a Doyle, que se hizo famoso por algunas actitudes tan singulares como su empeño en liquidar a Sherlock Holmes, cabe señalar que es uno de los escasos médicos escritores que se atrevió a discutir sobre el pensamiento, como se aprecia en varias de sus cartas. Decía que tenía exceso de tiempo libre debido a los pocos pacientes que atendía y por ello escribía novelas de misterio, a cuyo fin tenía que afinar el ingenio. Asertos muy coherentes con la trayectoria de sir Doyle.

La lógica me salva del aburrimiento.

Frase ingeniosa que podría explicar la locución «Elemental, querido Watson», profusamente utilizada en los episodios de Sherlock Holmes en los que el detective explica a su inseparable amigo los entresijos del crimen a punto de ser esclarecido. Pero también hay que recoger, en este contexto de creatividad del horror, otra frase de Doyle en la que se refiere a la génesis de las tramas negras.

Donde no hay imaginación no hay horror. El horror pierde su espanto cuando se repite.

Le asiste la razón. A decir de novelistas y guionistas, es extraordinariamente difícil encontrar argumentos nuevos para novelas y películas policíacas. En el siglo XXI se han sofisticado tanto las técnicas aplicadas en la investigación policial que no solamente ha disminuido el número de delitos clásicos utilizados en las tramas, sino que se requiere auténtica especialización para esbozar novedades editoriales.

Sin embargo, al haber innovación en la delincuencia debería ser más fácil crear tramas policíacas. Los medicamentos ilegales constituyen un problema creciente en el inicio del siglo XXI y la evolución más probable es de incremento, dados los elevadísimos precios de los nuevos medicamentos. A pesar de ello, hasta el momento apenas se han editado obras sobre este tema.

Friedrich von Schiller identificó novedad y miedo. Probablemente esta frase suya no le proporcionaría muchos réditos en la actualidad.

Todo lo nuevo, incluso la felicidad, causa espanto.

Desde la Segunda Guerra Mundial el adjetivo «nuevo» es uno de los atributos más buscados tanto por consumidores como por oferentes. A diferencia de lo expresado por Schiller, lo nuevo se percibe como mejor que lo preexistente. No es cierto, y en medicina existen incontables ejemplos, pero la sociedad de consumo así lo exige y está dispuesta a pagar por cualquier cosa, siempre que sea nueva.

En alguna ocasión un médico escritor hace incursión en conceptos etéreos y les asigna ejemplos concretos, contemporáneos con el autor. En el caso de Pío Baroja se aprecia una respetable estupefacción al tratar la teoría de la relatividad.

Si la sociedad puede sostenerse tensa con una idea racionalista y relativista, nadie lo sabe. Ya los rusos, como desconfiando de toda teoría relativista, convierten el comunismo en religión, a Lenin en profeta y hacen que la dialéctica de Hegel, que no parece más que un juego de seminario laico, se considere algo de un rigor científico absoluto.

Hoy se conoce bien el conjunto de relaciones con los grandes filósofos del siglo XIX que utilizaron los padres del comunismo a efectos de presentar sus construcciones ideológicas como sustentadas fuertemente en los pensadores más inquisitivos, en cuyas obras aparecían reflejadas las tragedias humanas a las que se podía atribuir causa u origen social. Exactamente igual que un moderno profesor de Ciencias Políticas que desea auparse hasta los máximos niveles del poder civil y para ello se apoya en su conocimiento técnico del fenómeno político.

Otro asunto poco tratado por los facultativos que escriben es el dinero. No es fácil encontrar alusiones expresas al dinero en las obras de las grandes plumas médicas. Puede pensarse que no se concede importancia al dinero en cuanto factor motriz y soporta esta hipótesis el hecho de que el dinero raramente es un fin en sí mismo. Es un medio, y así lo deben haber entendido los médicos escritores, que utilizan abordajes metafóricos, como en el caso de François Rabelais.

Era víctima de una enfermedad que en aquella época se llamaba falta de dinero.

Y algo semejante hace Maugham cuatrocientos años después, en este caso aplicando su particular visión de la vida.

El valor del dinero es que con él podemos mandar a cualquiera al diablo. Es el sexto sentido que te permite disfrutar de los otros cinco.

Particularmente chocante es que los psiquiatras médicos no hayan recogido el dinero en sus trabajos. Se han fijado en otros mecanismos emocionales y su traslado a la vida cotidiana, en la que los fenómenos económicos desempeñan un papel muy importante que no pasa desapercibido a nadie. Sin embargo, el valor del dinero no es compartido por los médicos escritores al nivel necesario para ser incluido entre sus aforismos.

Maugham es uno de los autores con mayor éxito económico del siglo XX. Su última frase citada refleja claramente su forma de pensar sobre el dinero y es absolutamente coherente con su experiencia vital. Lo interesante es que este autor únicamente valoró el dinero en tanto que herramienta útil. Es probable que otros médicos amantes de la pluma compartiesen la misma percepción y por ello es poco frecuente que le hayan dedicado frases que han alcanzado la categoría de aforismo.

La vida interior del hombre, en cuanto conjunto de procesos mentales con dinámica propia, recibe algún que otro comentario de los médicos escritores, pero es más frecuente que estos autores lo trasladen a aspectos concretos y fácilmente comprensibles. El novelista Antonio Lobo Antunes es una excepción.

El ruido se inicia en el instante en el que las personas se callan y oímos los pensamientos moverse dentro de ellas como las piezas de un motor averiado que intentan ajustarse.

El escritor portugués se manifiesta en clave difícil de interpretar, pero que admite una traslación a las teorías freudianas en tanto que la vida psíquica no siempre responde a mecanismos gobernables desde la órbita consciente. Antunes utiliza recursos literarios para expresar fenómenos que ocuparon muchas páginas en la obra de Sigmund Freud. Es la riqueza semántica de uno de los maestros de la literatura lusa contemporánea la que se presenta en el ejercicio literario precedente.

No siempre, aunque no sea lo habitual, los médicos escritores han permanecido bien asentados en la realidad. En este capítulo se han mostrado algunos ejemplos de cómo estas mentes se han liberado de los marcos racionales y han volado en busca de explicación de lo que no admite sino observación. En estos ejercicios demuestran ser tan humanos como el resto de los mortales, pero también dan cuenta de por qué se los conoce y recuerda por sus obras literarias.

## CAPÍTULO IX

# Deber y ética

¿La lucha contra la enfermedad hace diferente al médico frente a las vicisitudes? Toda profesión labra la mente de quienes la practican, igual que el cincel del escultor talla un bloque de piedra. Se habla de deformación profesional para referirse a la actitud característica de un especialista ante una situación que requiere análisis, y esto es exactamente lo que pasa por la mente del médico cuando ha de valorar un suceso. Quien empuña con firmeza el bisturí difícilmente errará al trinchar una vianda.

Se habla del juramento hipocrático como orientador de la práctica médica. La realidad es que es un ejercicio romántico cuyo origen está en la escuela hipocrática y que los siglos posteriores han remodelado, pero hay que convenir en que es un buen comienzo para decir qué está bien en el trabajo del médico. Por otra parte, Hipócrates de Cos no fue un intervencionista nato, sino un gran observador que confiaba en la naturaleza. La siguiente frase recoge buena parte de su filosofía.

Tus fuerzas naturales, las que están dentro de ti, serán las que curarán tus enfermedades.

Palabras absolutamente coherentes con la terapéutica hipocrática basada en la dietoterapia y en los hábitos saludables. Desde el siglo XX se postula la importancia de modificar el estilo de vida de modo que se estimulen actividades de promoción de la salud y se eviten costumbres nocivas. En este sentido no se habría avanzado en demasía, sino que, simplemente, los médicos del siglo XX y siguientes han decidido dar carpetazo a teorías nocivas.

Si el *Corpus hippocraticum* recoge principios elementales que no deben olvidarse en la práctica de la medicina y, adicionalmente, desde mediados del siglo XX se dispone de

declaraciones éticas como la de Núremberg, subsiguiente a los juicios del horror nacionalsocialista, puede pensarse que la noción de «ética médica» es muy reciente.

Antes de debatir este aspecto conviene revisar la historia más próxima. Si bien el concepto de «ética» es tan antiguo como el de «medicina clínica», no es menos cierto que la atribución de la ética a las profesiones es un hecho reciente, que procede del siglo XX y es resultado de la organización de la vida en común según códigos normativos que nacen en el siglo anterior. «El hecho precede al derecho» reza un conocido principio de esta ciencia, y entronca con la ética profesional porque esta establece la puridad de las conductas que son exigibles a un gremio anticipándose a la actualización de los códigos legales.

Los médicos no se han diferenciado en demasía de otras profesiones a lo largo de la historia. Durante milenios han existido consideraciones clasistas que han marcado la convivencia. Roma, cuna del derecho, no trataba por igual a ciudadanos y demás súbditos, y reconocía clases dirigentes por encima de la plebe. El feudalismo reforzó las diferencias entre clases en tan gran magnitud que aún en el siglo XXI se mantienen reminiscencias altamente influyentes. Estos fenómenos clasistas están por encima de marcos normativos y, por tanto, por encima de la ética. De hecho, se habla de códigos de honor en lo referente a conductas de nobles y militares mucho antes de que existieran los primeros acervos de justicia. A pesar de lo cual el concepto del deber merece ante todo precisión, como la que ofrece William Somerset Maugham.

Cumplir el deber no tiene más mérito que lavarse la cara. No basta cumplirlo, pues el deber se impone. La única cosa que vale es amarlo.

Así pues, hay que esperar a tiempos próximos a la actualidad para encontrar referencias a ética y deber entre los médicos escritores. Lo cual no significa que estos no hayan pensado en tales cuestiones, como se puede apreciar en la siguiente frase de Miguel Servet.

El pobre siempre pierde.

El teólogo aragonés atesoraría un nivel de conocimiento escaso si se compara con el de sus colegas de la actualidad, pero es evidente que no se le pasaron por alto los desmanes de su época. Es una concepción simplista, pero que demuestra que el pensamiento de qué

es justo y qué no es una invención de la Edad Contemporánea. Probablemente desde el principio de los tiempos el ser humano se preguntó por lo justo y lo injusto de sus actos.

La evolución normativa a lo largo del siglo XX carece de precedentes. La profusión de legislaciones, la influencia de las ideologías políticas y religiosas sobre estas y los fenómenos de armonización y globalización han hecho que el derecho haya evolucionado en cien años mucho más que en toda la historia anterior. Los códigos médicos no se han librado de este terremoto y reflejan en buena parte los cambios que se han producido en la sociedad. Si hay algo destacable en la ética y en la legislación médicas es que no tiene sentido establecer fronteras ni diferencias entre los seres humanos por razón del lugar de nacimiento. Incluso el factor raza tiene mínimas influencias sobre la enfermedad y son muy pocas las patologías con diferencias interétnicas que son estadísticamente significativas —el glaucoma es más frecuente en la raza negra, por ejemplo—. Por ello los códigos de ética médica han nacido para ser de aplicación universal.

Está muy clara la diferencia interespecies y la frontera inalienable del psiquismo superior, y ningún médico del siglo XX en adelante la pondrá en duda. Pío Baroja, médico que no ejerció, utiliza esta diversidad para ilustrar su menosprecio a las leyes de los hombres.

¿Hay que indignarse porque una araña mate a una mosca? Pues indignémonos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Matarla? Matémosla. Eso no impedirá que sigan las arañas comiéndose a las moscas.

El gran novelista se refiere a las leyes de imposible cumplimiento que han jalonado la historia del derecho y que tan frecuentes fueron en el período de entreguerras. Pesimista y nihilista, Baroja ejemplificó la perpetua decepción que acompañó a los españoles de la mayor parte del siglo XX. Este ilustre literato quizás experimentaría una punzada de satisfacción en este inicio del siglo XXI ante la constatación de que el estado de derecho se va abriendo paso, inexorablemente, en España y otros países que durante el siglo precedente han practicado la elusión de las normas que se daban.

En los códigos de ética médica están presentes ideas que durante los siglos precedentes, en los que prevaleció la medicina empírica, adquirieron categoría de dogmas. Hoy se critica la frialdad que preside las relaciones médico-paciente, que no son sino el resultado de la introducción de nuevas técnicas en el diagnóstico, la terapéutica y la rehabilitación que implican a una pluralidad de especialistas distintos entre sí, que

cooperan al fin último de curación o paliación de la enfermedad. El resultado es netamente positivo, pero la percepción del paciente y sus familiares es que se ha perdido el calor del trato que emanaba del médico unitariamente volcado hacia él. Con frecuencia se habla de la deshumanización de la medicina porque el lego no entiende en qué acción radica el eje de la mejora y solo se da cuenta de que le aplican una serie de técnicas, pero apenas le comunican aquello que desea escuchar. Antón Chéjov refleja esta situación anímica con mordacidad modulada.

A la gente le encanta hablar de sus enfermedades, a pesar de que son las cosas menos interesantes de sus vidas.

Sigmund Freud elabora sobre el mismo asunto, pero trasladándolo al área de la neuro y la psicofarmacología.

La ciencia moderna aún no ha producido un medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas.

El psiquiatra austríaco escribe estas palabras en una época muy anterior a los grandes avances registrados en el tratamiento de la depresión, la ansiedad y las psicopatías. Probablemente no habría dejado una frase tan tajante si hubiese tenido ocasión de tratar pacientes con fenotiazinas o antidepresivos tricíclicos, que se cuentan entre las primeras familias químicas de la moderna psicofarmacología.

Aun así, buena parte de estos dos asertos siguen manteniendo valor, y todo médico ha de tener presente que la afectividad en el trato a sus pacientes es un factor bien apreciado. Conviene tener presente que las tesis de Sigmund Freud se apoyan en buena medida en la inestabilidad psíquica que acompaña al hombre en tanto que miembro de una colectividad que le impone normas.

Los hombres, no obstante se les hace imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida en común.

El siglo XX será recordado no solo por los descubrimientos y los avances tecnológicos en él registrados, sino por la cantidad y crueldad de las guerras que se han sucedido en su decurso. Nunca antes el hombre había alcanzado tales cotas de eficiencia en las artes bélicas y nunca con anterioridad se había invertido tanto esfuerzo en propalar ideologías favorecedoras de la fuerza o justificativas de la respuesta armada a pretendidos peligros

exteriores. Los médicos no han permanecido ajenos y, en algún caso muy significativo, han tomado parte activa en este fenómeno. Ernesto *Che* Guevara es un buen ejemplo.

Hagan cuenta de que ya están muertos. Lo que vivan de más es solo prestado.

Esta consigna era la primera lección a los reclutas revolucionarios a las órdenes del Che. Se aprecia una primera carga mística, de entrega a los ideales revolucionarios que han empujado a los voluntarios –¿siempre?– a unirse a las filas del ejército *liberador*, pero el componente romántico no puede ocultar por completo la carga propagandística subliminal que tantos réditos ha proporcionado a los movimientos revolucionarios de izquierda.

Ernesto Guevara fue el icono revolucionario del siglo XX. Manejó sus mensajes con inteligencia y logró, bien apoyado por la propaganda –siempre un gran valor de los partidos de izquierda–, que sus recetas maniqueas sonaran no solo bien, sino que no se discutiesen. Lo que el Che y los suyos hacían era lo correcto, y los contrarios no eran sino servidores del satanismo liberal e imperialista que buscaba sojuzgar al mundo. Guevara siempre tuvo ideas claras y las distribuyó adecuadamente. Gracias a su clarividencia en este y otros ámbitos logró un reconocimiento internacional para su movimiento, y aún hoy, en el tiempo en que las comunicaciones impiden ocultar perpetuamente las lacras de cualquier sistema político, existen partidos políticos que ensalzan su figura. La siguiente frase da medida de lo acerado de su pensamiento y de lo directo de su comunicación.

En una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera).

No puede afirmarse que Guevara descubriese el método de que la revolución es el único camino contra la injusticia porque esta idea está presente en muchos pensadores de la primera mitad del siglo XX. Incluso un escéptico como Baroja sucumbe ante la dicotomía de justo e injusto asociado a rico y pobre.

La ley es inexorable, como los perros no ladran más que al que va mal vestido.

Poco antes de que el Che iniciara su andadura, Gregorio Marañón propuso una línea de acción más comedida y que, en la transición española, ha demostrado ser válida.

La dictadura no se evita declamando contra ella, sino haciéndola innecesaria con nuestra rigurosa disciplina del deber.

La guerra, acontecimiento omnipresente en la historia del hombre, es objeto de escasos comentarios entre los médicos escritores. La cirugía ha evolucionado con mayor rapidez en los períodos de conflagración que en las etapas en que la paz ha prevalecido, si bien esta tendencia ha cambiado en los últimos cincuenta años, caracterizados por la dominación de la I+D como fuente de progreso. ¿Qué ha impedido a los médicos amigos de la pluma fijarse en los conflictos bélicos y sacar conclusiones sobre su significado? Probablemente el absurdo del método de resolución de diferencias que implica el recurso a las armas ha sido tan evidente para los autores médicos que han decidido dejarlo a un lado.

Antón Chéjov se refirió a la guerra como un fenómeno consuetudinario cuya huella en el alma de los soldados presenta tintes emotivos.

Cualquiera que sea el tema de conversación, un viejo soldado siempre hablará de la guerra.

Frase que revela una importante dosis de desconocimiento de las consecuencias de la guerra, especialmente para los combatientes. Probablemente el maestro ruso no conoció a nadie que viviera de cerca los horrores de la batalla.

Luis Rojas Marcos es mucho más beligerante en su análisis, si bien introduce un sesgo sociológico.

Una sociedad que considera matar un acto necesario y hasta heroico, entrega armas letales a sus reclutas y les ordena que maten, también planta en sus corazones las semillas del terror y del odio.

Rojas Marcos presenta un enfoque individual-social que proyecta la auténtica configuración del proceso ideología-preparación-formación-desencadenamiento-violencia-autojustificación que caracteriza a las sociedades y naciones proclives a resolver diferencias mediante el uso de la fuerza y expone las consecuencias posteriores de dicho proceso para la misma sociedad. Por un lado se produce la realimentación ideológica, porque a mayor fuerza y mayor experiencia en su uso, mejores son los resultados. Si la historia bélica de un país le es favorable, en términos generales, la conciencia nacional se afirmará en que les asiste la razón y el Ministerio de Defensa poseerá mucho peso político en los sucesivos gobiernos. El Reino Unido de Gran

Bretaña e Irlanda del Norte es un ejemplo por su tradición militar y su acierto al elegir en qué conflictos se embarcaba y en cuáles optaba por la vía diplomática para encontrar las soluciones.

*Gott mit uns*, Dios con nosotros, reza una leyenda profusamente utilizada por los ejércitos alemanes desde la época imperial. ¿Qué mejor mensaje para una soldadesca duramente disciplinada a la que se exigía no solamente sacrificio, sino también brutalidad? La superioridad de un ejército pasa por la cantidad y la calidad de efectivos humanos y materiales, pero también porque los soldados se identifiquen con la barbarie que han de cometer en defensa de la patria.

Louis-Ferdinand Céline describe el espíritu revolucionario con párrafos agresivos y brillantes en los que flota su escepticismo tardorromántico.

Lo único que pide siempre el pueblo es morir. Así es. «¡Viva Diderot!», gritaron y después, «¡Bravo Voltaire!». ¡Estos sí que son filósofos! [...] ¡Al menos esos son tíos que no te dejan palmar en la ignorancia y el fetichismo, al buen pueblo! ¡Le muestran el camino de la libertad! ¡Lo emancipan! ¡Sin pérdida de tiempo! En primer lugar, ¡que todo el mundo sepa leer los periódicos! ¡Es la salvación! ¡Qué hostia! ¡Y rápido! ¡No más analfabetos! ¡Hace falta algo más! ¡Simples soldados-ciudadanos! ¡Que voten! ¡Que lean! ¡Y que peleen! ¡Y que desfilen! ¡Y que envíen besos! Con tal régimen, no tardó en estar maduro el pueblo.

Mescolanza magnífica que transporta al lector al final del siglo XVIII y le hace escuchar los gritos que restallan por doquier. *Liberté! Egalité! Fraternité! Connaissance pour tous!* Ahora mismo, ya, sin esperar a mañana. Hermosas palabras, llenas de romanticismo y huecas de realismo, como por desgracia vino a demostrar la subsiguiente restauración. Cierto es que la semilla prendió y el nuevo orden neoliberal y autocrático procede de esta algarabía con la que se echaron abajo los dogmas del absolutismo.

La Revolución francesa necesitó más de un siglo para triunfar y llegar a ser el núcleo ideológico del moderno Estado francés. En su nombre se ha perpetrado todo tipo de aberraciones e, incluso hoy, existen fuerzas políticas profundamente chauvinistas y antieuropeas que afirman basarse en los mensajes básicos de libertad, igualdad y fraternidad. Queda mucho por hacer en la dulce Francia para que los hombres sean libres e iguales y, si alguien lo duda, no tiene más que preguntar a unos cuantos franceses de nacionalidad cuyos padres procedan de África.

Toda revolución necesita un componente ideológico que pueda concretarse en un conjunto de mensajes fácilmente comprensibles y transmisibles. De otro modo no se ganan adeptos a la velocidad necesaria para que el proceso revolucionario cobre cuerpo y

tenga, en consecuencia, probabilidades de salir adelante. Gregorio Marañón entendió esta clave y la recogió con su particular estilo, sucinto y socarrón.

La multitud ha sido en todas las épocas de la historia arrastrada por gestos más que por ideas. La muchedumbre no razona jamás.

Marañón vivió una revolución en primera persona y fue contemporáneo de otras varias que, con posterioridad, estudió y analizó. Una mente brillante que pasó por la Segunda República de España y pudo contrastarla con las revoluciones comunistas y fascistas que barrieron Europa tenía, sin duda, mucho que decir. Sus palabras son duras, pero certeras. Hoy, medio siglo después, se percibe con cuánta frecuencia se siguen aplicando las viejas recetas en busca de movilizar alocadamente a las masas para lograr el beneficio de políticos sin escrúpulos.

Las palabras de Gregorio Marañón constituyen una llamada a la reflexión sobre la necesidad de que la ética pase a ser asignatura obligatoria en los currículos de gobernantes y comunicadores.

Marañón fue profeta en muchas cosas y su legado sigue proporcionando signos de su clarividencia. Hoy, en muchos países desarrollados, se hace evidente que los derechos han de acompañarse de deberes para desempeñar adecuadamente el rol que el Estado de derecho propugna. Sin embargo, son muchos los ciudadanos que únicamente se preocupan de los deberes que les asisten y ponen en riesgo el equilibrio tan difícilmente alcanzado. Marañón lo analizó en la siguiente frase.

Si el haber vivido solo para los deberes crea en el hombre un sentimiento de esclavo, el anhelo de no tener más que derechos convierte al hombre en un demonio insensible y cruel que solo acierta a dirimir sus dificultades por la fuerza.

Para debatir sobre ética es útil recorrer algunos caminos previos. A fin de cuentas, el término «ética» viene de *ethos*, costumbre, que, a su vez, deriva de la repetición de conductas que devienen hábitos. Para ello es necesario que los hechos sean, al menos, útiles. Maimónides recoge esta máxima.

Son útiles o buenas las acciones que sirven a un propósito y lo alcanzan.

Aseveración que no requiere mayor explicación. El hombre busca siempre lo útil y descarta lo que no ayuda a sus fines –salvo la estupidez–. Así pues, una costumbre que

reporta beneficios a quien la practica –o a terceros– debe ser repetida, pero hay algunas matizaciones. René Gerónimo Favalaro nos aporta una de ellas.

Proceder con honestidad en aras de la dignidad del hombre es el compromiso más trascendente en nuestro corto paso por este mundo.

El atributo «honestidad» conlleva mayor calidad en el hábito útil porque, además, implica respeto por las normas, que es tanto como respetar al semejante. El elemento intencional, en este caso positivo, ya había sido recogido por el sabio musulmán.

A veces la calidad de la acción depende de la intención de quien la ejecuta; porque muchas cosas son útiles a juicio de una persona y superfluas a juicio de otras.

El problema es que no siempre las normas están suficientemente actualizadas, y es entonces cuando se precisa algo más. Ante una situación no reglada o protocolizada el profesional debe actuar de acuerdo con la ética. José Ingenieros relaciona ética y educación como camino hacia la perfección.

Para concebir una perfección se requiere cierto nivel ético y es indispensable alguna educación intelectual.

La importancia del comportamiento ético va más allá del individuo. Arturo Illia asocia el futuro de las sociedades a los valores que están presentes en ellas y que el autor agrupa bajo la locución «calidad humana».

La estabilidad y el progreso de la sociedad dependen en grado decisivo de la calidad humana de sus componentes.

Ingenieros abunda en este aspecto en tono ominoso y fatalista. Los hechos son tozudos y una mirada al pasado es suficiente para afirmar que la siguiente frase está llena de sentido.

Cuando las miserias morales asolan un país, culpa es de todos los que por falta de cultura y de ideal no han sabido amarlo como patria: de todos los que vivieron de ella sin trabajar para ella.

El aforismo puede considerarse remilgado, pero los historiadores saben que las civilizaciones han crecido mientras han sido capaces de desarrollar valores sólidos, cimentados sobre costumbres eficientes cuyos frutos coadyuvaban al progreso, y que la

pérdida de vigencia de tales valores ha significado el ocaso de la cultura. Otras civilizaciones más perfectas, con mayor calidad en sus integrantes, han tomado el relevo. En todos los casos el grado de ética de cada sociedad ha desempeñado un papel fundamental en el proceso, y los declives se han acompañado de retrocesos en la ética.

Alguien dirá que la ética no es necesaria en un Estado de derecho. No, rotundamente. Una sociedad presidida por el sentido de la ética recurre en mucha menor medida a la judicatura que otra carente o escasa de valores.

No se han prodigado los médicos escritores sobre temas tan trascendentes y de tanto interés público como el deber y la ética. En tanto que gentes muy próximas a la realidad y con notable capacidad de captación de las pulsiones individuales, amén de su cercanía a los poderosos, los médicos han sido conscientes de la pequeñez del individuo y de la necesidad de articular grandes sistemas normativos que, por la simple razón de existir, exigían tiempo antes de alcanzar la madurez suficiente para ser efectivamente aplicables. Quizá por ello han preferido dar tiempo al tiempo y, salvo las notables excepciones recogidas en este capítulo, han preferido que sus plumas se dedicasen a otros asuntos.

El médico se enfrenta a los pacientes de uno en uno. Solo los epidemiólogos, especialistas en salud pública y expertos en investigación clínica contemplan las sociedades como conjuntos de cohortes de individuos. Quizás en esta cultura de conocimiento individual, como recogen las aportaciones de Rojas Marcos y Gregorio Marañón, existe terreno en abundancia para que los médicos escritores derramen sus esencias si se desea que la ética esté más y más presente en la sociedad del siglo XXI.

## CAPÍTULO X

# Medicina, literatura y creación

Algún vínculo debe existir entre medicina y literatura. Muchos autores ofrecen argumentos sobre una teoría contraria, como es que no se trata de actividades excluyentes, y no andarían faltos de razón. Es posible que la verdad, si existe, se sitúe a medio camino entre las dos posiciones, pero no puede negarse que la producción literaria de algunos médicos es abundante y que su notoriedad está influenciada en gran medida por la huella profesional de la medicina. *A contrario sensu* es igualmente cierto que la amplitud de miras que proporciona la práctica literaria hace buen maridaje con la práctica clínica.

Ya se ha citado a Antón Chéjov en su célebre comparación de medicina y literatura con esposa y amante respectivamente.

La medicina es mi esposa legal. La literatura, solo mi amante. Cuando me canso de una, paso la noche con la otra.

Una médico contemporánea, Aurora Guerra, profundiza en esta comparación, pero lo hace con una gracia que deja muy atrás al autor ruso.

La medicina y la literatura se dan la mano en mi vida. De una recibo inspiración, emociones, sentimientos. A la otra se las entrego vestidas de palabras. El ser humano está en medio. Y eso es lo que realmente me completa.

Aurora Guerra es vitalista, y la intensidad de su vida interior se traslada fácilmente a la práctica médica, a la investigación y a sus obras literarias. Utiliza más palabras que

Chéjov, pero también expresa con rotundidad inigualable la mixtura de las dos actividades.

A Aurora Guerra hay que valorarla por una obra literaria creativa y rica en metáforas. Está lejos de los cánones de la escritura científica que Marañón formula con su habitual sobriedad.

En el lenguaje científico, la claridad es la única estética permitida.

El padre de la endocrinología española distinguía con esa precisión que le dio celebridad la liturgia médica de la de las artes. En un artículo médico se aprecia sobre todo la concisión y claridad, mientras que en numerosos estilos literarios la riqueza expresiva es una de las claves de valoración. Gracián frente a Góngora en el siglo XX y siguientes.

Volviendo al recién denostado Chéjov, procede reinstalarlo en el panteón de los médicos escritores de referencia por su claridad de ideas en la materia literalizable. Siguiendo la escuela rusa del siglo XIX, la introspección del autor precede a su incorporación a la expresión literaria. Esta aseveración es obvia en el siglo XXI, pero no era moneda corriente en la época en que vivió el literato ruso, en la que primaba el empirismo en las ciencias.

Es algo malo para el escritor asumir lo que no entiende.

Ningún consejo de redacción que se precie admitiría a publicación un artículo cuyo autor carezca de reputación suficiente en la materia o cuyo contenido adolezca de defectos o vicios, el principal de los cuales es siempre el desconocimiento. No obstante, esto no ha sido siempre así en medicina, y la postulación y la defensa de teorías erróneas ha ocupado millares de páginas. De ahí el valor de la frase de Chéjov, admonitoria de un gran cambio en las ciencias médicas con la llegada del siglo XX.

En parecido sentido se manifiesta Guimarães Rosa al vincular la propia experiencia al quehacer literario.

Cuando escribo cuento lo que ya he vivido.

Los autores de ciencia ficción y futurismo no compartirán este dicho. Tampoco los escritores de novela histórica. En cualquier caso, el autor brasileño recoge su sentir en estas palabras. El conocedor de su obra la incardinará en el intimismo individualista que

tan a menudo utiliza Guimarães Rosa. Viene a cuento la siguiente frase, coherente con el estilo de este escritor.

Cada uno rema solo en una canoa que navega por un río diferente, aunque parezca estar tan cerca.

Pero este enfoque subjetivo no es único del médico y diplomático brasileño. Carl Gustav Jung comparte el afán de soledad de quien se afana en la creación.

Todo en la creación es esencialmente subjetivo y el sueño es un teatro donde el soñador es a la vez escenario, actor, gerente, autor, público y crítico.

Jung reivindica la identificación del creador artístico o literario o del investigador con la soledad, con el encontronazo con uno mismo para criticar el resultado del proceso creativo y limarlo y reperfilarlo. Es cierto que en buena parte del siglo XX y en el XXI se han obtenido producciones artísticas de gran calidad mediante la aplicación de técnicas de cooperación grupal, como el *brain storming* o el método Delphi, pero no cabe afirmar que superen la creatividad individual. La mayoría de los médicos escritores se alinean con el individualismo, pero sería necesario averiguar cuántos han tenido la oportunidad de participar en un proceso de creatividad cooperativa.

Deepak Chopra puede considerarse producto de la sociedad multirracial norteamericana. Su trayectoria personal y profesional lo posiciona en el grupo de creadores individuales, aunque a la hora de dar su opinión utiliza una metáfora bien calculada.

El proceso de la creación es la divinidad en movimiento.

Cabe la interpretación del panteísmo en la acepción divina que utiliza Chopra, pero, aun así, no se desvirtúa su planteamiento personalista de la creación. En todo caso procede elevarla a la categoría de propia del ser superior que es la divinidad. Pero quizá sea necesario descender en el nivel de este debate hasta lo que la gente de la calle entiende por creatividad. El autor indoamericano también recurre a las ensoñaciones y a la mística para envolver en una atmósfera irreal el fenómeno de la creación.

En la incertidumbre encontraremos la libertad para crear cualquier cosa que deseemos.

Pío Baroja no ahorra mordacidad en este contexto, y compara la percepción creativa con la buena acogida de una frase oportuna. Su odio por el paletismo en la expresión oral queda bien patente.

La gente goza de tan poca fantasía que tiene que recoger con ansia unos de otros esos pequeños adornos de la conversación. Son como traperos o colilleros de frases hechas.

Opinión no compartida por Huarte de San Juan. Este médico escritor navarro considera que una frase hecha o un aforismo no ayudan en nada a los escasos de conocimiento.

Las letras y la sabiduría, tanto cuanto facilitan al hombre ingenioso para discurrir y filosofar, tanto y mucho más entorpecen al necio.

Aunque este autor parece manifestarse en contra de la práctica simultánea de más de una disciplina, lo que habría impedido la existencia de esta obra si se hubiera llevado al extremo que parece deducirse del siguiente dicho.

Ninguna cosa hace más daño a la sabiduría del hombre que mezclar las ciencias.

Frase que hay que tomar como demostración de la diversidad de opiniones existente entre los médicos escritores y que probablemente merece un análisis magnánimo porque, ante el desconocimiento reinante, el médico navarro propugnaba la concentración en una rama del saber con fines de eficiencia. En defensa de Juan Huarte de San Juan hay que señalar que su obra *Examen de ingenios para las ciencias* gozó de una difusión sin precedentes para la época (se publicó por primera vez en 1579) y fue traducida a varias lenguas durante el siglo XVII. Incluso mereció la crítica de la Inquisición, que no es mala carta de presentación para una obra de filosofía.

El punto de vista de Huarte de San Juan no fue compartido por muchos autores. Galileo Galilei, por ejemplo, fue ferviente defensor de la interdisciplinariedad como instrumento para propiciar el avance en el conocimiento.

Gregorio Marañón abandona su sobriedad cuando se refiere a la acción de crear. Una puerta hasta ese momento cerrada parece abrirse, y el gran médico escritor da rienda suelta al deseo de salirse de lo cotidiano y perderse en el mundo de los sueños, que es tanto como la antesala de la creación.

Vivir no es solo existir, sino existir y crear, saber, gozar y sufrir, y no dormir sin soñar. Descansar es empezar a morir.

William Somerset Maugham aporta su sentimiento personal sin renunciar al fatalismo. Probablemente se trata de una frase elaborada en la juventud, esa época de la vida en que sentimientos, emociones y pasiones parecen ser facetas distintas de la percepción espiritual.

Solo el amor y el arte hacen tolerable la existencia.

Lo que obliga a citar a Hipócrates de Cos, que comparte la concepción ultranatural con los dos últimos autores. El médico griego se dejó llevar por las ensoñaciones cuando acuñó la siguiente cita.

El arte es largo, la vida breve, la ocasión fugitiva, la experiencia falaz.

Predomina entre los médicos escritores la idea de que la creación es uno de los motores del hombre y que surge de modo subjetivo, en dependencia de las capacidades y experiencias de cada uno. Carl Gustav Jung no admite fisuras en este planteamiento, como muestra la frase mencionada con anterioridad en este capítulo y en la que el autor suizo recoge su experiencia y, probablemente, la influencia de Freud al citar los sueños como traslaciones de la frustración sufrida a lo largo de la vida y atesorada en el inconsciente. Como se aprecia a continuación, Jung salta de la representación onírica al nivel en que la capacidad mental se libera de toda cortapisa y el componente fantástico abandona ese soporte tan válido para el psiquiatra que es el sueño.

Todas las obras del hombre tienen su origen en la fantasía creadora. ¿Qué derecho tenemos entonces a la amortización de la imaginación?

Conceptos que han sido recogidos por otros autores, como el neurólogo y psiquiatra Carlos Castilla del Pino, que atribuye una relación inmanente entre el autor y su obra. No debe interpretarse este abordaje con la bien conocida vinculación estilística que se estudia en las ciencias históricas, sino con una trama vital que los une a ambos.

Toda obra es predicado del autor.

Interesante construcción gramatical para conectar al creador con el producto de sus actos y que no parece sino una redundancia o un ejemplo. Castilla del Pino considera que los atributos de la obra recogen la personalidad del autor. El médico cordobés es coherente con medio siglo de práctica clínica y de investigación.

Cuando la fantasía se concreta en una obra de arte literario, este resultado remite directamente al creador, cualesquiera que sean las mediaciones instrumentales de las que se valga.

Castilla del Pino fue precedido en esta línea argumental por el fisiólogo Claude Bernard, que profundizó en el proceso creativo-artístico y lo singularizó, contraponiéndolo al fenómeno de generación de conocimiento científico.

El arte es yo... la ciencia es nosotros.

El autor francés planteaba una diferencia que merece resaltarse en conexión con lo mencionado anteriormente sobre la creación cooperativa. Bernard sostenía el individualismo como fuerza creativa en el arte y lo contraponía a la labor de equipo, que es, sin lugar a dudas, la forma más eficiente de producir nuevo conocimiento. Todavía hoy sigue siendo válida la hipótesis de subjetividad en la creación artística, pero en la connotación científica el médico francés se anticipó –vivió en el siglo XIX– a lo que viene siendo una realidad desde mediados del siglo XX. Entre Bernard y los equipos de investigación de hoy se encuentran gigantes como Ramón y Cajal, Fleming o Freud, cuyas iniciativas individuales han cambiado el curso de la medicina.

No faltan entre los médicos escritores quienes conceden gran valor a la coexistencia de las dos actividades. Se trata, en la mayoría de los casos, de personajes del siglo XX, lo que indica interés por la dualidad de profesiones precisamente en la época de la superespecialización. Esto no podía suceder en el arranque de la sociedad moderna porque por entonces era difícil practicar ciencia sin tener algún interés en la filosofía o en las artes. El caso de Juan Huarte de San Juan es relevante por proponer que el científico se centre en la ciencia y el artista en el arte, lo que no iba con los tiempos del Renacimiento y, a pesar de ello, generó interés inusitado su *Examen de ingenios para las ciencias*. Hoy su obra sería calificada de *best seller* internacional.

Entre quienes establecen un nexo indisoluble entre práctica médica y producción literaria figura Archibald Joseph Cronin.

No habría escrito los libros que publiqué si no hubiera ejercido once años de médico.

Este autor escocés resume en la frase precedente todo un ejercicio de reconocimiento, casi una confesión. Un autor de éxito en una época en la que esta palabra va acompañada de cifras de venta más o menos apabullantes. Lo trascendente es que Cronin se alinea con otros muchos pensadores que han combinado la medicina y la literatura en sus vidas. Maugham, que no ejerció la medicina de forma continuada, es uno de ellos.

No hay mejor escuela para un escritor que haber ejercido la práctica de la medicina.

Santiago Ramón y Cajal se manifestó con sorna sobre la coincidencia de rendimiento económico en ambas actividades, algo muy en boga en la España de principios del siglo XX.

Solo el médico y el dramaturgo gozan del raro privilegio de cobrar las desazones que nos dan.

Arthur Conan Doyle relaciona medicina y arte a través de la fantasía. En la siguiente frase se aprecia el mal residuo que la práctica médica dejó en el creador de Sherlock Holmes.

En la medicina no es preciso recurrir a la fantasía, porque la realidad supera todo lo que pueda inventarse.

Cualquiera de los grandes médicos de finales del siglo XX, como Benjamin Carson, suscribiría el sentido de la frase de Doyle, pero lo haría con un fundamento muy diferente. Doyle pertenece a una época negra de la historia de la medicina, mientras que el genio de Baltimore es uno de los referentes del avance de las ciencias biomédicas y, muy especialmente, del cambio en la historia natural de la enfermedad. Carson pone fantasía en su trabajo, y el resultado de su entrega a la neurocirugía ha hecho recuperar la sonrisa a muchos pacientes.

Jean-Pierre Changeux relaciona ciencia y arte como si diseccionase planos tisulares mientras persigue una vía vascular o una fibra nerviosa.

Ciencia y arte son casi inseparables en el período de observación y meditación, para separarse en el de la expresión, acercarse en el ordenamiento y dividirse en los resultados.

Precisión en el lenguaje la del neurobiólogo y médico francés, a lo que hay que adicionar la separación entre ciencia y arte. Hijos del mismo espíritu, pero no hermanos gemelos. Esta es la percepción de Changeux, que resume la similitud entre la labor científica y artística como sigue.

El trabajo del científico se parece en muchos puntos al del artista.

La importancia de la creación en el *élan vital* es recogida por Donald Winnicott. Este autor eleva la categoría de la creatividad a motivación vinculada al sentimiento de autorrealización del hombre.

Lo que hace que el individuo sienta que la vida vale la pena vivirse es, más que ninguna otra cosa, la percepción creadora.

Josep Eladi Baños aporta un enfoque nuevo y concluye que la práctica literaria coadyuva al buen ejercicio profesional.

Aunque para ser un buen profesional no es obligatorio ser un gran lector o escritor, estoy convencido de que la literatura puede ayudar a ser mejor médico.

Este farmacólogo catalán no se detiene en el componente favorable que la literatura tiene para el médico. En su opinión, este arte tiene un componente psicosocial que se entiende mejor a través del relato literario que de la simple expresión médica. Incluso va más allá, y atribuye a la literatura un papel coadyuvante de la terapéutica que recuerda a lo ya mencionado de François Rabelais.

Hay numerosos trabajos sobre el papel terapéutico de la narrativa y de los beneficios de escribir y explicar la propia enfermedad. Y en cuanto a la lectura, algunas evidencias apuntan a que puede mejorar la eficacia de los tratamientos médicos convencionales.

Posiblemente sea necesario plantear la realización de ensayos clínicos aleatorizados para determinar con exactitud si la lectura o la escritura aportan efectos favorables a pautas terapéuticas de eficacia bien conocida en las que sea necesario mejorar los resultados en salud. Hace veinte años esta proposición sería entendida como una majadería, pero en la segunda década del siglo XXI no lo es. Con la plétora de estudios epidemiológicos que se desarrollan en el mundo, a nadie le extrañaría ver que *The Lancet* o cualquier otra revista

médica de alto impacto publicase un artículo titulado «The effect of reading as an adjuvant therapy in the long-term treatment of...», y que, años más tarde, uno o varios metaanálisis establecieran conclusiones sobre dicha modalidad de apoyo terapéutico. Entonces los tratados de medicina clínica y de salud pública recogerían algo que para el común de los mortales es obvio. Leer y escribir despeja la mente y, salvo que no se respete la distancia mínima de visión distinta, no tiene sino beneficios.

Baños apunta una posible explicación en la siguiente cita.

La medicina es un mundo lleno de sorpresas, de hechos insólitos, con los que el lector se identifica fácilmente porque hablan de él.

La solución a todo problema se inicia con su identificación, y la medicina no es ajena a esta situación. Cuando el paciente no acepta que está enfermo se desencadenan una serie de reacciones autodestructivas que únicamente pueden evitarse si se asume la condición de enfermo. Josep Eladi Baños propone utilizar la literatura como herramienta en este y otros subprocesos del protocolo terapéutico. Puede entenderse que no se trata de una opción original porque el fenómeno reactivo está bien descrito y existen algunos mecanismos de apoyo, como las asociaciones de pacientes o el respaldo psicoterapéutico. Pero lo que Baños ofrece es leer o escribir sobre la propia enfermedad como mecanismo de interiorización, que en sí mismo conlleva la aceptación de la enfermedad. Una vez cubierta esta etapa, se está en condiciones de afrontar el problema con actitud positiva.

Médico y paciente harán bien en recordar a David Hilliker cuando la enfermedad se abate sobre ambos –no solo sufre el paciente– con su manto de infortunio.

La medicina es mi raíz, la literatura son mis alas.

La combinación de medicina y literatura cobra una dimensión que va más allá del puro humanismo que caracteriza la actividad de los sabios, de aquellas personas que se han esforzado en atesorar y crear conocimiento y han comprendido que para ello es necesario superar las barreras que el propio conocimiento impone. La filosofía y la metafísica han acompañado a muchos de los grandes científicos y les han proporcionado esas alas a las que se refiere Hilliker.

La sensibilidad del literato combina perfectamente con el quehacer médico. Con algunas salvedades, generalmente debidas a autores de mordacidad bien conocida, la expresión literaria ha ayudado en gran medida a que los grandes médicos se comunicasen con el gran público de forma fácilmente comprensible. Este hecho basta para expresar la grandeza de mentes que han sido capaces de trabajar en la dimensión biomédica y en la literaria sin perder por ello sus mejores esencias.

El hombre nace libre y la sociedad normalista lo encorseta. La creación es una actividad que exige escapar de lo conocido. Donald Winnicott le atribuye condición de juego al fenómeno creador.

Es en el juego y solo en el juego que el niño o el adulto como individuos son capaces de ser creativos y de usar el total de su personalidad, y solo al ser creativo el individuo se descubre a sí mismo.

Tomado como juego o como impulso vital, la distinción no es relevante. El resultado es la actividad creadora, sea en forma de nuevo conocimiento, de producción de obra escrita o de ambas a la vez. Los médicos escritores han ganado con justicia una posición destacada en el panteón de los creadores.

El hombre abandonó la Prehistoria cuando fue capaz de dejar constancia escrita de sus logros y conocimientos de modo que las siguientes generaciones se ahorrasen el arduo camino que quienes les precedieron habían tenido que recorrer. Los médicos que escriben cooperan activa y positivamente en el proceso de alejar a la humanidad de las conductas prehistóricas.

# Notas finales

Medicina y literatura. Dos ciencias imprescindibles en la historia del género humano. El hombre no habría llegado a las cotas de desarrollo que disfruta en el siglo XXI si no hubiera desarrollado y aplicado nuevos conocimientos de forma ininterrumpida desde que inició su camino sobre la Tierra.

Durante muchos siglos la medicina ha sido más arte que ciencia. Incluso en la década de 1970 el profesor Lorenzo Velázquez iniciaba su *Tratado de Farmacología* con esas palabras para orientar a quienes seguían el camino de la terapéutica con medicamentos. No le faltaba razón. Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el siglo XXI la farmacología se desarrolló como ciencia, y en el nuevo siglo se entiende que su avance exige procedimientos normalizados tanto en la génesis de nuevos fármacos como en la aplicación del inmenso arsenal terapéutico que ha visto la luz en las últimas décadas. Phillippus Theoprastus Bombast von Hohenheim –Paracelso– afirmó hace medio milenio que el universo está lleno de arcanos y es misión del hombre buscarlos, encontrarlos y utilizarlos en la lucha contra la enfermedad. Visionario en su época, pero profeta al fin.

Lo mismo se puede decir de cualquier otra rama de la medicina y, por extensión, de todas las disciplinas científicas. El progreso avanza a velocidad creciente, como si se tratase de un movimiento uniformemente acelerado.

¿Cuánto han contribuido los médicos escritores a este proceso? ¿Qué descubrimientos se habrían quedado en el camino sin el concurso de estos hombres insignes? Difíciles son de responder estas y otras preguntas sobre la relevancia de aquellos a quienes se deben estas páginas. Hoy en día existe, incluso, una especialización profesional denominada *medical writing*, de modo que la miríada de publicaciones biomédicas que

aparecen cada año se adecue a un modelo que facilita su comprensión por los profesionales de la medicina y demás ciencias biosanitarias. Pero esta nueva rama profesional no puede confundirse con el subconjunto poblado por profesionales del fonendoscopio que, además, dedican el escaso tiempo libre que la medicina concede a la creación literaria. Si eso se hiciera, se estaría poniendo en pie de igualdad a cualquier doctor en Medicina de principios del siglo XXI con Baroja, Maugham o Rabelais, lo cual es evidentemente injusto.

A las plumas médicas se deben algunas de las mejores obras de la literatura universal y el reconocimiento a este hecho debe anteceder a los demás condicionantes de la crítica histórica.

Los médicos que escriben han contemplado el mundo que los rodeaba con su deformación profesional porque en su inmensa mayoría habían tratado con la enfermedad y el dolor ajenos antes de empuñar la pluma. Nadie puede negar su origen ni su historia personal y, menos aún, cuando se deja libre el pensamiento y se llenan cuartillas con narraciones, versos o ensayos.

Todas las mentes de alta competencia han buscado y preconizado frases elaboradas en las que se pudiera resumir su experiencia y convencimiento vitales sobre asuntos de gran relevancia social. Es por ello que el análisis desapasionado de sus aforismos aporta una información que va desde la simple historiografía hasta la interpretación de las escuelas del pensamiento y de la misma realidad social. En síntesis, esto es lo que se intenta aportar con esta obra.

Al igual que la humanidad en su conjunto, la producción de obras literarias debidas a médicos ha necesitado que el sustrato socioeconómico fuera adecuado tanto para su génesis como para su apreciación y disfrute. De nada sirve escribir si el pueblo no sabe leer y tampoco se puede exigir horas de lectura a sociedades acuciadas por la necesidad de sobrevivir, si bien en tales casos han existido excepciones notables. Cualquier historiador sabe que la literatura ha permitido que quienes sufrían la guerra, las catástrofes o el infortunio se recogiesen unos momentos y pudieran olvidar el horror y las penurias gracias a las narraciones y poesías impresas en libros que se habían librado de la destrucción.

Es posible que la sociedad de la información esté avanzando en muchos frentes y retrocediendo en otros no menos importantes debido a la falta de recogimiento e introspección propiciados por el imperio de las nuevas tecnologías. Una frase hermosa y

un relato atractivo seguirán siendo necesarios para que la sociedad mantenga el amor por lo bello y valore lo que de bueno ha sido capaz de producir desde que el primer homínido levantó la mirada y las ondas encefalográficas empezaron a agitarse ante una catarata de interrogantes que, finalmente, han sido capaces de apartar de la primera línea los instintos más primarios.

El hombre no es el más importante de los seres vivos, pero es, indiscutiblemente, el que más se ha preocupado por vencer los instintos destructivos y favorecer la coexistencia interespecies. No hay que apelar a razones religiosas ni de clarividencia para explicar este fenómeno. Es la simple consecuencia de la evolución humana y del respeto al medio ambiente. En este contexto existen numerosas aportaciones debidas a los especialistas en salud pública y epidemiología, alguno de los cuales brilla también como autor literario.

Medicina y literatura caminan juntas y contribuyen al progreso humano de forma distinta, pero coordinándose de vez en cuando, de modo que la creatividad se apoya en el acto médico y llega a ofrecer frutos nuevos en cada generación.

La superación de los instintos caracteriza al hombre. El proceso de superación le permite adaptarse primero y después vencer las limitaciones naturales, aunque lo segundo se consigue solo en parte. Bien podría suceder que otras especies animales hayan experimentado el mismo tránsito antes de desaparecer y las diferencias entre psiquismos no sean de momento conocidas. Si así fuera, sería obligado concluir que el paso del *Homo sapiens* por la Tierra es un hito más en la historia natural y que la especie humana desaparecerá algún día. Si ha de ser desplazada por otra especie superior o no, es una incógnita. Lo que es una realidad es que en ese proceso de adaptación y superación, el conocimiento científico ha sido, es y seguirá siendo clave. Mientras el ser humano pueble el planeta Tierra se ocupará y preocupará de conocer mejor cuanto lo rodea y de buscar el modo de aumentar su tasa de bienestar.

Los sociólogos –disciplina joven todavía– estudiarán y analizarán los fenómenos sociales y construirán teorías para explicar el comportamiento de las sociedades. Contribuirán de este modo a su progreso y a la mejora del orden social, y no faltarán políticos sin escrúpulos que se apoyen en este conocimiento para lograr los más abyectos fines. Las gentes de bien deberán mantenerse en guardia contra esta gentuza que constituye la peor amenaza para el progreso de los pueblos y la extensión del bien.

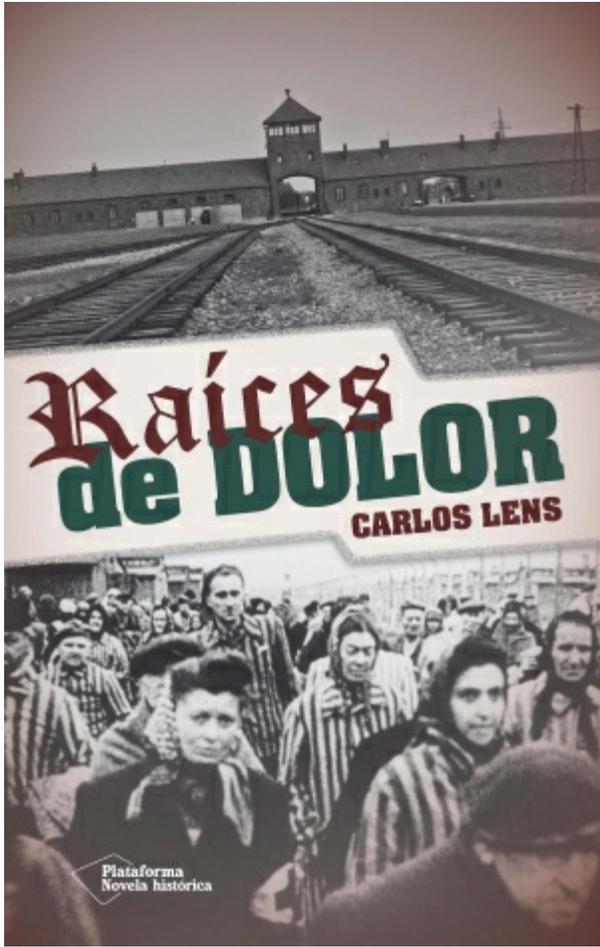
Los médicos seguirán investigando las causas últimas de la enfermedad y de sus trabajos surgirán nuevas formas de tratarla. Los escritores seguirán sintiendo la necesidad de gestar historias y poesías nuevas en las que el momento social quede reflejado y los lectores puedan encontrar solaz y reflexión para alejarse momentáneamente del trajín diario, lo que los ayudará a encontrar fragmentos de sí mismos que permanecían olvidados o les eran desconocidos.

Más de un médico suspirará por liberarse del fonendoscopio durante unas horas cada semana o cada mes y, llegado ese momento, se refugiará ante unas cuartillas o el teclado de un ordenador para dejar volar la imaginación y recoger los frutos de su aleteo en forma de páginas cubiertas de letras. La enredadera de la creatividad médico-literaria seguirá creciendo y extendiéndose.

Su opinión es importante.  
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre  
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)



# Raíces de dolor

Lens, Carlos

9788416096855

850 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

España, 1974. Descendiente de Jürgen Lutz, un ingeniero alemán emigrado a las Rías Bajas en el siglo XIX, Eugenio Lutz se sumerge tras la muerte de un pariente en el archivo de su familia, en un pazo de Galicia. La lectura de algunos documentos revela que los Lutz de Galicia están en deuda con un familiar de Núremberg que militó en las SS y está acusado de crímenes de guerra. Eugenio y su hermana Nucha deciden investigar porque ambos comparten la sensación de que el perfil de Lothar Lutz no coincide con el de un asesino de masas y abordan una búsqueda que los llevará por varios países de Europa y a Israel. Acompañados por un militar norteamericano y seguidos de cerca por organizaciones rivales, los hermanos Lutz recorren un camino impreciso y jalonado de obstáculos en busca de la verdad sobre el Obersturmbannführer Lutz, héroe de Borodino, destinado en Auschwitz y fallecido en la batalla de Budapest. Los diarios de Lothar Lutz, la identificación de personas que conocieron al SS y la paciente agregación de datos proporcionan información sorprendente a los hermanos. La búsqueda de Eugenio y Nucha se desarrolla sobre el trasfondo de una España en la que agoniza la dictadura del general Franco y una Europa presa de las contradicciones y el enfrentamiento de los dos grandes bloques políticos en plena guerra fría. Una historia de pasiones que brotan incontenibles en dos generaciones distintas, separadas por las tragedias de dos guerras, pero cuyos intereses están íntimamente entrelazados.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El dolor de espalda y las emociones

Conocerse para curarse

David Ponce



«Este libro, pues, propone esa visión holística de la salud que interesa al cuerpo y al alma.»  
Del prólogo de **Víctor-M. Amela**



# El dolor de espalda y las emociones

Ponce, David

9788415577997

187 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Dolor de espalda y emociones? ¿Acaso ese dolor que le atormenta desde hace tiempo tiene que ver con la tristeza, con el miedo, con la insatisfacción o con el estrés...? Así es, y en gran medida. Como dijo sir William Osler, considerado el padre de la medicina moderna: "Los órganos lloran las lágrimas que los ojos se niegan a derramar". ¿Padece lumbalgia desde hace tiempo y nadie ha podido darle una solución? Ya le avanzo que no existen fórmulas mágicas ni las encontrará en este libro. Sin embargo, conocer la interrelación que existe entre el esqueleto, el sistema muscular y el cerebro proporciona valiosas pistas que pueden aliviar o incluso solucionar ese dolor. Como apunta el periodista Víctor-M. Amela en su prólogo, El dolor de espalda y las emociones pretende aportar "discernimiento para mimar la salud integral". Hasta que no interioricemos el hecho de que el cuerpo humano es una unidad, y que en el dolor pueden influir tanto una mala postura como un revés emocional o una alimentación inadecuada, no seremos capaces de vivir cómodamente ante las exigencias de la sociedad actual.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao  
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma  
Actual



**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional**

# El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21<sup>a</sup>  
edición ampliada

---

Traducido a 13 idiomas  
Más de 100.000  
ejemplares vendidos  
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras que no puedes fallar?

# Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con  
pasión y entusiasmo

**Victor Küppers**



Solo se vive una vez, pero una vez es  
suficiente si se hace bien

# Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
Agradecimientos	6
Capítulo I. La noción de Dios	7
Capítulo II. El rol del hombre	15
Capítulo III. El imperio del amor	26
Capítulo IV. Vida, juventud, ancianidad y el deseo de dejar huella	36
Capítulo V. El mito de la felicidad	46
Capítulo VI. El bien y el mal. Antítesis y cercanía	56
Capítulo VII. Aprendizaje y conocimiento	64
Capítulo VIII. De lo incierto y de lo relativo	75
Capítulo IX. Deber y ética	83
Capítulo X. Medicina, literatura y creación.	93
Notas finales	103
Colofón	107